SONIA FLORES



LA PLAYA DE LAS SIRENAS

Los orígenes de la inspectora Erin Butler

CRUCE de CAMINOS

Sonia Flores

La playa de las sirenas

Copyright © 2025 by Sonia Flores

Todos los derechos reservados.

Queda rigurosamente prohibida toda distribución, reproducción, comunicación pública y transformación, ya sea total o parcial de esta publicación, así como su incorporación a un sistema informático, su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del titular del copyright.

Copyright © 2025 Sonia Flores

Título: La playa de las sirenas

Edición publicada en junio de 2025

Corrección: Ana Vacarasu

Edición: Cruce de Caminos

Los hechos y los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia.

First edition

This book was professionally typeset on Reedsy
Find out more at reedsy.com

A David Gómez

«Si no hay héroes que te salven, te tienes que convertir en héroe».
Takeshi Azuma - Denpa Kyoshi

«Los amigos que perdemos no reposan en la tierra, están sepultados en nuestro corazón».

Alejandro Dumas

Contents

Lo que opinan los lectores sobre Sonia Flores

Suscripción a mi lista de correo

Prefacio

Sobre la Playa de las Sirenas

0

I. PRIMERA PARTE

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12
13
14
15
16

II. SEGUNDA PARTE

17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31
32

33

34

35

36

37

Epílogo

¿Te ha gustado?

Tu opinión es importante

Mis libros

Sobre la autora

¿Cómo seguirme?

Lo que opinan los lectores sobre Sonia Flores

⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ”Hace unos meses sufrí una crisis lectora que esta historia solucionó. Thriller recomendable!”

⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ”Hacía tiempo que no disfrutaba tanto leyendo una novela. Quería leer en todo momento. He estado enganchada y disfrutando con cada ratito que podía leer”.

⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ”Me ha cautivado desde el principio hasta el fin. Una historia maravillosa y muy diferente a otras de ese género. El final… precioso”.

⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ”Una gran obra que te engancha, te mantiene en vilo, con giros inesperados y un final que no esperas. He disfrutado muchísimo con la lectura”.

⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ”Este libro te mantiene con las ganas de leerlo constantemente, como todos los libros de la autora. Sabe muy bien cómo crear ese deseo de querer leer un capítulo más, y uno más”.

⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ”El estilo de la autora se va dejando ver en cada novela de la autora —las he leído todas. Es muy personal y alejado de lo marcado por las tendencias”.

Suscripción a mi lista de correo

Una de las mejores formas de estar en contacto conmigo es suscribiéndote a mi lista de correo. Allí estarás al día de mis publicaciones, pero también compartiré un trocito de mí.

Además, como regalo de bienvenida, podrás conseguir una de mis publicaciones. Haz clic en el enlace o escanea el código QR.

Lista de correo de Sonia Flores

Prefacio

Antes de adentrarte en la novela, tengo que advertirte que Rabadás no es un pueblo que exista en el mapa (y si existe, es pura casualidad), sino que es un lugar totalmente ficticio, fruto de mi imaginación. Me inspiré en el ambiente de Sitges, eso sí, porque es un municipio de costa (adoro el mar) y me parece un sitio bonito. Además, está cerca de Barcelona. Eso te permite poder visitar más lugares y pasear por la gran ciudad.

Rabadás es un pueblo de pescadores, con mucho encanto, pero que con el tiempo se ha vuelto tan popular que es imposible caminar tranquilo por la calle, por la cantidad de turistas que hay. De hecho, una cuarta parte de la población que vive ahora mismo allí es extranjera. En invierno, en cambio, el pueblo suele estar más tranquilo. Bueno, aparentemente tranquilo. Porque en Rabadás uno nunca puede estar totalmente en calma.

Tiene un paseo marítimo precioso y unos hoteles de escándalo, aunque sinceramente, no os aconsejo ir a "Kind Holidays resort Hotel", por mucho que tenga cinco estrellas. Si habéis leído mi

anterior novela, La fragilidad de los locos, sabréis por qué os lo digo. En ella, uno de los personajes principales de esta novela hace un cameo.

En Rabadás, nunca dejan de suceder cosas, porque allí hay de todo: desde robos misteriosos, a madres lunáticas, pasando por tráfico de drogas, policías corruptos y asesinos a sueldo.

Todo puede pasar en Rabadás.

Sobre la Playa de las Sirenas

Dicen que la Playa de las Sirenas esconde lo que el pueblo no quiere ver. Voces de mujeres rotas, niñas invisibles, secretos ahogados. Y un día, cuando nadie se lo espera, las olas devuelven lo que todo el mundo intenta olvidar.

Las sirenas no son criaturas mitológicas, sino mujeres silenciadas. Aquí las sirenas no cantan, sino que callan.

Pero la leyenda también dice que si alguna vez escuchas una de estas voces rompiendo contra las olas, nunca volverás a ser el mismo.

0

Noviembre, 2010

La lluvia fría golpea su rostro, resbalando por su piel como si fueran finos carriles de tren. Un mechón de pelo le cubre parte de la cara, pero no puede apartarlo. No puede moverse.

En realidad, no puede hacer nada.

Sus músculos han dejado de responder. Lucha. Intenta alzar un brazo, girar el cuello, abrir la boca para gritar. Pero su cuerpo es solo un peso inerte. Su carne se ha convertido en una prisión que la atrapa.

El olor a mar inunda sus fosas nasales. Es lo último que va a oler.

Sus pulmones se adhieren al oxígeno, buscando aire con desesperación. Pero cada vez es más difícil. Su corazón late con violencia, como si aún tuviera esperanzas de sobrevivir.

Mira a su captor mientras su aliento se va apagando poco a poco.

La incapacidad de levantar siquiera un brazo le crea una amarga impotencia.

«Deja de luchar», le susurra alguien. «Cierra los ojos».

Pero no quiere. Se aferra a la vida, espera un milagro, un rescate.

Sin embargo, la realidad es implacable.

Su último aliento se escapa en un susurro.

Su cuerpo cede y cae al mar.

I

PRIMERA PARTE

1

Miércoles, 8 de septiembre de 2010

El despertador ruge en medio de la habitación, como un animal salvaje. Lo intenta apagar a tientas, pero se cae al suelo. A pesar del golpe, sigue sonando.

Le gustaría darse la vuelta y esconderse bajo las sábanas. Quedarse allí metida indefinidamente.

Pero no. Es miércoles. Primer día de segundo de bachillerato. Los primeros días siempre son horribles, aunque sería todavía peor si fuera lunes. Los domingos por la tarde su barriga le suele anunciar un malestar que le dura hasta el día siguiente. Y ya cuando llega el trágico lunes, es como una tormenta de emociones desagradables.

—Dichoso trasto —gruñe Caterina, con voz pastosa.

Golpea el despertador con un cojín. Si este pudiera quejarse, el sonido sería estremecedor, como un alarido. Pero la fiera sigue sonando.

—¡Dios! Odio mi vida.

Abre un ojo y, alargando un brazo, da con el botón que apaga la alarma. Silencio. Por fin.

Nota algo húmedo entre las piernas y el olor metálico a sangre. Hay una mancha en la sábana que lo confirma.

Se levanta con resignación, sujetándose el vientre como si eso pudiera aliviar el dolor de ovarios.

—Maldita sea —masculla arrastrándose hacia el baño.

Se lava, se pone una compresa y se queda un rato frente al espejo. Le parece ver un nuevo grano al lado de la nariz. Minúsculo, pero lo siente como un volcán en plena erupción.

—Lo que me faltaba —se maldice.

Se pone una crema colorante de su madre por todo el cutis para disimular la imperfección. Error. El efecto bronceador que se le ha quedado lo ha empeorado. Se la quita de inmediato.

Caterina Munell tiene cara de muñeca y desprende un aire melancólico. Sus ojos son verdes, posee una larga melena, rizada y castaña. Su belleza es tan intemporal que podrías situarla en cualquier época. Tal vez por eso llama tanto la atención, aunque ella preferiría pasar desapercibida.

Después de vestirse con unos tejanos desgastados y una camiseta gris que le queda algo pegada al cuerpo, se recoge el pelo y vuelve a mirarse al espejo. El grano sigue ahí.

Pasa por el lado de la habitación de su madre. Se fija que tiene la lamparita de noche encendida. Emma aún sigue en la cama. No la molesta. Sabe que también necesita su tiempo para despertarse.

Baja a la planta de abajo, en la cocina. Se toma solo un café con leche. No suele tener mucha hambre por la mañana, solo necesita algo de cafeína. Después, vuelve a subir para cambiarse la camiseta

por otra más ancha, de color azul. Tiene unos pechos grandes. Ella siempre se los tapa con jerséis muy anchos porque está acomplejada, por lo que a veces, sin darse cuenta, camina algo encorvada.

Su madre ya está en el lavabo. La oye toser y como arrastra las zapatillas por el suelo.

—¡Buenos días, mamá! —le dice Caterina, desde fuera.

—¡Buenos días, hija! —responde con voz dormida.

De nuevo, baja las escaleras y se dirige hacia la cocina. Coge algo de fruta para la hora del descanso y se pone los auriculares antes de salir de casa. Se va hacia la puerta de salida, pero justo antes de cerrar, retrocede de nuevo para despedirse de su madre.

—¡Me voy, mamá! —dice mirando a la planta de arriba.

Viven en una pequeña casa adosada de dos plantas con un amplio jardín lleno de setos, dos olivos y algunas flores.

—¡Vale, que vaya bien el primer día! —responde Emma, pausada.

Caterina espera unos segundos, por si se asoma su madre desde las escaleras, pero no lo hace.

Emma Walton es escritora y redactora para una revista de tirada nacional. Trabaja en casa.

Últimamente, no pasan mucho rato juntas. Desde que murió su padre, Luis, hace un año, su madre ha envejecido de repente, está despistada y torpe. Le cuesta dormir y a menudo la pilla viendo la televisión a las tantas o leyendo a horas intempestivas.

Es como una especie de robot teledirigido, hace las cosas programadas del día a día por inercia y con poca convicción.

También la oye llorar, a veces, o hablando sola.

Ella también lo pasa mal, pero lo disimula mejor. Echa mucho de menos a su padre, con el que tenía mucha complicidad. Intenta estar bien por su madre. Se refugia en los estudios o se pone sus auriculares con la música para evadirse.

Luis era un hombre bueno, amable y con paciencia. Siempre congenió mejor con él que con su madre. Tal vez por su carácter similar: tímido por fuera, pero intenso por dentro. Sociales selectivos ambos. Hablaban mucho. Escuchaban música. Iban a conciertos. Leían. Luis sabía escucharla. Callar cuando era necesario y opinar cuando tocaba.

Se parecían tanto físicamente, que su madre, cuando la mira aún cree estar viendo a su esposo.

Lo echa tanto de menos que a veces le falta el aliento, como si le hubieran arrancado un trozo de alma. No puede creer que un accidente de coche haya acabado con su vida.

Que ella sepa, sus padres se llevaban bien. Se querían. Aunque, ciertamente, hacía un par de años que habían dejado de hacer cosas juntos, como antes: ir al cine, cenar solos, viajar. Desde que Emma empezó a trabajar en la revista, su exigencia con el trabajo era mayor que con su familia. Y Luis Munell, profesor de literatura en la universidad, cada día llegaba más tarde a casa.

Antes, su madre tenía mucho sentido del humor y siempre se reían juntos. De hecho, escribía unas comedias brillantes. Ahora no consigue avanzar ni dos capítulos de su siguiente novela. A veces, Caterina la oye hablar con su agente literario, quien le repite que ya le queda poco. Pero el manuscrito sigue igual que hace un año.

Suspira y aprovecha para mirarse de nuevo en el espejo del recibidor. Se quita la coleta que se había hecho y se deja el pelo suelto. Cierra la puerta de un solo golpe y pone en marcha la lista de canciones de su iPod. Camina hacia la parada del autocar.

Una vez allí, sube con desgana. Algunas miradas se posan sobre ella. Las ignora hábilmente bajando la vista con elegancia.

Le vienen imágenes del último curso, un año atrás. Aún se estremece al recordarlo.

Cuando murió su padre, Caterina tenía dieciséis años recién cumplidos. Al principio la situación era normal; sus compañeros sentían lástima por ella. Hasta que los profesores se volcaron tanto en ella que la protegieron quizás en exceso. Especialmente Rafa. Entonces empezaron los rumores: que era la favorita, que recibía trato especial.

Y lo que comenzó como compasión se transformó en odio. Cuando la felicitaban en clase por sus trabajos, los demás se burlaban o la acusaban de favoritismo. Le dejaban dibujos obscenos, exagerando sus curvas, o notas llenas de insultos.

Si participaba en clase, era una empollona. Si no lo hacía, se hacía la interesante. Por lo tanto, a su duelo por la pérdida del padre se sumaba la crueldad del día a día. No era culpa suya entender todo a la primera, ni ser brillante. Y, para colmo, era guapa. Muy guapa. Una combinación explosiva para despertar celos.

Cuando algún chico popular se interesaba por ella y lo rechazaba —porque simplemente no estaba por eso—, el juicio era inmediato: «Se cree superior». «Es una estirada». «Debe ser rara».

Cada día se enfrentaba a una nueva burla: le escondían cosas, le pintaban el abrigo, le ponían *superglue* en la silla. Pero lo peor fue la foto. Alguien manipuló una imagen suya, pegándole el cuerpo de una actriz porno. La convirtieron en un meme: «Soy una empollona estirada». Corrió de móvil en móvil y por las redes sociales. Fueron expulsados algunos alumnos, eso sí, pero no sirvió de nada. El acoso continuó unas semanas después, solo que más sutil.

A veces bastaba con una simple mirada desagradable, un choque de hombro mal intencionado, un silencio incómodo cuando entraba a un lugar, un suave chismorreo justo al pasar…

2

Miércoles, 8 de septiembre de 2010

Caterina tiene la intención de sentarse en los últimos asientos del autocar, cuando unas voces la increpan. Son Sergio y Bruno. Los mismos que fueron expulsados el año anterior por trucar la foto.

Todos los pasajeros se giran para mirar. Sergio y Bruno se han metido dos botellas de plástico bajo la camiseta, abultando el torso grotescamente, simulando unos pechos enormes.

—Oh, mira —dice Sergio señalando a Caterina, mientras se toca de forma sinuosa las botellas—. Llevo un *wonderbra* porque no logro que se me aguanten erguidas.

—Soy una vaca lechera, tolón, tolón —canta Bruno.

Las risas estallan por todo el autobús.

Caterina, con rapidez, se encoge en uno de los asientos del fondo y sube más el volumen de la música. Suena *Creep* de Radiohead.

Le gustaría ser especial, como dice la canción, con un cuerpo perfecto, una vida normal. «*But I'm a creep, I'm a weirdo. What the hell am I doing here? I don't belong here*. Pero soy repugnante,

alguien raro. ¿Qué demonios estoy haciendo aquí? No pertenezco aquí.»

Tres paradas después se sube Erin, a quien reconoce enseguida por su pelo teñido de morado. Le ha guardado un sitio a su lado.

Erin lleva gafas de pasta gruesas negras y una ortodoncia que resalta cuando sonríe. El pelo corto masculiniza sus facciones, pero a su vez le da un atractivo salvaje, rebelde. Una belleza complicada, casi agresiva. El flequillo le tapa los ojos y le ayuda a esconderse de ciertas situaciones. Es como si fuera su antifaz. Tras esos mechones de pelo se atreve a contestar a cualquiera que intente molestarla a ella o a Caterina. No les tiene ningún miedo. Suele vestir con sudaderas anchas y pantalones holgados, estilo rapero. Así, intenta disimular su sobrepeso y sus propios complejos.

Si no fuera por Erin, quien a menudo actúa como su guardaespaldas, no aguantaría las mofas constantes por parte de sus compañeros. No se lo ponen fácil, cada día se enfrenta a multitud de obstáculos, pero, al menos, sabe que no está sola.

Se conocen desde hace cuatro años, cuando tenían trece. Caterina recuerda muy bien el día que Erin llegó nueva al colegio. Estaba triste y agobiada porque sus viejas amigas, Julia y Bárbara, llevaban días atosigándola por una cuestión de malentendidos y celos. Al parecer, unos compañeros de clase habían ido lanzando una serie de rumores falsos y ni siquiera le habían concedido el beneficio de la duda. «Caterina dice que Julia es un pecho plano y bajita» y también que «Bárbara está más gorda que un hipopótamo y le sientan fatal los leggings que lleva».

Ese día, en concreto, Caterina estaba sentada sola en uno de los bancos del patio y estas empezaron a burlarse de su ropa, con el objetivo de humillarla delante de todos. Erin, entonces casi una desconocida, se plantó delante de ellas:

—Cómo no os vayáis de aquí echando leches, os parto las piernas a las dos.

Ninguna intentó enfrentarse a ella. Habían oído mil historias de Erin en su antiguo colegio y ninguna hablaba muy bien. Fuerte, impulsiva, impredecible. Además, sus pintas de entonces, algo más gótica, le daban un aire entre misterioso y terrorífico. Total, que le tenían miedo. A Erin nunca le han gustado las injusticias. Y le fastidiaba presenciar ese abuso de poder que se da entre algunos grupos de personas. Desde ese día, Erin y Caterina se sentaron siempre juntas. Dos almas heridas que se reconocieron enseguida sin necesidad de palabras.

—¿Preparada para el primer día? —pregunta Caterina.

—Sí, muy emocionada —suelta Erin con ironía.

Al sentarse, su flequillo se mueve dejando entrever un moratón cerca de una ceja.

—¿Qué te ha pasado? —pregunta Caterina, alarmada.

—Nada, una tontería.

—¿Otra vez tu padre?

Erin aparta la mirada.

—¡Ostras, no puede ser! Hablaré con mi madre, a lo mejor puedes venir a casa…

—Déjalo… —le corta Erin.

—Pero no puede ser que pague su frustración contra ti…

—¡He dicho que lo dejes!

El grito alerta a las dos filas de delante que se giran para fisgonear, pero al ver la expresión de Erin vuelven enseguida a lo suyo.

—Perdona —susurra Erin, bajando la voz—. No quería gritarte.

—Tranquila, quizás me he metido donde no me llaman…

—Solo te preocupas por mí y te lo agradezco —le dice recostando la cabeza en su hombro.

Caterina le acaricia con suavidad el cabello.

—Estoy bien —murmura Erin, aunque ambas saben que no es verdad.

Al llegar al Instituto Rabadás centro, suspiran al unísono. El ambiente no ha cambiado ni un ápice. Las paredes están desconchadas y les hace falta una capa de pintura. Las baldosas sueltas del patio hacen tropezar a cualquiera que camine desprevenido, y los fluorescentes parpadean con debilidad. Definitivamente, no es *Hogwarts.*

A un lado están los frikis, charlando de cromos y videojuegos, como si el resto del mundo no existiera. Al otro, los deportistas, incapaces de vestirse con unos tejanos, incluso en días no lectivos. Y luego están ellos: un grupo que parece aumentar cada año.

Chicos con cortes de pelo rapados a los lados, imitando a futbolistas de moda. Llevan camisetas de marca, dos tallas más grandes, tejanos caídos que muestran la ropa interior y bambas relucientes. Van en manadas, como lobos, hablando alto, riéndose de sus propios chistes estúpidos, soltando eructos y escupiendo cada

tres pasos, como si tuvieran una hormigonera de nicotina en los pulmones.

Las chicas del grupo de Julia y Bárbara van maquilladas como si fueran a una fiesta permanente: labios fucsias, extensiones en el pelo, pantalones tan ajustados que parecen pintados en la piel.

Y luego están Erin y Caterina. Dos figuras que intentan pasar desapercibidas en medio del ruido.

—¿Has visto qué panorama? —masculla, Erin.

—Como siempre —responde Caterina, con una mueca resignada.

Al cruzar el patio, notan las miradas clavadas en ellas como cuchillos invisibles. Los cuchicheos. Las risitas.

Empieza el juego. La caza del raro.

Caterina se encoge un poco más bajo su sudadera. La verdad es que no espera un milagro este curso. Solo sobrevivir.

Pero algo, en el fondo de su pecho, arde como una chispa rebelde: una voz que le dice que quizá, esta vez, no será igual.

3

Trece días después (martes, 21 de septiembre de 2010)

Cuando eres adolescente, debes aguantar muchas moralinas y sobrevivir a tu día a día, con la mayor dignidad posible.

Para empezar: no puedes hacer lo que te dé la gana; siempre tienes que dar explicaciones; vives entre dos mundos, dejando atrás la etapa de niño y acercándote a la de adulto; aún no tienes muy claro quién eres; no tienes independencia, ni económica, ni para tomar decisiones importantes.

Erin llega a casa exhausta. Tira la mochila en el sofá del comedor y se dirige directamente a la cocina. Mientras se prepara un *sandwich* de Nutella, sus pensamientos no paran de taladrarle la cabeza: *«¿Cómo puede ser que en apenas una semana de curso que llevamos ya tengamos dos trabajos que hacer y un examen la semana siguiente? Me pregunto si alguna vez estos profesores*

fueron adolescentes, o si alguna vez han sido humanos. Encima, nos han vuelto a poner a Cat y a mí en clases diferentes. ¡No es justo!».

Le gusta llamar Cat a Caterina, como *Catwoman.* Son muy fans de este tipo de heroínas.

De repente, su madre entra en la cocina, hecha una furia.

—¡Erin! ¿Cuántas veces te he dicho que no dejes tus cosas tiradas en el sofá, eh?

Erin chasquea la lengua, untando el chocolate deprisa sobre el pan. Su madre sigue hablando como un disco rayado.

—¡Y mírate! ¡Otra vez con esas pintas! Con la ropa tan bonita que te compro y te sigues poniendo esas camisetas negras de peludos.

Su madre llama *camiseta de peludos* a cualquier camiseta de rockeros, lleven el pelo largo o no.

Hace ademán de salir de la cocina cuando su madre se planta delante de ella.

—¿No ves que te estoy hablando?

Resopla.

—Vale, mamá, ahora recojo la mochila. Me voy a estudiar, ¿vale? —le contesta sin subir el volumen ni mirarle a los ojos.

Se quita de encima a su madre, recoge la mochila y sube las escaleras corriendo hasta su habitación. Cierra la puerta de un portazo, luego sube el volumen de música a tope. Suena *Waiting for the end* de Linkin Park. Enseguida le envía un mensaje de texto a su amiga: *«Cat, ¿podemos quedar un rato esta tarde? Así me ayudas*

con el examen de mates de la semana que viene. Sin tu ayuda seguro que suspendo».

Al moverse, se da cuenta, horrorizada, que ha manchado de *Nutella* la colcha blanca de la cama. Intenta limpiarlo con agua, pero solo consigue expandir la mancha. Un sudor frío le recorre la espalda. *«Ostras, ¡no!, voy a tener una nueva bronca monumental con mi madre, seguro».* La tapa como puede con unos cojines, rezando para que su madre no se dé cuenta.

La relación entre Erin y su madre nunca ha sido buena. Siempre han tenido un vínculo frío y distante. A Erin le encantaría que la aceptara como es y que no la estuviera siempre fastidiando.

María Roble, tras perder a su hija pequeña Leire, se apagó por dentro. Nunca volvió a ser la misma. Desde entonces viste casi siempre de negro, cose para particulares en casa y vive a medio camino entre el mundo de los vivos y el de los muertos.

Erin nunca la llegó a conocer.

María dejó de trabajar en la tienda de ropa como modista y desde entonces vive recluida en su casa, cosiendo. Le quedan unos pocos años para jubilarse. Es una señora bajita, muy delgada y con el aspecto apagado. Su melena corta se ha vuelto de un gris opaco, que hace que su rostro parezca aún más sombrío. Se siente culpable por el accidente de la pequeña. Pasó hace dieciocho años. Erin aún no había nacido, ella nació un año después, por un descuido. Sus padres ya eran mayores, o se habían vuelto mayores.

El infortunio sucedió de una manera inocente y distraída. Un día, de vacaciones, pararon el coche en un peaje para ir al lavabo. El

hermano mayor, Leo, que no era más que un niño entonces, estaba a cargo de la niña mientras sus padres estaban en los servicios. Pero a Leire se le había caído un muñeco cerca de la entrada de estacionamiento. Al ir corriendo a buscarlo, un camión la arrolló sin darse cuenta. Leo presenció todo el accidente. Estuvo un año sin pronunciar palabra. Y la tragedia quedó marcada para siempre en la familia. Su hermano se mudó hace tiempo con su novia a Portland, al país más lejano que encontró, del que solo recibe alguna postal por Navidad o por su cumpleaños.

Antes de que María se vaya a dormir, se va a rezar a una habitación donde tiene las cosas de la fallecida: ropa, fotografías, muñecos… Erin la llama «la habitación del terror». La habitación de la hermana muerta a la que nunca conoció. Es como el fantasma del que todos hablan y de la que ella está excluida. Desde entonces se le ha ido un poco la chaveta y está obsesionada con el mundo religioso. A veces hace locuras que asustan a su marido —aunque él tampoco hace nada por ayudarla—, como dejar el gas abierto y, en consecuencia, tener que salir corriendo todos de la casa, por si explota. También la pillaron un día sollozando como una salvaje en medio de la calle, solo con ropa interior, diciendo que su hija Leire estaba enferma en la cama. Evidentemente, era un momento de delirio, puesto que su hija hacía muchos años que había fallecido.

A su madre la llaman «María la loca» por esas cosas. Cuando Erin se enteró del apodo, aprendió a defenderse a puñetazo limpio de las burlas, hasta que acabó expulsada de la escuela. Pero no era para tanto. A la gente le encanta hablar e inventar. Por eso y otros

motivos, decidieron cambiar de ciudad, para empezar de nuevo. Pero, aun así, su madre no ha mejorado mucho.

Le vibra el móvil. Acaba de recibir un mensaje de Caterina: *«Estoy acabando el trabajo de filo que es para mañana. Ya sabes lo exigente que es Rafa, si no lo entregas a tiempo y bien… ¿Quedamos mejor mañana tarde en mi casa?».*

Erin suspira, resignada. Envidia lo aplicada que es su amiga. También envidia la madre que tiene.

«Ok, hasta mañana».

De repente, le abruma tener la tarde libre y estar encerrada en casa. Recoge su mochila, cierra la puerta de un portazo y baja a toda velocidad en su bici.

No soporta estar mucho tiempo en su casa porque sabe que tarde o temprano su madre tocará en su puerta para seguir agobiándola.

—¿Se puede saber dónde vas ahora? —grita su madre desde la ventana.

—A estudiar a la biblioteca —miente ella, sin girarse siquiera.

—¡Quiero que estés de vuelta antes de las ocho! —se oye a lo lejos.

Cuando pedalea con su bicicleta, Erin se siente libre. Libre de gritos, de reproches, de culpa ajena. No se dirige a la biblioteca, sino a un lugar aún más tranquilo, el cementerio. Su lugar secreto.

Aparca su bicicleta junto a un muro y se sienta en uno de los bancos de piedra. Ahí, entre epitafios y estatuas de ángeles tristes, encuentra la paz. Le gusta leer las inscripciones. Algunas son desgarradoras; otras, inesperadamente divertidas. Como la que acaba de encontrar: «Amado, nunca fuiste detallista conmigo. Si ahora me traes flores, juro que resucito y te mato a palos. Aurora Castro, 1940-2008».

Erin sonríe. Le habría gustado conocer a aquella mujer con ese carácter.

Saca su cuaderno de dibujo y empieza a trazar bocetos que llamará «Aurora y sus flores». Los epitafios la inspiran para crear nuevas ilustraciones. Es muy buena dibujante.

Está tan absorta en lo que hace, que no percibe la figura que se acerca tras ella. Cuando se da cuenta, pega un respingo.

Un joven alto, muy pálido y delgado, vestido de negro, con una pala grande en la mano, la observa.

—Perdona —dice él—. No quería asustarte.

—Tranquilo. Estaba concentrada en lo mío… —responde Erin, aún con el corazón a mil.

—Lo siento, de veras. Te vi tan concentrada dibujando que no quería hacer ruido…

El chico le echa un vistazo al dibujo.

—No entiendo mucho sobre dibujos, pero me parece que el que estás haciendo es muy bueno. Me atrae, me dice cosas. Creo que transmite.

—¡Gracias! —responde Erin, con el rostro encendido—. ¿Trabajas aquí? —le pregunta, curiosa.

—Así es. Estaba arreglando esto —dice señalando el nicho de al lado—. Tendría que haberlo hecho este mediodía y no me ha dado tiempo.

—¿En serio? ¿Arreglas nichos?

—Claro, es mi trabajo.

—¿En serio, hay gente que limpia el cementerio? Pero parece un trabajo para gente mayor. ¿Y te pagan?

—Pues claro que me pagan. Es un trabajo como cualquier otro. Vengo por las tardes. Cuando cumplí dieciocho años, unos familiares me metieron en el oficio. Aunque, a lo que quiero dedicarme realmente es a ser médico forense, pero la universidad no es gratis.

—Ah, pues nunca había calculado la gente que trabaja aquí. Pensaba que cada familiar, de vez en cuando le sacaba el polvo a las celdillas de sus parientes.

—Bueno, no solo limpio los nichos… Soy ayudante de panteonero y sepulturero.

—Vaya —dice, fascinada—, eso suena… muy metal.

Erin hace un gesto rockero con la mano. El rostro serio del chico asusta un poco, no parece que entienda mucho las bromas.

Ella, aún sorprendida con el trabajo del chico, sigue con las preguntas:

—Y aparte de limpiar, ¿qué haces?

—Pues es un trabajo bastante laborioso. Reparo cualquier tipo de sepultura para que vuelva a su estado original, hago la subsanación de humedades…

—Mmm… Subsanación. Muy interesante —le interrumpe ella, en realidad, sin el menor interés.

El chico se da cuenta del matiz en la voz de Erin.

—No te ha parecido nada interesante, pero te entiendo, no es un trabajo divertido, viéndolo desde la edad que debes tener.

—No quería ofenderte… En cuanto a la edad… Lo dices como si fueras mi padre y seguro que tenemos los mismos años —predice mordiéndose un labio, con vergüenza—. Es solo que se me hace extraño que alguien tan joven como tú trabaje en esto.

—Tengo diecinueve años…

—Vale, nos llevamos dos años… Vaya… —le responde con tono burlón.

El chico sigue igual de serio. No se le ha movido ni un centímetro la comisura de los labios.

—Y me encanta mi trabajo —reafirma él—. Además, me deja muchas horas libres para mis estudios y hobbies. Y se gana bien.

—¿Pero no te da un poco de pavor?

—¿Pavor? Para nada. Más miedo me dan los vivos. Estos clientes no se quejan por nada.

Los dos ríen con complicidad, aunque la risa del chico es tímida y forzada. Está claro que no tiene sentido del humor o que nunca ríe con nadie.

Erin siente algo extraño. Un pequeño cosquilleo en el estómago. No está acostumbrada a que un desconocido, y además guapo, la

trate con respeto y sin juzgarla.

Siente que podría quedarse horas hablando con él. Pero entonces, al mirar el reloj ve que son las ocho. Y no quiere otra bronca en casa.

—Tengo que irme —dice, recogiendo su cuaderno.

—¿En serio? Pero si ahora venía la mejor parte. Te iba a contar que hago reformas y mejoras de panteones, y que también entierro.

Erin ríe de nuevo. Parece que después de todo, el muchacho sí que sabe hacer bromas. Aunque sigue pareciéndole algo raro. Un guapo raro.

—Bueno, ¿y cómo te llamas, señor sepulturero?

—Ray.

—Ray, el sepulturero. Me gusta.

Ray vuelve a mostrar una tímida sonrisa. Casi imperceptible.

—¿Y tú?

—Erin.

—Pues encantado, Erin, que dibuja en cementerios.

—Es un poco raro, lo sé.

—Tranquila, te podría contar de la de gente que pasa por aquí para desconectar de sus vidas… Es que es un sitio que da mucha tranquilidad, te entiendo. Por eso tenemos que mantener este sitio limpio, no es para los muertos, sino para los vivos.

Erin le hace una sonrisa cómplice.

—¡Adiós, Ray!

—¡Hasta otra, Erin! —se despide Ray, en un tono que, por primera vez, suena casi cálido.

Erin se marcha pedaleando rápido, pero, al alejarse, se gira una última vez para mirar atrás. Ray sigue ahí, apoyado en su pala, observándola bajo la luz mortecina del atardecer.

Sonríe para sí misma.

Quizás este año no será tan malo, después de todo.

4

Quince días después (miércoles, 6 de octubre de 2010)

Al cerrar la puerta de casa, Rafa se da cuenta demasiado tarde que se ha dejado las llaves dentro. Maldita sea. Más tarde, al salir del trabajo, no tendrá más remedio que llamar a su padre para pedirle la copia. Y con eso vendrá el sermón: otra de sus moralinas sobre lo irresponsable y despistado que es. Qué humillante…

Mientras camina hacia el instituto, se promete dejar una copia de las llaves en la recepción. Así se ahorrará futuras lecciones de moral, de parte de su padre.

Rafa Silva tiene veintisiete años. La mayoría lo considera un tipo simpático. Es algo tímido, viste siempre con camisa de cuadros, tiene de todos los colores, y lleva el pelo rubio, liso, corto por los lados y un flequillo algo más largo. No es especialmente guapo, ni tampoco feo. Pero su forma de ser lo hace cercano, agradable. Esa simpatía suya, aunque algo torpe, suele atraer.

Hace seis años que se independizó, se graduó en filosofía y letras, como el mejor en su promoción. Aun así, eso nunca le ha valido suficiente reconocimiento por parte de su padre, quien insiste

en que ya va siendo hora de sentar la cabeza: tener una buena mujer, una casa en propiedad y, por supuesto, hijos. «A ver cuando te estabilizas», le repite cada vez que lo ve.

La cuestión es que Rafa ni siquiera sabe si le gustan las mujeres. Lo que sabe con certeza es que le provoca rechazo pensar en una relación estable, una hipoteca y tener hijos. Le cuesta hasta imaginarlo sin que se le cierre el pecho.

Odia esos estereotipos de felicidad en los que no encaja. Para él, la felicidad es mucho más simple: jugar a rol online los viernes por la tarde mientras come pizza de su restaurante favorito acompañado con una cerveza negra. O cantar a grito pelado canciones de *Adele* en la ducha.

Desde que su madre murió, cuando él estaba en el instituto, todo se volvió un poco más gris. Un cáncer de páncreas se la llevó en pocos meses. Rafa aún arrastra ese vacío, esa ausencia que pesa. Ella fue su referente, su refugio. Su ternura. Desde entonces, muchas veces se siente solo, incluso rodeado de mucha gente.

Al llegar al instituto, saluda con un leve gesto a la secretaria y se dirige directamente a su clase, sin pasar por la sala de profesores. Le gusta llegar temprano, siempre que puede, para preparar bien la clase. Es bastante meticuloso. Deja las tizas ordenadas que va a usar en su mesa, traza con cuidado un mapa conceptual en la pizarra sobre el tema que toca. Cuando sus alumnos entren, todo estará listo.

Este curso le ha tocado ser tutor de segundo de bachillerato. No es algo que le entusiasme. La ventaja es que el curso pasado,

también fue el tutor de alguno de los mismos chicos, pero los nota cambiados. No son los mismos chicos. No es lo mismo un año de diferencia en un adulto, que en un adolescente. Estos tienen unos cambios evolutivos importantes.

De repente, Lara Guzmán, la profesora de química, entra sin llamar, con la costumbre de quien no necesita hacerlo.

—Me encanta tu letra. Haces unos esquemas perfectos. Tienes que enseñarme —dice, mientras observa la pizarra.

Rafa se sonroja.

—Qué va, solo me esfuerzo en que quede muy claro para que lo entiendan.

—Sí, yo también me esfuerzo en escribir muy bien las fórmulas, pero ni con esas aprueban —responde ella, riendo.

Él sonríe también.

—¿Qué haces el viernes? ¿Quedamos para comer?

Rafa se queda pensativo. No es que le desagrade quedar con su amiga y compañera de trabajo, pero a veces es algo intensa. Le da consejos sin pedírselo o le dice cómo tiene que vivir su vida. Lo presiona bastante con cosas personales. Para eso ya tiene a su padre.

—Pues el viernes resulta que no puedo… Tengo que hacer unos recados.

—Bueno… —le corta ella—, antes de hacer cualquier recado tendrás que comer, ¿no?

—Claro…

—Entonces, quedamos este viernes —dice, satisfecha.

—Sí… Supongo.

Rafa ha sido incapaz de decir que no.

—Ah, y no te pongas más esa camisa de cuadros color ocre. No te favorece nada… Luego podemos ir de compras…

—Pero…

—Nada de peros. Ya me lo agradecerás.

Lara Guzmán es licenciada en química, aunque también da algunas clases de matemáticas y física. Hace cinco años que trabaja con Rafa y desde entonces se hicieron amigos. Lara le enseñó a coger algo más de seguridad en el aula, ya que al principio de dar clase los alumnos se lo comían. En su primera clase, Rafa salió llorando, superado por los alumnos. Pero gracias a Lara y a sus consejos prácticos, ahora maneja bien la situación.

Tiene unos ojos azul cobalto, profundos y penetrantes. Su piel es muy pálida con algunas pecas. Es alta, delgada, con un cuerpo estilizado. Su melena morena cae con naturalidad. Es muy atractiva, ya entrada en los treinta y cinco años. Tal vez sea la más guapa del claustro. Siempre parece seria, lo que la hace parecer distante o borde. Pero quienes la conocen de verdad saben que es otra cosa.

Toda su familia vive en Ávila. En esta ciudad, su único vínculo cercano es Rafa. Lo cuida como si fuera su hermano pequeño. Le encanta decirle lo que tiene que hacer en todo momento. Rafa, al ser tan inseguro, no se atreve a enfrentarse a ella. Además, muchas veces la necesita para tomar decisiones o desahogarse en su día a día.

* * *

Rafa es el tutor de Caterina, igual que en el curso pasado. A ella le hubiera gustado que le tocara otro profesor. No es que Rafa le parezca un mal docente. Al contrario: explica bien filosofía, sabe escuchar y de vez en cuando da buenos consejos. Pero hay algo en él que la incomoda. Tal vez su sonrisa forzada, sus chistes malos o su perfeccionismo. Ese excesivo control de cada mínimo detalle. Es normal que quiera lo mejor de sus alumnos, pero a Caterina le parece exagerado. En vez de querer sacar un buen trabajo de ellos, le parece que los quiera exprimir.

A Caterina le parece que la presiona más que al resto. Si pudiera exigirle un once lo haría. Y eso la agobia. No quiere decepcionarlo, pero tampoco entiende por qué la mide con una vara distinta.

Por suerte, Bárbara y Julia no están en su clase. Aunque tampoco Erin. De vez en cuando, Erin le cuenta alguna de las anécdotas que protagonizan sus examigas en clase. Las mismas que ahora se dedican a esparcir rumores y a controlar cada novedad que aparece por el instituto.

Caterina aún no entiende cómo pudo ser amiga de ellas.

Erin tiene a Lara Guzmán como tutora. A ella le parece borde y algo altiva, pero reconoce que es muy buena explicando química. Los chicos la llaman el cañón borde. Suele dar unas contestaciones

muy secas y cargadas de autoridad. Solo parece llevarse bien con los empollones. Por suerte, Erin está a salvo gracias a Caterina, que es muy lista. A Caterina, sí le cae bien Lara, dice que es maja y que tiene mucha paciencia.

Ambas suelen sentarse juntas en la hora del descanso, apartándose de los grupos más conflictivos.

—¿Cuándo me vas a presentar al sepulturero? —pregunta Caterina, con una sonrisa traviesa.

—¿Qué dices? —responde con vergüenza Erin—. Pero si solo lo vi esa vez en el cementerio. No somos amigos.

—¿Entonces, no hay nada entre vosotros dos?

Erin le da un empujón suave en el hombro.

—¿Estás loca? Es… No sé cómo definirlo… algo tétrico.

—Pero si me dijiste que es muy guapo.

—Si *Eduardo Manostijeras* te parece guapo…

Las dos ríen.

—A ver… —Erin se pone seria—. Si lo vuelvo a ver, le digo si quiere quedar con nosotras y tomamos algo. Me parece un tío interesante, como amigo —insiste Erin, aunque su sonrisa traiciona su interés.

En ese momento, Bárbara y Julia aparecen acompañadas de Sergio y Bruno.

—Hola, chicas. ¿Venís a una fiesta este viernes? —pregunta Julia.

—¿No tenéis nada mejor que hacer? —contesta Erin, sin molestarse en ocultar su fastidio.

—¿Es que siempre tenéis que ser unas bordes? —salta Bárbara.

—¿Veis este dedo? —dice Erin, levantando el dedo corazón—. Pues ahí estáis todos vosotros. Ya podéis iros por donde habéis venido.

—¡Qué asco de tías! Ya os he dicho que es imposible hablar con ellas… —masculla Sergio.

—¡Ja! —revienta Erin—. Serás hipócrita y asqueroso. ¿Crees que vamos a ir a alguna parte con tipos como tú? Abusadores de mierda…

Caterina la sujeta del brazo, intenta calmarla. El ambiente se ha puesto tenso.

Sergio se planta frente a Erin, desafiándola con la mirada.

—Un día te vas a llevar un buen susto.

Suena el timbre, como una tregua necesaria.

—¡Vamos, no vale la pena! —dice uno de los chicos, arrastrando a Sergio.

—Sí, mejor me voy antes de que se caguen en los pantalones —espeta él, antes de marcharse.

5

Una semana después (miércoles,13 de octubre de 2010)

Sentada en el banco empotrado de la ventana de su habitación, Caterina se acomoda en el asiento de madera blanca, cubierto por un fino colchón y un par de cojines desparejados, que se curva ligeramente siguiendo la forma del ventanal que sobresale hacia el exterior. Coloca un cojín en la espalda y ajusta el portátil sobre sus rodillas. Desde ahí las vistas no son gran cosa: a la derecha, las casas del vecindario; a la izquierda, un pequeño parque con columpios medio oxidados. Aun así, le gusta mirar por el ventanal, ver los coches pasar, o las primeras estrellas, si el cielo está despejado.

Está buscando universidades, por Internet. Le ilusiona pensar que podrá compartir piso con Erin mientras cada una estudia lo que desea. Conocer gente nueva, lejos de la mediocridad de sus compañeros de clase. Enamorarse, quizá. Sentir, por fin, que su vida comienza.

Quiere estudiar periodismo, pero solo ofrecen la carrera en la ciudad de Barcens, que está a media hora de casa. Eso puede

suponer un problema, puesto que Erin quiere ir a Genar a estudiar Bellas Artes, porque está a dos horas de su casa.

Bellas Artes lo ofrecen en las dos ciudades, pero Genar, al estar más lejos de Rabadás, lo hace más viable y fácil de convencer a los padres de Erin de que es necesario alquilar un piso, porque les queda un poco lejos. La madre de Erin no quiere ni oír hablar del tema, quiere que coja el tren de ida y vuelta cada día.

La semana que viene, Erin empezará a trabajar por las tardes en la cafetería del instituto, cerca del pabellón. Quiere empezar a ahorrar. Caterina lo tiene algo más fácil: sus padres guardan un fondo para sus estudios, pero aun así, también buscará trabajo en verano. No quiere depender de nadie.

Espera obtener buenas notas, pero Rafa es tan exigente que la tiene bastante agobiada. Mientras navega entre páginas web de facultades, repasa mentalmente una conversación reciente con él.

—¿Estás segura de que quieres estudiar periodismo?

—Sí. ¿Por?

—No sé… Tienes un perfil más de ciencias.

—¿Perfil?

—Sí. Tienes unas notas brillantes en química, por ejemplo.

—Pero no es lo que me gusta…

—Pues no sé yo si el periodismo te va a gustar tanto. Además, la literatura y la filosofía no son tu fuerte.

«¿Qué sabrás tú lo que me gusta?», piensa Caterina.

—Pero si saco notas altas…

—Sí, pero no son excelentes.

Aún le escuecen esas palabras. Caterina bajó la mirada sin saber cómo defenderse. Salió del aula, con la moral por los suelos, como si le hubieran metido un gol en su propia portería, aguantándose las ganas de llorar.

«Ojalá me hubiera tocado Lara como tutora», piensa. Le parece más comprensiva, más humana. Seguro que no la juzgaría así.

Suspira y guarda los apuntes de filosofía en la mochila. No hay exámenes a la vista, pero se ha propuesto sacar excelentes en todo. Quiere demostrarle a Rafa que está equivocado, aunque le agobie intentarlo.

—¿Dónde vas? —pregunta su madre sin apartar la vista del ordenador de su escritorio, donde trabaja.

—A estudiar a la biblioteca.

—De acuerdo. No vuelvas tarde.

—No.

En la biblioteca hay poca gente. Erin no ha podido venir, está castigada durante toda la semana por llegar tarde y olvidarse de hacer la compra. La bronca fue monumental, como si hubiera hecho algo imperdonable. Caterina cree que el castigo es desproporcionado. Le duele ver lo mal que la tratan en casa. Desea que llegue el día en que ambas puedan marcharse. Sueña con un lugar donde nadie las controle ni las silencie.

Es muy consciente que el día que se vayan les cambiará la vida para siempre a mejor, sobre todo a Erin. Tiene tantas ganas de que

llegue el día de que puedan independizarse, que se le ha esbozado una sonrisa en la cara algo boba.

Después de dos horas estudiando Aristóteles y las escuelas helenísticas, decide marcharse. La cafetería ya está cerrada. Va a buscar su bicicleta, que dejó lejos, junto al campo de fútbol. El aparcamiento habitual está en obras. Está algo oscuro. Se apresura en llegar rápido al lugar. Por la calle solo se oyen sus pasos. El viento en la cara es algo frío y cortante. Una de las farolas parpadea como si estuviera conversando con ella. Por fin, llega al sitio. Quita el candado de la bici. Entonces, lo ve. Es Rafa. De pie sobre unos tablones, detrás de los vestuarios. Sostiene el móvil y enfoca hacia un agujero en la pared. Ella parpadea, incrédula. ¿Es él? Sí, lo es. Intenta irse sin hacer ruido, pero con los nervios, la cadena se le engancha al pantalón. Cae al suelo con un golpe seco.

Rafa se gira, sobresaltado. Esconde el móvil tras el pantalón y baja de un salto.

—¿Caterina? ¿Eres tú?

Ojalá pudiera responder que no.

—Yo… sí. Pero ya me iba —balbucea, levantándose.

Él se acerca.

—¿Qué haces aquí?

—He ido a la biblioteca…

—La biblioteca está más lejos.

—Ya, pero…

Está a tan solo medio metro de ella. Caterina traga saliva.

—¿Has venido a espiarme?

—¿Yo? ¿Qué? No sé de qué hablas…

Él la bloquea, le impide avanzar.

—Lo que has visto no es lo que parece…

—No he visto nada —dice ella, aterrada.

—No te hagas la lista. No puedes contar esto a nadie.

Caterina intenta esquivarlo. Él la observa con una mirada que le hiela la sangre.

—Ha sido un error… No volverá a pasar —balbucea, con el rostro desencajado.

—Ya te he dicho que no he visto nada…

Caterina, con un leve movimiento, esquiva a Rafa y empieza a pedalear lo más rápido que puede. Oye como la amenaza a lo lejos.

—¡Cómo se lo cuentes a alguien, lo vas a pagar caro! ¿Me oyes?

Después de un rato llega a casa, con el corazón en un puño. Siente el temblor en las piernas, la garganta seca. Piensa en llamar a Erin, pero ¿y si Rafa se entera? «Su mirada daba miedo. ¿Y si le pasa algo a Erin por mi culpa?». No, no puede decirle nada a nadie.

Por un instante, piensa en su padre. Él sabría qué hacer… quizás. Pero ya no está. Con su madre no puede contar. Ni siquiera la defendió cuando el curso pasado circularon por el grupo del instituto esos memes ofensivos. Insultos, burlas, risas a su costa. Le gustaría que su madre la hubiera defendido con uñas y dientes, que se hubiera peleado con el director y con los padres de aquellos chicos. Pero su madre no supo reaccionar. No se enfrentó a nadie. Solo le dijo: «Intenta ignorarlos, se cansarán». Pero no se cansaron. Y ella tampoco lo olvidó. Caterina entendía que su madre estuviera pasando un duelo, pero no entendía por qué se había alejado tanto de ella.

—Caterina, voy a hacer sopa. ¿Te apetece?

—Sí, mamá, está bien.

Su madre le habla sin levantar la mirada de la olla. Como si estuviera en otro lugar. Un duelo solitario donde Caterina no tiene espacio.

Durante la cena intenta reunir valor para explicarle lo que acaba de pasar, pero es incapaz. Abre la boca una vez. Luego otra. Pero no sale nada. Se traga las palabras con la sopa caliente. La cuchara le tiembla un poco. Su madre ni lo nota.

Después de la cena, Caterina sube a su habitación sin hacer ruido. Cierra la puerta con cuidado, como si todo su mundo pudiera derrumbarse con un simple clic. Deja la mochila en el suelo y se sienta en la cama, sin encender la lámpara de noche. La oscuridad le pesa menos que el miedo.

Se tapa con la manta sin desvestirse. Intenta convencerse de que no ha pasado nada, que todo ha sido un malentendido. «Tal vez, Rafa no estaba haciendo lo que parecía… Tal vez… solo miraba su móvil». Pero sabe que no es cierto. Su instinto no se equivoca. Lo que vio fue real. Y da miedo.

Cierra los ojos, pero en su cabeza solo se repite una escena: la cara de Rafa, su voz, la amenaza. El frío en la espalda, las piernas temblorosas, la vergüenza de haber tropezado justo en ese momento. El deseo urgente de desaparecer.

Mira su móvil. Tiene varios mensajes de Erin. Un par de fotos, un GIF tonto, una nota de voz preguntándole cómo le fue en la biblioteca. Caterina la escucha en silencio. La voz de Erin suena como un ancla. Tierna. Fuerte. Humana. Por un instante, siente que,

si le contara todo, podría respirar. Pero no. No puede. No en ese momento.

Abre la app de notas y escribe:

«No sé qué hacer. Hoy he visto algo que no debí ver. Algo que no debería pasarle a nadie. Tengo miedo. Quiero contarlo, pero no puedo. Si hablo, ¿quién me creerá? Y si no hablo, ¿cuánto peso voy a cargar?».

Guarda el texto. No lo borra, pero tampoco lo comparte. Solo lo deja allí, como un secreto escondido en el fondo de un cajón.

Se acuesta, de lado, con los ojos abiertos. Y espera a que pase la noche.

6

Jueves,14 de octubre de 2010

A Erin le sorprende que Caterina no se haya presentado en el centro. Pero más le inquieta que no le haya dicho nada.

Lleva toda la mañana enviándole mensajes al móvil, pero no ha recibido ninguna respuesta. Incluso ha llegado a pensar que quizás está enfadada con ella por algo que ni recuerda. Quién sabe. A veces, sin querer, puede ser algo brusca. A lo mejor Caterina se ha hartado. Está preocupada.

—¿Qué le pasa a Caterina? —le pregunta Rafa.

—No sé, estará enferma —responde Erin, encogiéndose de hombros.

A Erin le desconcierta la forma extraña en que Rafa la observa, como si la estuviera escaneando. «La verdad es que es un hombre raro», piensa.

—¿Rafa? —pregunta, al notar su silencio.

—i¿Qué?! —exclama él, sobresaltado, como si acabara de regresar de un lugar lejano.

—Que si quieres decirme algo más… Te has quedado parado, como si tuvieras algo en la punta de la lengua.

—Ah, no… —dice, frotándose la sien, visiblemente nervioso.

Cuando hace ademán de marcharse, se gira una vez más:

—Dile a Caterina que se mejore pronto.

* * *

Caterina está tumbada en su cama, con la persiana abierta solo hasta la mitad. La luz entra a medias, proyectando sombras alargadas sobre las paredes.

Ese día, no ha ido al instituto. Le ha mentido a su madre diciendo que le duele el estómago. Y su madre, que confía en ella porque nunca falta, ha aceptado la excusa, sin sospechar nada.

Se siente incapaz de ver la cara de Rafa. Incapaz de moverse. No sabe qué va a hacer a partir de ese momento. En su cabeza se suceden pensamientos como piezas desordenadas de un dominó a punto de caer: tendrá que irse a otro instituto, obtener el título el curso que viene, suspender sus planes con Erin. Por culpa de Rafa perderá todo un año de su vida. Se agobia solo de pensarlo. El teléfono suena, sacándola del bucle. Es Erin.

—Por fin… —resopla Erin al otro lado de la línea—. ¿Qué te pasa? Te he estado enviando mensajes toda la mañana. ¿Estás bien?

—Perdona, te iba a contestar, pero no me encuentro bien. Es la barriga…

—Pues ya debe ser un *gripazo* para que tú faltes a clase…

—Erin… Yo… Tengo que explicarte algo…

Caterina no puede aguantar más, necesita hablar con alguien.

—Claro —responde preocupada Erin.

—Ayer…

Tiene ganas de explicarle lo que le pasa en realidad y quitarse ese nudo del estómago que le impide hasta respirar.

—¿Sí…? —pregunta Erin después de un silencio largo como un túnel.

Las palabras no le salen. Se atragantan en su garganta.

—Ayer… Yo…

—Cat —la interrumpe suavemente Erin, viendo que no le salen las palabras—. El instituto está lleno de idiotas, ya lo sabemos. Pero no tienes que dejar que te hundan. Hay gente a la que le importas, recuerda. Rafa me ha dicho que espera que te pongas bien. Estaba preocupado por ti, para que luego digas que te tiene manía…

—Ah… —Caterina se queda sin palabras. Le tiemblan los labios.

Le han entrado ganas de llorar y casi se ahoga con su propio sollozo. Siente una mezcla extraña de tristeza, rabia y vergüenza.

Necesita contarle que ayer vio a Rafa espiando en el vestuario de chicos y haciendo fotos. Que lo vio claramente. Que él también la vio a ella. Pero el miedo se vuelve a apoderar de su voz.

—Pero habla… Dime…

—No… Que ayer cogí frío y creo que por eso estoy así…

—Ay… —suspira Erin—. ¿Quieres que venga a verte?

—¿Ya no estás castigada?

—Sí… ¿Y qué…? —se ríe con ironía.

—Déjalo, no vaya a ser que te castiguen también la semana que viene.

—Cuídate mucho y ponte bien pronto. Sin ti… esto es un infierno.

Caterina sonríe levemente mientras se despide y cuelga el teléfono. Esa llamada ha sido un alivio momentáneo. Una tregua.

Recoge la bandeja del desayuno y el libro de la mesita. Se viste con ropa cómoda. Se le ha pasado por la cabeza enviarle un correo a su profesora Lara para pedirle si pueden quedar fuera del Instituto esta semana. Le gustaría hablar con ella a solas sobre lo sucedido con Rafa. Porque le da confianza. Porque cree que ella sabrá qué hacer.

Al abrir el ordenador, ve que hay un correo anónimo en su buzón. Por el contenido sabe perfectamente de quién es.

<correo electrónico de abcdefg@gmail.com

Jueves, 14 de octubre de 2010, 14:10>

Hoy no has venido al instituto. Espero que no sea por lo de ayer.

No creo que estés enferma. Deja de hacer el idiota. Vuelve mañana

a clase y haz vida normal. ¿Es que quieres que la gente empiece a

preguntar?

Cómo no vengas mañana, olvídate de la beca. Y si me entero de que

has hablado con alguien, no vas a aprobar nada.

Después de la lectura, Caterina se queda inmóvil, con los ojos fijos aún en la pantalla. Si ya se sentía mal por el momento que vivió un día antes, estas amenazas la acaban de hundir del todo. El miedo, que ya habitaba en su estómago, se expande como una mancha de tinta.

Pero se dice a sí misma que no puede seguir así. Se obliga a respirar. Tiene que hablar con alguien que sepa qué hacer, cómo actuar. Y Lara le parece la persona perfecta. Le inspira la misma confianza que le inspiraba su padre.

Se levanta de la silla y da vueltas por la habitación. Se mira en el espejo del armario empotrado. No reconoce la expresión de sus ojos, ni la forma en que se aprieta los brazos, como si necesitara abrazarse a sí misma para no desmoronarse. Nunca había sentido tanta rabia mezclada con miedo.

Piensa en Erin. ¿Cómo reaccionaría si le contara la verdad? ¿La creería? ¿La defendería o intentaría quitarle importancia? Le da pánico que la vea como una exagerada, una niña que malinterpreta las cosas. Aunque en el fondo, sabe que no está exagerando nada.

Se tumba en la cama y se queda mirando el techo. Recuerda cuando era más pequeña y todo parecía más simple. Cuando su padre le decía que ante una injusticia uno tenía que hablar, aunque le temblara la voz. Se le humedecen los ojos otra vez. Le gustaría tenerlo cerca ahora. Le gustaría que la abrazara y le dijera que todo va a ir bien.

Al cabo de unos minutos sale de su bloqueo y decide escribir a Lara. Le propone quedar con ella en una cafetería bastante alejada

del instituto. No sabe si aceptará, porque es consciente que es raro que un profesor quede con su alumno en otro contexto que no sea el académico, pero en el correo le pide ayuda. Le ha dicho que lo que le tiene que contar es muy importante y es necesario que solo lo sepa ella y nadie más.

Para su sorpresa, Lara le responde después de diez minutos y le dice de quedar al día siguiente por la tarde, delante de unos grandes almacenes deportivos, que están fuera del pueblo. Vendrá a recogerla en coche.

Por primera vez en dos días, Caterina siente que ha dado un paso hacia algo. No sabe si es el paso correcto, pero al menos no se siente completamente sola. Y eso, en este momento, es más de lo que esperaba.

7

Viernes,15 de octubre de 2010

Para consternación de Rafa, Caterina tampoco se ha presentado ese día en el centro. Durante una de las clases no ha dejado de mirar su pupitre vacío, y ahora, en su última clase, la de Erin, la observa con insistencia, tratando de adivinar en su rostro alguna señal de nerviosismo. Por si acaso Erin supiera algo. Por si guardara un secreto…

«No creo que le haya dicho nada. A lo mejor está enferma de verdad… ¿Y si la he asustado? Joder, madre mía… Cómo se lo cuente a alguien, se acabó mi carrera. Mi vida. No sé… Tal vez debería hablar con Lara. ¿Pero qué pensará ella de mí? ¿Qué soy un pedófilo? No. Yo no soy esa clase de ser repugnante. Es solo que… me siento solo, muy solo. No es excusa, lo sé. Pero ya está. No volveré a hacerlo más. Borraré todas las fotos. Las del móvil, las del ordenador… Todo. Nada de pistas. Si le da por decir algo, será la palabra de una cría con problemas, contra la de un profesor respetado como yo».

—¿Rafa? ¿Estás bien?

Erin le pasa la mano por delante de la cara. Él está sentado, con la mirada perdida en el vacío.

—Sí, sí… —responde de un sobresalto—. ¿Qué pasa?

—No, nada. Que hace rato que sonó el timbre y tú sigues ahí, como petrificado —dice y se ríe—. Parecías una estatua.

Rafa se esfuerza por sonreír.

—Pensaba en cosas de trabajo… —contesta, intentando disimular.

—Bueno, pues hasta el lunes.

—Espera, Erin.

—¿Sí?

—¿Cómo se encuentra Caterina?

Mientras habla, intenta analizar sus ojos escondidos tras las gruesas gafas. Pero no nota nada extraño.

—Es la barriga. Dice que hay una pasa… Espero que el lunes ya esté bien. Yo también la echo de menos.

—Sí, esperemos que se recupere pronto…

Erin sale del aula, con una sensación extraña. «Este hombre está fatal…».

Antes de ir a casa, pasa por el cementerio. Se ha llevado un táper con comida. A pesar de que aún sigue castigada, ha convencido a su madre, diciéndole que ese día tenían un examen muy largo y saldría tarde, por lo que se quedaría a comer allí mismo. También tiene la esperanza de encontrarse con Ray, por casualidad.

Le envía un mensaje a Caterina, esperando poderla ver el día siguiente.

«Solo quiero que sepas que, si no vuelves mañana, nuestra amistad se acabó. (Emojis de risas). Te echo de menos. Sin ti, el instituto es un lugar oscuro y tétrico. Bueno, contigo también es oscuro, pero al menos nos enfrentamos juntas a los obstáculos del día a día. (Emojis de corazón negro y un brazo fuerte)*».*

Al llegar al cementerio, lo encuentra vacío. Como siempre. Y eso es lo que precisamente le gusta: esa tranquilidad.

Se sienta en uno de los bancos de piedra. Pero antes, retira algunas hojas largas y doradas de encima. Levanta la vista hacia arriba para averiguar qué tipo de árbol es.

—Es un sauce llorón —dice una voz.

Erin se gira sobresaltada, pero enseguida se tranquiliza, al darse cuenta de que se trata de Ray.

—¿Es que no sabes aparecer sin dar sustos?

—Eres tú quien aparece aquí sin avisar. Yo estoy trabajando.

Sigue teniendo el mismo humor seco de siempre. Aunque el tipo tiene una belleza serena, todavía no sabe sonreír.

—¿Por qué lo llaman sauce llorón? —pregunta Erin, volviendo a mirar al árbol.

Ray deja la pala y otros trastos y se acerca al banco.

—¿Puedo? —pregunta señalando el sitio a su lado.

—Claro —responde ella, destapando el táper de macarrones—. ¿Quieres?

—No, gracias. No me gusta la pasta.

Erin decide en ese instante que nunca podría tener un idilio con alguien que no tiene sentido del humor y no le gusta la pasta.

—Mi tío decía que este árbol tan elegante y de hojas caídas representa la vida eterna, o sea… la inmortalidad.

—La verdad es que tiene algo especial, da una sensación de respeto. Muy adecuado para un lugar así.

Ray asiente.

—Hay varias leyendas del sauce. Una cuenta que existió una mujer con una belleza asombrosa, pero que tenía un corazón duro, que no amaba ni se compadecía de nadie. Dicen que jamás derramaba una lágrima por nadie y que tenía unos profundos ojos negros. Entonces, una vez, la crecida del río inundó todas las tierras por donde vivía. Muchos lo perdieron todo: sus casas, sus familias… Pero ella fue la única que no lloró. La gente empezó a acusarla como la culpable de todas las desgracias que pasaban. Entonces, una hechicera le dio una poción para que pudiera llorar, sin advertirle que eso la transformaría en árbol. Y así fue. Desde entonces, llora sin cesar mientras sus hojas bailan al vaivén del viento.

—Guau… Qué historia… —dice Erin, realmente sorprendida.

La verdad es que a Erin le ha encantado la bella historia y cómo la ha contado. Incluso ha creído ver un atisbo de emoción en Ray.

—Dime, ¿no se te hace duro enterrar gente? ¿Ver tanto sufrimiento?

—Es duro, pero no son mis familiares, ni mis amigos. Al final, te acabas inmunizando. No es que te vuelvas de hierro, pero lo normalizas. Y nadie es inmortal.

Erin se imagina por un momento los amigos de Ray. *«¿Irán a la misma facultad?»*.

—Te admiro. Yo desde luego, no podría hacer tu trabajo.

—Y yo no sé dibujar como tú. Cada uno con lo suyo.

Erin juraría que ha visto dibujada una sonrisa en su cara.

—Créeme —añade Ray—, acabas valorando mucho más la vida. Todo lo que es importante y lo que no.

A Erin le ha gustado esa frase. Se queda mirándolo, como si hablara con un sabio tibetano.

—Tengo que seguir currando… —dice él, poniéndose de pie—. Que aproveche.

«Mira que es guapo» piensa ella. *«Pero no le gusta la pasta…».*

Se queda un rato más bajo el sauce. El sol de otoño la arropa. Después de comer, saca su cuaderno y empieza a garabatear. Pronto, las líneas se transforman en un rostro. Es Ray. Le ha salido bastante exacto, aunque con una sonrisa sutil. A su gusto, le queda mejor así.

Sus dibujos son buenos. Siempre se lo han dicho. Sus profesores siempre la han animado para que no desperdicie el talento que tiene. Guarda todos los bocetos. De momento no puede permitirse experimentar con muchos materiales porque son caros, pero algún día podrá invertir en ello. Tiene dibujos de animales, plantas… y por supuesto, de Caterina.

Al llegar a casa, le sorprende ver el pick-up negro de su padre aparcado frente a la puerta. Paul Butler es escocés, pero lleva en

España desde los dieciocho años. Vino de vacaciones para conocer el país, sus playas… Y conoció a María Roble, una costurera joven, morena y delgada. Se enamoró perdidamente de ella. Se escribieron cartas durante un año. Una amiga le traducía las cartas a María y también le ayudaba a escribirlas. El amor no entiende de idiomas. Finalmente, un año después, decidió venir definitivamente a España. Le pidió matrimonio a María y buscó trabajo como albañil. Tuvieron tres hijos: Leo, Leire y, más tarde, Erin. La muerte de Leire lo destrozó por dentro y por fuera. Desde entonces está siempre enfadado. A veces descarga su furia contra su mujer. O contra Erin.

Durante todos estos años ha ido perfeccionando su español, aunque, cuando se enfada o está borracho, solo suelta palabras en gaélico, como un fantasma borracho de su antiguo yo.

A pesar de ser bajito, siempre ha sido un hombre apuesto, de ojos verdes. Era un hombre cariñoso cuando conoció a María. Ella también se enamoró de él, por esa ternura que desprendía. En su juventud lucía una melena castaña como Alain Delon, que ha ido perdiendo con los años y ahora luce un peinado clásico con la raya al lado y unas pronunciadas entradas.

Tuvo un accidente laboral dos años después de la muerte de Leire: cayó desde un tercer piso. Perdió la movilidad del brazo derecho, por lo que, le dieron la pensión de invalidez permanente. Por desgracia, ha aprendido a hacer servir el otro brazo, con mucha agilidad. Desde entonces, vive en el bar.

Su rutina es pasear por la playa, observar las obras y pasar horas enteras jugando a cartas.

Cuando vuelve a casa, algunas noches, no puede ni sostenerse en pie. Su esposa tiene que ayudarlo a desvestirse, porque no puede ni con su alma.

Al entrar, Erin ve que su madre está recostada en el sofá, llorando. Acurrucada en el *chaise longue,* vestida de negro y envejecida por los años, de repente, le parece tan débil, tan frágil, que siente lástima por ella.

—¿Qué pasa, mamá? —pregunta Erin, acercándose a ella.

—Nada —dice María, recolocándose y secándose los ojos.

—Algo ha sucedido, ¿no? ¿Ha pasado algo con papá? —pregunta de nuevo Erin, ofreciéndole un pañuelo.

—Tu padre… —dice, conteniendo las lágrimas—. Está en el garaje. Y espero no volver a verlo en toda la semana.

—¿Qué ha pasado?

La mujer recupera la compostura y su tez seria. La de siempre.

—Tu hermano ha llamado. Dice que quiere venir por Navidad…

—¿Viene Leo? —pregunta, emocionada.

—Primero escucha… Como yo estaba tan contenta, llamé a tu padre para contárselo, y él vino directo para casa.

—¿Y?

María vuelve a llorar…

—Ojalá no lo hubiera llamado —se lamenta—. Se ha puesto como loco. Me ha…

—¿Te ha vuelto a pegar? —la interrumpe Erin, apretando un puño.

—Esta vez me ha empujado y… Ha roto la silla de la cocina.

Erin se lamenta. Ojalá pudiera echar de casa a su padre…

—Ha llamado a tu hermano, le ha dicho que es un mal hijo y que no va a pisar esta casa nunca más en la vida. Que hace seis años que no viene y que no quiere volver a verlo.

—¿Qué? —pregunta Erin, con un nudo en la garganta.

—Pero lo peor que le ha dicho es… que es un asesino. Que por su culpa Leire está muerta. Que él ya no pertenece a esta familia.

—¡Eso es terrible!

—Lo es… —susurra María, consternada.

—¡No podemos permitir esto! Si papá no quiere ver a mi hermano, que se vaya él de casa. Es un parásito inútil.

—¡No hables así de tu padre!

—¿En serio, lo sigues defendiendo? No pienso perder la oportunidad de ver a mi hermano. Si no puede quedarse aquí, le pagaremos un hotel o lo que haga falta. O nos vamos a Portland.

—Si se entera tu padre…

—¿Pero tú te estás oyendo? ¿Hasta cuándo vas a aguantar esto?

Erin sube corriendo hacia su habitación y pone la música a todo volumen.

«Ojalá tuviese dinero para poder huir de aquí», piensa.

8

Viernes por la tarde,15 de octubre de 2010

Sabía que podría contar con ella. Lara la ha recogido en una de las paradas de autobús que están cerca de una empresa de deportes, alejadas de las miradas ajenas, en su elegante coche rojo. La pintura relucía con los últimos rayos de sol y el sonido del motor al ralentí resultaba tranquilizador.

Lara le parece tan honesta, guapa e inteligente que, justo cuando se ha sentado en el asiento delantero, ha sentido una enorme seguridad y tranquilidad recorriéndole por todo el cuerpo, como si algo en ella supiera que, por fin, alguien iba a cuidarla.

Ella sabe que, aunque la apariencia de la mujer parece fría y distante, no es más que una postura defensiva. En realidad, su rostro revela ternura en los ojos, fuerza contenida en la mandíbula y una belleza serena que no hace justicia a su reputación en el instituto. Cuando Lara le ha dicho «vamos», Caterina ha sentido que empezaba a recuperar el control sobre su vida.

Ha venido a buscarla a las cinco en punto y la ha llevado hasta un bar de carretera, a las afueras de Rabadás. Es un lugar de paso

donde no suelen ir ni adolescentes, ni profesores. Tampoco la gente del pueblo, por ser un lugar pequeño y algo apagado, donde todos conocen los secretos de todos, pero hacen como si no los supieran. Rabadás huele a leña en invierno, a tierra mojada en otoño, y los mismos tres bares del centro parecen no haber cambiado desde hace treinta años.

Durante el trayecto, apenas han soltado palabra. El silencio, lejos de ser incómodo, ha sido como un bálsamo. Hasta que Lara, para romper el hielo, ha preguntado:

—Tu mensaje era algo preocupante… ¿Cómo estás?

—Un poco mejor… —dice Caterina, con un hilo de voz—. Gracias por quedar conmigo. Me hace mucha falta poder hablar con alguien de confianza, como tú.

—Me halagas… —dice sonriéndole con una mirada de soslayo—. Ya hemos llegado. Podremos hablar largo y tendido de lo que quieras.

Se bajan del coche y se sientan en uno de los rincones más discretos del local, una mesa arrinconada, sin ventanas cerca, con un banco tapizado de vinilo desgastado y una luz cálida que parpadea un poco. El bar huele a café recalentado, a fritura antigua y desinfectante de suelo. Hay una tragaperras encendida con luces de colores y una televisión sin sonido, mostrando un telediario.

Lara pide un café y Caterina ha pedido un agua.

—Te pareces tanto a tu padre…

A Caterina le sorprenden esas palabras.

—¿Conociste a mi padre?

—Claro, de las reuniones de padres… —responde y se sonroja.

—Te has sonrojado… —dice Caterina, divertida.

—Es que, de todos los padres que siempre venían, era de los guapos… y no pude dejar de fijarme en él.

Las dos se ríen, aunque, de inmediato, Caterina se pone algo nostálgica.

—Perdona, no quería hablar de tu padre, quizá no debería… —dice Lara.

—No, tranquila, es solo que lo echo mucho de menos.

—Créeme que sé cómo te sientes. Yo también perdí a alguien muy importante.

Ambas se miran, conectando en ese instante frágil, cómplice.

—¿A quién? —pregunta Caterina, que al darse cuenta de su imprudencia intenta corregirse—. Si se puede saber.

—A mi pareja…

—Vaya, lo lamento mucho.

Lara baja la mirada con pesadumbre, como si una sombra le pasara por el rostro, y luego vuelve a recomponerse.

—En fin… La vida. Hay que seguir adelante, ¿no? Pero… vamos a hablar de eso tan importante que querías contarme, por favor, que te estoy quitando toda la atención.

Caterina se traga medio vaso de agua.

—Me da un poco de apuro explicártelo —dice nerviosa—. No se lo he contado a nadie, ni siquiera a mi madre, pero llevo dos días con un nudo en el estómago.

Lara le pone la mano sobre el hombro para tranquilizarla.

—He descubierto algo …

—¿El qué?

Caterina se bloquea. Siente un nudo en el cuello. Pero Lara le hace un gesto para que siga.

—Pues vi a un adulto subido en unos tablones, espiando en los vestuarios de chicos y haciendo fotos a través de un agujero.

La reacción de Lara es inmediata: repulsión. Arruga el ceño, claramente incómoda.

—Qué horror, Caterina… ¿Y te fijaste en quién era?

—Pues… desgraciadamente sí.

—¿Desgraciadamente?

Caterina baja la cabeza.

—Escucha, Caterina… Estás a salvo conmigo, ¿de acuerdo? —dice la profesora, apretándole la mano—. No te preocupes por nada y siéntete tranquila para contarme lo que quieras.

Caterina asiente como si la tensión comenzara a aflojarse.

—Se trata de Rafa…

—¿Rafa… el profesor? —Lara abre los ojos como platos. Se esperaba que fuera cualquier persona, menos él. No puede creer que su amigo esté involucrado en algo así. Pero tampoco puede dar la espalda a la chica.

Caterina asiente.

—Y lo peor es que él se dio cuenta de que lo vi… y me amenazó aquella tarde y también por e-mail. Desde entonces no he querido volver al instituto. Tengo miedo de que me haga daño o pueda hacer daño a quien quiero.

—¿Qué? Madre mía —dice Lara, todavía conmocionada—. Pobrecita. No me extraña que no supieras con quién hablar.

—¿Qué vas a hacer?

—Estoy pensando… —responde mientras en su cabeza se debate entre su lealtad a una alumna vulnerable y su amistad de años con Rafa. Su único vínculo.

—Escúchame, aunque estoy de tu parte, tengo que preguntarte si estás completamente segura de que se trata de Rafa Silva, tu tutor.

Caterina la mira con cara de circunstancia.

—No es que no te crea —añade Lara—, pero se trata de mi amigo y ahora mismo estoy en shock, por lo que me acabas de explicar…

Caterina baja la cabeza afligida.

—Ojalá pudiera decirte que no es él, pero estoy cien por cien segura.

Lara asiente.

—Estate tranquila. Conozco a Rafa desde hace tiempo y aunque lo que ha hecho es repugnante, no haría daño ni a una mosca. Es demasiado cobarde.

—No sé si debería contárselo a Erin o a mi madre…

—Aún no. Yo te diré cuándo. Primero tenemos que asegurarnos de tener pruebas, porque es un hombre inteligente y seguro que ya ha eliminado todas las fotos que pudiera tener. Si nos precipitamos, podría volverse todo en nuestra contra. Cuando tengamos pruebas sólidas, lo denunciaremos a la policía y al director.

—¿Y mientras tanto qué hago?

—Calma. Yo te protegeré. Tienes que volver al instituto. Estaré muy pendiente de ti. No te preocupes por él. Se va a enterar… —dice

enfadada, sintiéndose traicionada por Rafa. Toda esta conversación la pone en una situación comprometida, pero si obtiene alguna prueba que lo que cuenta Caterina es cierto, será implacable con él.

—Gracias, Lara, de verdad —responde Caterina, aliviada—. Me has quitado un peso de encima.

—Me alegra que estés mejor. Y no quiero que te agobies más…

Lara se quita una pulsera plateada de estrellitas con una luna y se la da.

—¿Y esto? —pregunta sorprendida Caterina.

—Quiero que te la quedes.

—Pero no puedo aceptarlo.

—Sí que puedes. Me la regaló mi pareja y ahora quiero que la lleves tú. Te dará suerte y te sentirás protegida.

—Vaya, pues gracias —dice Caterina, emocionada—. Es curioso, pero esta pulsera es justo la que escogería mi padre, si tuviera que regalársela a alguien. Era muy fan de las estrellas.

Lara sonríe mientras Caterina se emociona al ponerse la pulsera.

Más tarde, al llegar a casa, deja con sumo cuidado el objeto de plata en una caja de madera con música y espejo, donde una bailarina giratoria parece congelada en el tiempo.

Hacía tanto que no la abría, que le cuesta encajar la tapa, como si el pasado se resistiera a dejarse tocar. La caja, regalo de su padre en su último cumpleaños juntos, sigue siendo uno de los pocos objetos capaces de despertarle ternura y tristeza al mismo tiempo. Le da cosa dormir con la pulsera puesta. Es muy fina y teme que se

le rompa con el roce de las sábanas. La deja dentro como si la estuviera confiando a un santuario.

* * *

Erin está tirada boca abajo sobre la cama de su habitación. El colchón cede ligeramente bajo su cuerpo ancho y tenso.

Ni la música de la habitación, ni el murmullo confuso de la televisión encendida en el salón logran tapar los gritos en gaélico e inglés que suenan desde la cocina. Su padre está borracho. Otra vez. Erin reconoce ese tono: no es solo que esté bebiendo, es que está cabreado con fantasmas, con recuerdos, con él mismo. Oye como un vaso se estrella contra la pared y luego el arrastre torpe de una silla que cae. No le sorprende, pero aun así se le encoge el cuerpo. Aprieta los ojos y se pone los auriculares, para dejar de oír a su padre.

Su habitación es su refugio, su única trinchera. La puerta siempre está cerrada con doble vuelta de la llave, aunque sabe que eso no garantiza nada. Más de una vez su padre ha entrado sin avisar, con los ojos turbios y el equilibrio precario. Y eso, que ella lo ha dejado claro con un cartel escrito con rotulador rojo en la puerta: «Prohibido pasar».

Las paredes están cubiertas de pósteres *grunge* de los noventa, Nirvana y Hole, y también algunos dibujos suyos, algunos oscuros,

otros hechos a lápiz con detalle que parecen fotografías en blanco y negro. En la esquina, una mesita cojea bajo el peso de libros y bocetos, y en ella hay dos fotos: una con Caterina, sonriendo en una feria, y otra con su hermano. Ahora la sostiene en las manos mientras las lágrimas le caen lentamente sobre la imagen. Lo extraña.

Aún recuerda el día que se fue. Ella tenía solo nueve años y él apenas había cumplido dieciocho, pero ya entonces tenía en los ojos ese brillo de alguien que quiere salvarse.

Vino los dos primeros años por Navidad, con una novia simpática que la trataba como a una hermana pequeña. Luego… Solo llamadas esporádicas. Mensajes cortos y postales desde ciudades lejanas, que llegaban tarde, con frases amables pero impersonales.

La última vez que lo vio, ella tenía once años. Fueron sus mejores vacaciones. Recuerda las luces de la pista de patinaje, las películas en el cine, el olor a pizza recién horneada, la forma en que su hermano le acariciaba el cabello y le decía que todo estaría bien. Aunque no era verdad.

Sus padres, en cambio, se comportaron como siempre: fríos como el mármol de la cocina, rencorosos, distantes. Su madre, ausente incluso cuando estaba presente. Gris, callada, cómplice por omisión, como si hubiese renunciado a sentir. Y su padre… Hizo un numerito, como siempre. Borrachera, gritos, violencia y frases sin sentido que daban vergüenza ajena.

Aun así, Erin nunca le ha reprochado a su hermano que se fuera. En el fondo, lo entiende. Habría hecho lo mismo si hubiese podido. Pero lo que sí le cuesta perdonar es que no se interese más por ella.

Que no la llame. Que no pregunte. ¿Por qué no escribe? ¿Cómo pudo dejarla sola en ese agujero, sabiendo lo que hay?

Se vuelve a sentar en la cama, aun con la imagen en las manos. La aprieta contra el pecho como si pudiera devolverle el tiempo. Y aunque odia llorar, no puede evitarlo. Las lágrimas le bajan por las mejillas hasta la camiseta mientras se acurruca entre sus cojines, con la música alta en los cascos. Kurt Cobain canta algo que ella no entiende del todo, pero le da igual. Le calma.

Si pudiera, haría las maletas ahora mismo y se iría lejos, sin mirar atrás. Pero si lo hiciera… se llevaría a Caterina en una maleta. Porque sin ella, todo esto sería aún más insoportable.

9

Jueves, 21 de octubre de 2010

Ha pasado una semana desde que Caterina sorprendiera a su tutor subido sobre unas gruesas vigas, espiando a un grupo de adolescentes. Desde entonces, ha hecho todo lo posible por no cruzarse con él en los pasillos y mucho menos quedarse a solas. En clase esquiva su mirada y siempre es la primera en salir del aula. Aun así, los nervios no han desaparecido. Siente náuseas todas las mañanas antes de ir al centro.

Rafa, en cambio, parece el mismo de siempre: sigue con sus chistes malos, su incesante ironía y esa meticulosidad enfermiza que lo caracteriza.

Hoy le ha devuelto un trabajo corregido y el examen que hicieron hace unos días. Al acercarse a ella, la sola presencia de él le ha producido escalofríos. No ha podido mirarle más allá de la cintura. No se ha atrevido a levantar la cabeza. Él, con unos golpecitos suaves sobre la mesa, le ha entregado los documentos. Le ha puesto un diez en ambas tareas. Y ahora, Caterina no sabe si esas notas

son sinceras o una manera de comprar su silencio. El agobio no la deja respirar.

Lo único que la reconforta es pensar que este año es su último año en el instituto. O al menos, eso se repite una y otra vez. El curso que viene podrá despedirse de este maldito pueblo y dejar atrás a toda esta gente. *«Lara dijo que estaría pendiente de mí y no la he visto en toda la semana… Sé que tiene mucho trabajo, pero me molesta…».*

Erin ha notado que Caterina no está como siempre. Desde que se puso enferma la nota diferente. Está distante, rara, nerviosa. Hace dos días le preguntó qué le pasaba, y Caterina, como siempre, respondió que eran los exámenes. Pero Erin, que tiene casi un sexto sentido, como si fuera un perro sabueso, sabe que no hay nada de cierto en sus palabras. Y no entiende por qué no confía en ella.

—Cat, ¡espera! —le dice al salir de clase—. ¿Se puede saber qué te ha dado con ir corriendo todo el día?

—Voy como siempre…

Erin se planta delante de ella.

—A ti te pasa algo.

—No.

—Sí…

—¿No podemos hablarlo luego, fuera de aquí? —pregunta Caterina, mirando nerviosa a su alrededor.

—Claro, pero a ver si es verdad. ¿Me esperas un momento en la plaza? Es que me he dejado los libros, para no variar…

Caterina asiente, esbozando una pequeña sonrisa.

—¡No tardes!

—No… —responde, antes de echar a correr de nuevo hacia clase.

El cielo se acaba de encapotar, cubriéndolo todo de un manto gris, a punto de estallar una tormenta. Y lo hace. La lluvia cae con fuerza, azotando el suelo. La plaza frente al instituto se vacía en cuestión de segundos. Caterina se refugia bajo una pequeña marquesina del portal de un edificio. Está a punto de enviar un mensaje a Erin cuando ve que alguien se acerca.

Es Sergio.

Camina hacia ella con seguridad. Su nariz afilada, los pómulos marcados y los ojos oscuros, intensos, tienen algo inquietante. Brillan con un destello nervioso, como los de un lobo hambriento. Su sonrisa no ayuda: no es amable, sino calculada, torcida.

—¿Has pensado sobre lo que te propusimos hace unas semanas?

Caterina lo mira sin entender. La pregunta le suena lejana, desubicada.

—Si has pensado en lo de salir con nosotros de fiesta… —aclara él, al ver su expresión— ¿Qué haces el sábado?

Se acerca más a ella. Caterina, aún descolocada, intenta separarse un poco, pero él, que es alto y corpulento, la tiene acorralada contra una de las paredes de cristal.

—¡Apártate! ¡Déjame! —protesta Caterina, al notar como él se le va encima. Le da un empujón con las dos manos.

—Solo te he preguntado si tienes planes este fin de semana —insiste él, molesto, su tono teñido apenas de una agresividad contenida.

La lluvia arrecia. Se ha vuelto una cortina densa, furiosa, que golpea contra los cristales, ocultando lo que ocurre en el interior de la marquesina, como un telón de fondo hostil. Las figuras tras el vidrio parecen siluetas desdibujadas.

Caterina intenta salir de allí de nuevo, pero Sergio le bloquea el paso con su cuerpo. Saca el móvil con manos temblorosas para pedir ayuda, pero él se lo arrebata de un manotazo y lo lanza al suelo. El teléfono rebota y queda boca abajo, inerte, sobre el cemento mojado.

—Tranquilízate —le ordena él, bloqueando su cuerpo otra vez contra la pared—. Eres muy guapa, no deberías enfadarte… No seas una estirada como tu amiga. Tú eres especial… —añade, mientras una de sus manos le acaricia una mejilla y la otra asciende lentamente hacia su pecho.

Un escalofrío desgarrador le recorre el cuerpo. Desesperada, Caterina grita. Pero él le tapa la boca con ambas manos.

—Cómo vuelvas a gritar —le amenaza, con los ojos encendidos —, mi cara será lo último que veas.

Ella rompe a llorar. La tiene sujeta de tal manera que no puede moverse. Él intenta besarla mientras ella se revuelve sin éxito. Su aliento le golpea la cara, su mano helada le presiona el pecho. La otra se desliza hacia la cremallera de su pantalón, que forcejea con torpeza.

Caterina le suplica con los ojos, negando con la cabeza, pero eso parece excitarlo aún más. El botón se rompe con un chasquido. Él tira con ambas manos, tratando de bajarle la ropa. Caterina le lanza

una patada, pero apenas logra moverlo. Entonces, él la agarra del cuello con fuerza, la inmoviliza, y con rabia, le baja los pantalones y la ropa interior.

—¡No! —grita ella, con un alarido lleno de terror.

Un sonido seco, un golpe contundente, irrumpe la escena.

Sergio cae al suelo, con los pantalones a medio bajar, tambaleándose y aturdido por el golpe. Erin está frente a él, respirando con dificultad. Sostiene su mochila en alto, con la que le ha golpeado.

Sus ojos van de Sergio a Caterina, que tiembla, encogida contra la pared.

—¡Bruja! —grita Sergio desde el suelo, aun sin poder incorporarse.

Caterina, temblando, solloza mientras intenta subirse la ropa interior y los pantalones como puede. Erin se arrodilla a su lado y la ayuda con manos firmes.

—¡Vamos! —le dice, tendiéndole la mano con urgencia.

Caterina, todavía aturdida, apenas reacciona, pero Erin tira suavemente de su brazo y ambas echan a correr, alejándose del portal, bajo la lluvia torrencial.

Después de varios minutos, encuentran refugio bajo las arcadas del atrio de la iglesia. Se desploman en el suelo, jadeando, empapadas hasta los huesos. La lluvia sigue cayendo con fuerza sobre el tejado, como si el cielo no quisiera callar.

—¿Te ha hecho algo? —pregunta Erin, con la voz temblorosa, acariciándole la espalda para consolarla.

—Si te refieres a si… si me ha violado… —Caterina siente que un nudo le oprime el estómago. No puede terminar la frase. Las náuseas le suben con tal fuerza que se inclina hacia un lado y vomita.

—Tranquila —dice Erin, sujetándole el cabello con ternura mientras la abraza—. Ya está… Estoy aquí.

—No ha podido… acabar lo que quería hacer —responde Caterina al cabo de un momento, con la voz ronca y los ojos perdidos—, pero aún siento sus manos sucias sobre mí. Me da asco.

—Ojalá te hubiera encontrado antes… —musita Erin con impotencia—. Deberíamos ir a la policía… Denunciarlo.

Caterina se cubre el rostro con las manos. La vergüenza le cala más que la lluvia.

—No quiero pasar por esto… Estoy tan harta… —dice llorando.

—Lo sé… Pero es una agresión sexual. No puedes cargar con esto sola. Tiene que pagar.

—No puedo… Quiero irme de este pueblo…

—Y lo haremos. Pero no estás sola, ¿vale? Estoy contigo. Hasta el final — responde Erin con firmeza, envolviéndola en un abrazo.

* * *

Después de más de una hora frente al ordenador de su casa, Rafa se siente extrañamente aliviado. En su pequeño despacho, una

habitación desordenada, con estanterías repletas de libros de filosofía y pedagogía, mezclados con papeles sueltos, el aire huele a polvo y encierro. La persiana está bajada a medias y la radio suena de fondo.

Acaba de borrar más de mil archivos. Archivos que contenían vídeos de un contenido aberrante que ahora prefiere no nombrar en voz alta. La mayoría eran recopilaciones que había descargado de Internet, pero también algunos grabados por él mismo: tomas hechas a escondidas con su móvil, en vestuarios, durante colonias escolares, o desde rendijas donde nadie se percataba que miraba.

También eliminó varias conversaciones donde hablaba con chicos o chicas más jóvenes. Nunca llegó a ver a ninguno en persona, solo fantaseaba. Pero lo sabía: todo eso era enfermizo. Y, sin embargo, no podía evitarlo.

Borrar todo le ha costado horrores. No solo por el volumen, sino por lo que significaban para él. Años de recopilación meticulosa, organizados en carpetas con nombres engañosos y rutas profundas para que nadie los encontrara. Por un momento pensó en hacer una copia de seguridad en la nube, por si algún día cambiaba de idea… Pero enseguida lo descartó. Nada es seguro.

En realidad, no necesita ver esos vídeos constantemente. Puede pasar días o semanas sin hacerlo. Pero sabe que es como si un demonio se apoderara de él en ocasiones. Y cuando eso ocurre, pierde el control. Luego se castiga, se insulta, se golpea. A veces, con tanta rabia, que acaba con la frente ensangrentada.

—Esto es lo mejor que puedes hacer… Lo estás haciendo bien… —se repite, como un mantra.

Pero cada archivo eliminado es como una dosis de droga que se le escapa entre los dedos. Como si fuera un yonqui. Lo consume. Lo vacía.

—Quizá debería ir a terapia… —susurra—. Pero ¿y si la psicóloga me denuncia?

El miedo lo paraliza. Se pega en la frente con fuerza, como hacía su padre cuando él era pequeño.

Su padre… Un hombre seco, rígido, que confundía disciplina con maltrato. Cuando Rafa olvidaba tirar la basura o sin hacer algunos deberes, su padre le estampaba un libro grueso contra la cabeza.

—A ver si así aprendes a pensar —le decía, sin levantar la voz, como si fuera una enseñanza más.

Ese eco aún vive dentro de él.

—Parece que, al final, Caterina lo ha dejado pasar —piensa en voz baja—. Es mejor así… Chica lista. Aunque… no me fío totalmente de ella.

Aprieta los dientes. «Tendré que vigilarla. De cerca».

10

Lunes, 1 de noviembre de 2010 (Día de Todos los Santos)

Nadie la felicita por su cumpleaños. Ni siquiera hay tarta. Sin embargo, ese día sí se celebra un cumpleaños, aunque no el suyo. Detrás de la puerta de la casa se oye una melodía familiar.

— Cumpleaños feliz, cumpleaños feliz…

Tampoco es que esté invitada. Su presencia es pura casualidad. Su madre le ha pedido que devuelva la escalera prestada a la vecina, la misma que ha estado usando para podar los setos del jardín. Esa era una tarea de su padre. Ahora, su madre intenta hacerla sola. Caterina no entiende por qué ellas no compran una escalera. Le incomoda ir, pero desobedecer a su madre sería aún peor.

Ha pensado por un momento en recordarle que hoy es su cumpleaños, solo para librarse de la tarea. Pero no lo hace.

Al cruzar la calle, se fija que aún quedan restos de la celebración de Halloween: banderines colgados de las ventanas, un sombrero de bruja perdido y aplastado, algunos caramelos, calabazas y bolsas de plástico vacías desperdigadas por el suelo. Se pierde brevemente en un pensamiento repetitivo y obsesivo: imagina un gran océano de

ballenas y tortugas marinas luchando por su vida, algunas atrapadas y asfixiadas por ese químico compuesto tóxico. No puede entender como un tema tan crucial como salvar el planeta se vuelve tan trivial para algunas personas.

En su último trabajo en el instituto sobre el cambio climático, Rafa la felicitó por su reflexión y exposición. Sin embargo, algunos compañeros, probablemente inmaduros, se rieron de ella cuando dijo que «somos una sociedad dependiente del plástico». La llamaron *plastic girl*. Aún recuerda las burlas constantes y los comentarios en Instagram. De repente, tanto los que habían estado escuchando atentamente, como los que hicieron preguntas de apoyo, solo se quedaron en eso: chica de plástico. Todo el trabajo, todo lo que parecía importante, se deshizo en risas vacías.

Por fin, llama al timbre. No sabe si la escucharán, porque dentro de la casa hay mucho ruido y música a todo volumen. Justo cuando ya está a punto de irse, la puerta se abre.

Aparece Julia, su examiga y vecina, quien también cumple diecisiete años. Aún no entiende por qué se volvió tan cruel con ella, cuando parecían tan unidas. Tal vez fueron los celos, piensa ahora. Celos de que ella destacara en clase, de que los profesores la elogiaran, o simplemente que no necesita llamar la atención para gustar. A veces la amistad se rompe sin una razón clara, pero otras veces se envenena lentamente, como si una chispa bastara para prender una inseguridad que ya estaba ahí. Aunque, pensándolo bien, mejor así, se dice.

Julia lleva puesto un vestido de Disney violeta y una diadema de princesa rosa con brillantes. Sus dientes blancos resaltan aún más

con su piel bronceada y su cabello rubio. Parece una Barbie: delgada, aunque bajita, y perfecta, al menos en apariencia. Ambas van a la misma clase, pero en el instituto ya no se saludan, como si fuera un mundo aparte.

Están celebrando una fiesta post-Halloween sin adultos. Julia la deja pasar. Caterina aún lleva la escalera a cuestas.

— ¿Están tus padres? —pregunta Caterina.

—No. Por suerte, tuvieron que ir al hospital, donde está mi abuelo. Como está a seis horas de aquí, no vuelven hasta mañana —le explica Julia, con una sonrisa.

Caterina siente una sacudida al notar la frialdad de su examiga.

—¿Pero es grave? —pregunta, aún consternada.

—Qué va, está en observación. Le dan ataques de asma de vez en cuando y mis padres, por cualquier cosa, ya se van a verlo. Es por la herencia, seguro. Mi madre sabe que si le hace la pelota se lo dejará todo a ella.

Caterina no sabe qué decir. Sigue asombrada por la frialdad de Julia. Recuerda que cuando eran amigas no era muy cariñosa, pero ahora esa indiferencia es perturbadora.

—Deja la escalera ahí —le dice, indicando el hueco en el rellano de la entrada.

Caterina obedece, pero se queda parada, algo tímida e incómoda.

—¿Te vas a quedar ahí todo el día o vas a entrar? —le suelta Julia, como si no hubiera nada raro en invitarla de repente.

Caterina duda. Viendo el ambiente, está claro que han bebido algo más que agua. Finalmente decide entrar.

El salón está hecho un desastre: latas de cerveza por el suelo, ceniceros llenos con montañas de colillas, bolsas de patatas abiertas por todas partes, esparcidas por el sofá, y cartones de pizza vacíos. El olor a sudor, alcohol, tabaco y marihuana es fuerte y penetrante. Todo está decorado con guirnaldas de Halloween y globos anaranjados y negros.

Su presencia no deja indiferente a nadie. Nada más entrar siente las miradas. Algunos de ellos tratan de esconder una sonrisa burlona. Ella conoce a la mitad, de vista, pero apenas tiene relación con ellos. Algunos van a su clase. Bárbara, disfrazada de Morticia Addams, está en un sofá. Lleva las gafas de sol puestas, aunque parece estar completamente dormida.

Nadie le dice nada. Todos saben lo que pasó con Sergio, que ahora está en un centro de menores. Pero no hay apoyo, ni complicidad en sus miradas, solo incomodidad.

Caterina aún se siente débil, emocionalmente desgastada. Entre lo de Rafa, Sergio y la tensión acumulada, lleva días con la ansiedad disparada. Si ya era desconfiada, ahora se ha vuelto hipervigilante. Por suerte, Erin la ha apoyado mucho con lo de Sergio. También Lara, que volvió a escribirle y ha estado pendiente de ella todos los días.

Caterina está a punto de darse media vuelta. Se está agobiando. Su corazón se acelera. Entonces, la hermana pequeña de Julia, Ariadna, se lanza encima, con alegría. Caterina se emociona.

—¡Hola, pequeña! ¡Cuánto has crecido! —dice entre risas.

A pesar de no ser ya amiga de Julia, Caterina la ha visto muchas veces en el parque o en el supermercado.

—¿A qué juegas?

—A hacer comida —responde la niña, amasando plastilina, y luego la mira con dulzura. Aunque apenas pueden escucharse la una a la otra por el volumen de la música, que amenaza con romper los altavoces, de un momento a otro.

Ariadna juega en un rincón del salón, rodeada de juguetes. Solo tiene dos años. Caterina siente una punzada de ternura y lástima por ella.

—Va, déjala, es una empanada —dice Julia, sin mucha paciencia.

Luego señala la mesa.

—Tienes cerveza, algo de comida y… hierba —añade con una sonrisa antes de ponerse a bailar. Suena reguetón oscuro mezclado con *trap*—. Coge lo que quieras.

Caterina se siente fuera de lugar. No sabe si marcharse o fingir que se integra y coger una cerveza. Finalmente, alguien decide por ella.

—Seguro que tienes sed —dice una voz masculina.

Se gira hacia la mesa donde están las bebidas. Un chico alto, delgado y guapo le ofrece una cerveza. El flequillo le tapa los ojos y le da un aire sexy. De vez en cuando sopla hacia arriba para apartar los pelos de la cara. Va disfrazado del típico gánster con traje a rayas.

Por fin, alguien con una sonrisa, piensa ella.

—Gracias —dice, algo cohibida.

—De nada. Me llamo Gael.

—Diría que no te he visto nunca en el instituto.

Él se ríe.

—Eso es porque no voy al instituto. Cuando acabé secundaria, fui a trabajar con mi padre en la fábrica de muebles.

—Lo dices como si fueras muy mayor —bromea ella.

—Bueno, ya tengo diecinueve años. Soy un poco viejo.

—Uy —dice ella con sarcasmo —, entonces sí que eres muy mayor.

Ambos empiezan a reír.

—Por cierto, ¿y tú cómo te llamas?

—Caterina.

—Pues encantado, Caterina.

—Igualmente.

Chocan las botellas de cerveza haciendo un brindis improvisado. Sonríen.

—¿Y de qué vas disfrazada?

—De mí misma —responde con ironía—. Es que no estaba invitada a la fiesta, solo vine a dejar una escalera…

Antes de que pueda acabar la frase, Julia interrumpe la conversación y le tapa los ojos a Gael. Le da un beso en el cuello. Este se gira y se funden en un largo beso. Caterina se aparta, incómoda.

—¿Ya has conocido a mi vecina? —dice Julia.

—La estaba conociendo.

—Bueno, tampoco hace falta que la conozcas tanto —responde con tono ácido—. ¿Venís a bailar?

—No. Me tengo que ir. Tenemos examen el miércoles.

Julia se ríe con una risa tonta.

—Menuda empollona estás hecha. Si hoy es fiesta. Además, Rafa te aprobará igual. Solo habla maravillas de ti —añade con sorna.

Esa frase le cae como un puñal.

Julia coge a Gael por el brazo y lo arrastra a la pista de baile. Caterina se queda parada. Se siente fatal por el pretexto tan estúpido que ha puesto. Bebe un trago de cerveza y luego, sin decir nada, se va. Gael la sigue con la mirada mientras baila.

Cuando llega a casa, no hay nadie en ella. En la cocina, su madre ha dejado una nota con un plato de comida tapado.

«Caliéntate los macarrones. Llegaré más tarde. Tengo que ir al médico».

Su madre no es de las que escriben mensajes desde el móvil. Siempre deja notas escritas a mano, en la nevera o sobre la encimera.

Le suena el móvil. Es un mensaje de Erin.

«¡Felicidades, Cat! ¿Quedamos esta tarde?».

«¡Gracias! ¿Dónde?».

«No sé. Podríamos ir al cine a ver la película de Iron Man 2».

«Vale. Nos vemos a las ocho en el Blue Krek. Así cenamos algo antes».

«Ok».

Después de comer, Caterina enciende el ordenador y se pone con el trabajo de historia. Al rato, oye a su madre llegar. Le grita desde la planta de abajo que va al garaje a ordenar los armarios. Se pasa el

día ocupada haciendo cosas, para así estar distraída. A Caterina le da pena y no sabe cómo ayudarla. Le gustaría decirle que ella también lo echa de menos. Que también se siente sola.

Unas horas después, se tumba en la cama, con los auriculares puestos. Se queda dormida. Más tarde, la despiertan los gritos en casa de la vecina. Al parecer, los padres de Julia han vuelto y están echando a todos los de la fiesta. Se oyen gritos y portazos. Le están echando una bronca monumental a Julia. A Caterina se le escapa una sonrisa. Cuando se da cuenta, se siente mal.

Desde la ventana ve a Gael salir. Está en la puerta, intentando hablar con la madre de Julia, pero ella le cierra la puerta en los morros. Se gira, frustrado. Mira hacia la casa de Caterina.

Ella, sobresaltada, cree que la ha pillado mirándolo. Se tumba en la cama, tapándose la cara con las manos, muerta de vergüenza.

—Mierda… —balbucea, maldiciéndose.

11

Noche de lunes, 1 de noviembre de 2010

Al caer la noche, Caterina se pone enfrente del espejo, eligiendo algo que le siente bien. En realidad, está guapa con cualquier cosa, pero ella no se ve bien con nada. Al final se decide por unos tejanos gastados y una sudadera roja. Coge del joyero la pulsera que le regaló Lara. Le ha costado volver a abrir la dichosa caja, que no encaja bien. Piensa que tendrá que arreglarla, un día. No quiere deshacerse de ella, porque se la regaló su padre.

Se dirige hacia la bolera. El *Blue Krek* es el punto de encuentro juvenil de Rabadás. Una gran nave amplia con bolera, dos bares, restaurantes de comida rápida y una sala de cine. Ideal para desconectar. De lejos, distingue la nuca de Erin y su pelo teñido de un nuevo color: verde.

Se saludan y se abrazan. Erin la felicita y le regala un collar con un cisne azul. Caterina se emociona.

—Te ha debido costar carísimo.

—Bueno, solo tuve que donar un riñón, pero es un detalle sin importancia.

Ambas se ríen.

—En serio —dice Caterina—, te has pasado.

—Bueno, no se cumplen diecisiete años todos los días. Además, eres mi única y mejor amiga.

Caterina le cuenta dónde ha estado esa mañana y le describe al chico guapo que ha conocido. Erin intenta disimular sus celos; su flequillo le ayuda a ocultarlos.

Cenan hamburguesas con mucho ketchup y extra de queso. Justo cuando se disponen a pagar, aparece Gael por detrás.

—Está pagado —dice él, sonriendo.

Las dos se giran a la vez, sorprendidas.

— ¿Y eso? —protesta Erin, analizando al chico.

—Me apetecía invitaros —responde él sin dejar de mirar a Caterina.

—Gael —dice ella, sin contener su emoción—.¡Qué sorpresa!

Erin no puede disimular su cara de consternación.

—No, la sorpresa es mía. Creía que estabas estudiando —responde Gael.

—A estas horas ya no estudio.

—Lo cierto es que estamos celebrando su cumpleaños y ya nos íbamos, o llegaremos tarde al cine —irrumpe Erin, visiblemente molesta.

—¿Qué peli vais a ver? —pregunta Gael, ignorándola por completo.

—*Iron Man* —contesta Caterina.

—Vamos Cat, que llegamos tarde —insiste Erin, tirando de su capucha y empezando a impacientarse.

—No seas borde —le susurra Caterina entre dientes.

—Me encanta *Iron Man* —dice Gael—. ¡Qué suerte que vayáis a verla! Yo no conozco a nadie a quien le gusten las pelis de Marvel, y siempre tengo que ir solo.

Caterina mira unos segundos a Erin, con ojos suplicantes, pidiéndole su aprobación. Erin asiente, resignada.

—¿Quieres venir con nosotras? —le pregunta Caterina.

—¿En serio? ¿No os molesta?

Erin tose, sin esconder su incomodidad. Caterina le lanza una mirada amenazante.

—Claro que no —responde Erin con disimulo y esfuerzo para contentar a su amiga—. Cuantos más seamos, mejor nos lo pasaremos.

—Genial —responde Gael—. Por cierto, ¡felicidades, Cat!

Ella sonríe como una novia en el altar y sus mejillas se sonrojan.

En el cine, Caterina se sienta entre los dos. La situación no puede ser más irritante para Erin, que ha estado planeando todo este día para celebrarlo exclusivamente con su amiga, no con un tipo que, aunque guapo, le parece superficial y con una mirada que no le inspira confianza.

Al acabar la película, Gael hace además de invitarlas a tomar algo, pero Caterina vuelve a mirar a su amiga con súplica para que los deje solos. Erin no entiende esa insistencia con alguien que acaba de conocer. Además, después de lo que pasó con Sergio, le preocupa que otro chico le vuelva a hacer daño.

—Estoy algo cansada —responde Erin, resignada—. Por hoy ya tengo suficiente. Id vosotros…

—¡Vale! —contesta Gael, sin esconder su satisfacción—. Voy al lavabo y vuelvo enseguida.

—¿No te das cuenta de que tiene novia, Cat? —le reprocha a su amiga cuando se quedan a solas—. Además, hoy era nuestro día, ¿no?

—Creo que ya no tiene novia. Cuando fuiste al lavabo me contó que Julia rompió con él por mensaje de texto, por no defenderla delante de sus padres, o algo así.

—Aun así, hay algo que no me gusta. No deberías precipitarte, no lo conoces de nada. Además, no quiero dejarte sola, me da miedo que te vuelva a pasar algo…

Caterina se acerca a Erin para mirarla directamente y le aparta con suavidad el flequillo de los ojos.

—Erin, sé que te preocupas por mí, pero tú misma me dijiste que no todos los chicos van a ser como Sergio. Me estoy dando una oportunidad. Sé que lo conozco de hace unas horas, pero me da buenas sensaciones… Soy egoísta, lo sé, hoy era nuestro día, pero es la primera vez que salgo con alguien. Estoy nerviosa, pero también ilusionada. No te enfades, ¿vale?

—No me enfado, me preocupo.

Las dos se dan un abrazo cuando aparece Gael.

—¿Todo bien por aquí? —pregunta él con una ridícula sonrisa.

—Genial —responden las dos al unísono.

Cuando se van, Erin le envía un mensaje a Caterina: «Ten cuidado, no sé… No me fío de él». Respuesta: «Va, estate tranquila.

Luego te cuento… Un abrazo».

* * *

Erin llega a casa sobre la medianoche. Su padre aún no ha llegado. Se pasa las horas en el bar y llega a casa cuando todo el mundo está durmiendo. Su madre la está esperando sentada a la mesa redonda de la cocina. Está tomándose una infusión de tila. Lleva puestos unos rulos de velcro en la cabeza, con una vieja redecilla que la envuelve.

—Erin, ¿qué haces volviendo tan tarde a casa? Mañana tienes colegio —la reprende.

—No es tan tarde, mamá. Es el cumpleaños de Caterina. Ya te dije que volvería sobre esta hora. Además, es fiesta, todo el mundo sale…

—Aún no eres mayor de edad para decidir cuándo puedes llegar a casa. Solo eres una mocosa mal vestida, que no hace caso a sus padres y lleva ese pelo horrible. ¿Cuándo te vestirás como una chica decente?

—Si no te gusta cómo soy, no haberme tenido. Nadie te pidió que te quedaras embarazada otra vez. Existen métodos…

Su madre la interrumpe de nuevo de malas maneras. De lo alterada que está se le resbala la taza de las manos y la infusión hirviendo se derrama por la mesa y su mano. Da un grito de rabia.

—¡Maldita sea! ¡Mira qué nerviosa me pones! No me ayudas en nada. ¿Qué pensará *ella* de ti? —le grita, señalando la estampa de la Virgen que hay colgada en la pared.

La discusión empieza a subir de tono.

—¡Me importan un pimiento todas estas láminas de santos y mártires! ¿Dónde estaban cuando murió Leire? ¡Debería haber muerto yo!, ¿verdad? Eso es lo que pensáis todos.

Su madre se lleva la mano a la boca, horrorizada.

—¡Basta! —grita el padre, desde la puerta.

Ambas se quedan en silencio. Él apenas se sostiene en pie y da un golpe fuerte contra la pared.

—No quiero oíros gritar ni mencionar a mi santa hija. ¡Todo el mundo a la cama!

Las dos obedecen, como corderos, ante un temible lobo.

La madre de Erin ha sido siempre devota. Tiene estampas y crucifijos por toda la casa. En cambio, a ella no le deja colgar ni una imagen de sus cantantes favoritos en su cuarto, porque le parecen blasfemos.

Los muebles son antiguos y de un gusto pésimo. Las paredes estucadas, de un estilo retro y rancio, contrastan con las casas modernas del barrio. Esos detalles hacen que la casa parezca un poco tétrica. Por eso Erin nunca invita a nadie a casa. Ni siquiera a Caterina.

Erin se acuesta con un nudo en el estómago, deseando hablar con su amiga. Una lágrima tras otra se asoma en su mejilla. Se queda dormida de puro agotamiento.

* * *

Son las dos de la madrugada. Caterina vuelve a casa, pletórica después de su cita con Gael. Su madre duerme en el sofá con la televisión puesta, de fondo. Ella la tapa, con cuidado. Tiene ganas de despertarla, compartir confidencias con ella. Decirle lo maravilloso que es Gael. Lo fantástico que es que te guste alguien y te respete, pero le da miedo romper la calma. Le parece tan frágil allí tumbada…

Desea que pasen las horas para contárselo a Erin. Aunque también teme que le eche algún que otro sermón. Le escribe un par de mensajes por si está despierta:

«Erin, ¡Gael me ha besado! Ha sido un beso muy largo, casi como si estuviéramos en una película. Tengo que admitir que al principio ha sido un poco raro, es decir, no me esperaba para nada ese beso. Justo cuando me despedía de él para volver a casa, me cogió de la cintura y se acercó a mis labios. Fue dulce y extraño a la vez. Mañana te cuento».

Se tumba en la cama y suspira. Recuerda a su padre. Quisiera contarle que ha sido su primer beso, que no sabía ni cómo hacerlo. Si él estuviera, le explicaría que está colada por un chico. Frunciría el

ceño, la miraría con cariño y diría que primero tiene que saber más del chico. Extraña esas charlas nocturnas, sobre películas, la vida, todo y nada.

Sus ojos se llenan de lágrimas, emocionada y conmovida, entre nostalgia y felicidad. Nunca se ha sentido tan especial como ahora. Esta sensación le devuelve parte de la seguridad y confianza que había perdido en las últimas semanas.

Se queda dormida con esa congoja y, a la vez, con la emoción de su primer beso.

Al despertarse por la mañana, se da cuenta de que sigue vestida con la sudadera roja, la pulsera de Lara y el collar de Erin. Se quita el collar con la intención de ducharse y lo guarda en la caja de música… Que se vuelve a atascar.

—¡Dichosa caja! —refunfuña, sacudiéndola.

Al intentar forzarla, el espejo de la tapa se despega. Y detrás de él, descubre algo que la inquieta y la descoloca por completo.

12

Martes, 2 de noviembre de 2010, por la mañana

Erin está tumbada en la cama leyendo un libro, cuando ve los mensajes de Caterina enviados de madrugada.

«¿Erin, estás durmiendo?», dice uno, enviado a las 2:30 de la mañana.

Ha recibido varios mensajes de Caterina durante la noche, pero en ese momento no tiene ganas de responder. Le da pereza que su amiga le cuente los detalles de su cita con Gael. Hoy prefiere hacer campana, no ir a clase y quedarse en casa. Su padre aún duerme la mona, y su madre está en el mercado, así que tiene un par de horas de libertad total. Puede deambular por la casa, escuchar música con los cascos, comer lo que quiera… Nadie la molestará.

Sin embargo, algo le cambia el ánimo. Mientras navega por las redes sociales, ve una historia compartida por compañeros del instituto: una foto de Gael besando a Caterina. El pie de foto la hace

encenderse por dentro: «Besarla ha sido como besar a un cerdo pringoso».

Erin no puede creer lo que está viendo.

—¡Sabía que ese imbécil no me daba buena espina! —grita, furiosa, golpeando la mesita de noche.

Marca de inmediato el número de Caterina, pero no contesta. Tampoco responde en el fijo de casa.

«A lo mejor ha ido a clase», se dice, aunque no la convence.

Ya le habían hecho cosas así antes a Caterina, pero esta vez la humillación es pública y cruel. Lo que más rabia le da es que el instituto siempre se desentiende: «son cosas que ocurren fuera del centro», dicen.

Erin se levanta y se viste a toda prisa. Tiene que encontrarla.

«Seguro que está destrozada…»

Primero se dirige al instituto, procurando que nadie la vea. Se queda en la calle, esperando a que suene el timbre del recreo. Observa con atención el patio, pero no ve a Caterina por ninguna parte. Le pregunta a Toni, un compañero de clase de su amiga, que sale al patio con unos cómics en la mano.

—¿Has visto a Caterina, hoy?

—No, no ha venido —responde él, encogiéndose de hombros.

Sin perder tiempo, Erin pedalea hasta la casa de su amiga. Al llegar, ve a la madre de Caterina cargando bolsas del mercado.

—¡Erin! ¿Qué haces aquí? ¿No deberías estar en el instituto? —pregunta, sorprendida.

—No me encontraba muy bien y le pedí a Caterina que me cogiera los apuntes, pero no me contesta. Pensé que quizá se había

quedado dormida. Ayer volvimos bastante tarde —improvisa Erin, intentando sonar natural.

—Ah, claro. Voy a ver si está arriba —responde la madre, con tranquilidad—. ¿Quieres pasar?

—No, gracias. Espero aquí.

—¿Está todo bien entre vosotras? Te noto muy seria. ¿Os habéis peleado?

—No, no se preocupe. Solo quería preguntarle si puede ayudarme con la prueba de mañana.

—Vale, ahora subo a verla. ¡Caterina! —llama desde el recibidor —. Debe tener los auriculares puestos, no me oye.

Sube las escaleras mientras sigue llamándola. Al cabo de unos minutos, baja, con expresión seria.

—Qué raro… No está. ¿Estás segura de que no ha ido al instituto?

—Eso me han dicho.

—No ha dejado ninguna nota, ni mensaje. Voy a llamarla al móvil.

—Yo también lo he intentado. Hace señal, pero no lo coge.

—Quizá esté en la biblioteca. Voy a llamar allí por si acaso.

—Yo me acerco a mirar, por si está.

—De acuerdo. Gracias. Yo llamaré al instituto. No sea que haya ido más tarde a clase.

—Vale.

—Ah, si la ves, dile que me llame. Estoy empezando a preocuparme.

—Por supuesto.

Erin pedalea de nuevo, cada vez más inquieta.

«Debe estar rota con lo que ha pasado… Pero me extraña que no me haya llamado».

Pasa por el *Distret*, la cafetería donde suelen quedar. Es un local pequeño y acogedor, con mesas de madera y paredes decoradas con ilustraciones de artistas locales. Le pregunta a la camarera si ha visto a Caterina, pero niega con la cabeza. Después, va a la biblioteca, con la esperanza de encontrarla allí. Sabe que a su amiga le gusta refugiarse entre libros cuando necesita tranquilidad. Pero tampoco está allí. Ni rastro de Caterina.

Erin decide volver a casa de su amiga para decírselo a su madre. Emma se muestra desconcertada. No es habitual que su hija desaparezca sin avisar.

Entonces, Erin, vencida por la gravedad del asunto, le enseña la publicación de Instagram.

—Dios mío… —resopla Emma, llevándose una mano a la boca—. Tenemos que llamar a la policía.

—Sí, pero… ¿Y si antes hablamos con Julia? Gael es, o era, su novio. Quizá sepa algo.

—Buena idea. Vamos.

Cruzan la calle y llaman a la casa de Julia. Tardan en abrir, pero al cabo de un rato aparece su madre, con delantal y aspecto ocupado. Mira con recelo a Erin.

—Emma, qué sorpresa. ¿Ha pasado algo?

—Esto ha pasado —dice de mal humor, mostrando la imagen del móvil—. ¿Sabes quién es el chico?

—Madre mía… Sí, sé quién es. Hasta ayer salía con mi hija. Pero le hemos prohibido volver a verlo. No nos parecía buena influencia… y, por lo que veo, teníamos razón. Me sabe mal lo que le han hecho a Caterina, pero…

—¿Julia sabe algo? ¿Dónde vive ese chico? Mi hija ha desaparecido.

—Mi hija está castigada. No sabe nada. Lo siento, pero tengo que volver a la cocina o se me quema el guiso. Espero que encontréis a vuestra hija.

Les cierra la puerta, sin más.

—¡Vaya carácter! —refunfuña Emma, rabiosa—. Pues no pienso quedarme de brazos cruzados. Voy a llamar a la policía.

—Y yo seguiré buscando. Daré otra vuelta por el barrio.

—Gracias, Erin. Avísame en cuanto sepas algo.

—Y usted también, por favor.

Erin se aleja. Pero al levantar la vista, ve a Julia mirando desde la ventana. Al acercarse, esta intenta esconderse

—¡Julia, sé que estás ahí! Asómate, o empiezo a tirar piedras al cristal.

No obtiene respuesta. Erin recoge una piedra grande del jardín y la lanza, pero rebota contra la barandilla metálica. Al instante, Julia abre la ventana.

—¿¡Qué haces!? ¡¿Estás loca?! ¡Podrías haber roto el cristal!

—Esa era la idea —responde Erin, furiosa—. ¿Qué le habéis hecho a Caterina? ¡Dame ya la dirección de Gael!

—Yo no sé nada. Ya has oído a mi madre. Ayer no salí, estaba castigada. Y Gael ya no es mi novio.

—¡No te hagas la tonta! Estoy segura de que tú también estás detrás. Nadie sabe dónde está Caterina.

Julia agacha la cabeza. Parece avergonzada.

—La foto es solo una broma. En unos días nadie se acordará… Pero Sergio sigue en un centro de menores, por culpa de tu amiga.

—¡Así que era eso! Queríais vengaros de ella. ¡Proteger a un depredador como Sergio! ¡Sois una panda de…!

—Sergio nunca haría daño a nadie. Le conozco desde siempre.

—La única víctima aquí es Caterina. Y como le haya pasado algo… Os juro que pagaréis por ello.

Erin se aleja con su bicicleta a toda velocidad, rabiosa, desesperada. Ya no sabe a dónde más buscar. Rabadás no es tan grande… salvo que haya cogido el tren.

Entonces recuerda algo. La Playa de las Sirenas. A pesar de las leyendas oscuras que circulan sobre ella: cuentos de náufragos, desapariciones y almas perdidas, es un lugar de una belleza hipnótica. La playa no tiene la culpa de lo que otros hayan hecho con sus silencios.

El agua es tan cristalina que deja ver el fondo marino, cubierto de arenas finas y piedras que brillan bajo el sol. Las tonalidades cambian según la hora del día: verde esmeralda al amanecer, azules intensos al mediodía, turquesas profundos por la tarde.

En la entrada, unas guías metálicas marcan el paso de las pequeñas embarcaciones. Pero lo que más les gusta a ella y a Caterina es el espigón: un brazo de piedra que se adentra en el mar hasta tocar casi el horizonte. Al final, el faro blanco parece flotar

entre cielo y agua. Desde lejos, quien camina hasta allí se ve reducido a un simple punto, como la cabeza de un alfiler contra la inmensidad del mar.

A veces van allí cuando están tristes o agobiadas. El mar siempre les calma.

Cuando llega al paseo marítimo, ve al otro lado de la carretera a Rafa, el profesor de filosofía y tutor de Caterina. Está cerrando el maletero de su coche. Tiene la ropa y la cara manchadas de barro. Se ve nervioso. Al verla, la saluda deprisa y se marcha con el coche a toda velocidad, casi sin respetar el stop.

Erin recorre toda la bahía sin encontrar a su amiga. Finalmente, exhausta, se deja caer en la arena, mirando al cielo. Son casi las dos del mediodía. No tiene hambre. Solo una preocupación constante.

Entonces, suena un mensaje en el móvil. Es Caterina.

«Tengo que contarte algo importante que he descubierto».

«¡Cat! ¡Por fin! ¿Dónde estabas?», responde con el corazón acelerado. «Te hemos estado buscando toda la mañana. ¿Estás bien? Te voy a llamar».

«No, ahora no puedo hablar, pero estoy bien. Tengo que resolver algo».

«¿Tiene que ver con la foto?».

«¿Qué foto?».

«¿No has visto tu Instagram?».

«No… ¿Por qué? Estoy en Barcens».

«Es igual. Luego te lo cuento. Lo importante es que estés bien. ¿Qué haces en Barcens?».

«He descubierto algo. Te lo explicaré todo después. ¿Puedes quedar a las cuatro en El Distret?».

«Claro. Pero mándale un mensaje a tu madre. Está muy preocupada».

Erin suspira. Sigue inquieta, pero al menos tiene la certeza de que Caterina está bien.

¿Qué habrá descubierto? ¿Tendrá algo que ver con Gael?

13

Un día antes (lunes, 1 de noviembre de 2010, por la tarde)

Los padres de Julia, Rosa y Eduardo, llegan antes de lo previsto. Ella, una mujer de rostro severo, pero elegante, siempre bien peinada y vestida con un aire meticuloso; él, de complexión fuerte, gesto adusto y mirada que rara vez deja entrever emociones. Querían estar a tiempo para celebrar el cumpleaños de su hija mayor.

Al abrir la puerta de casa, se encuentran con una escena que los deja sin aliento.

La música suena a todo volumen. El salón está convertido en un caos: adolescentes tirados en los sofás, algunos visiblemente drogados, otros bailando desinhibidos, ajenos a la llegada de los adultos. El suelo está cubierto de botellas, colillas, bolsas arrugadas de patatas y restos de comida. El olor a marihuana se mezcla con el del sudor y el alcohol. Todo parece un festival malogrado, una versión decadente de *Woodstock* sin idealismo.

En medio del caos, Ariadna, la hermana pequeña de Julia, de apenas dos años, está sentada sobre un flotador hinchable gigante,

absorta viendo los dibujos animados en la televisión. Al ver a sus padres, los saluda con alegría:

—¡Hola, mami! ¡Hola, papi!

Rosa y Eduardo se miran con el rostro desencajado.

—¿Dónde está Julia? —pregunta Rosa, con la voz cargada de tensión.

—Preparando la merienda —responde Ariadna con total inocencia.

Se dirigen a la cocina, conteniendo el impulso de gritar. Al entrar, se topan con una imagen aún más perturbadora: Julia, con los ojos medio cerrados, está sentada en la encimera, al lado de los fogones, besándose apasionadamente con un chico que ellos no conocen. El muchacho lleva una sudadera desabrochada y la mirada perdida.

Julia abre los ojos y, de pronto, se encuentra con el rostro de su madre a escasos centímetros del suyo. Rosa no dice nada. Solo la observa, inmóvil, helada, como un fantasma. Julia parpadea varias veces, confundida por los efectos del alcohol y la marihuana. Empuja al chico con fuerza, salta de la encimera y trata de enfocar mejor la escena.

—¡Hostia! ¡Mamá… eres tú! —grita, con las pupilas muy dilatadas.

Eduardo entra en la cocina, con el ceño fruncido.

—¡Papá! —añade Julia, esta vez en tono de alarma.

Él aprieta los puños y solo logra pronunciar:

—¿Dónde diablos está el mando de la minicadena?

Julia corre al salón como puede, tropieza con una botella vacía y busca desesperadamente entre los cojines. Grita que todos se vayan a su casa. La música sigue, retumbando como un castigo.

Justo en ese momento, como si el desastre no fuera suficiente, Gael aparece desde el baño, desinhibido y colocado hasta las cejas. Lleva pintado un bigote negro con delineador de ojos, una camisa cara que Eduardo reconoce como suya y, por encima, un sujetador de encaje que claramente no le pertenece. Los padres de Julia lo observan boquiabiertos, entre la rabia y el asco. Gael, al notar sus miradas, se queda congelado. La sonrisa se le derrite en el rostro.

Julia lo mira con incredulidad. ¿Cómo ha terminado Gael así? Aunque, siendo sincera, ella tampoco está presentable.

Apresuradamente, Julia pide a algunos de sus amigos más conscientes que la ayuden a recoger. Mientras tanto, Rosa y Eduardo se sientan en la cocina, intentando procesar lo que acaban de ver. Sus rostros están desencajados, agotados por la vergüenza y el impacto. Pasados unos minutos, ya hartos del olor y del ambiente, echan a todos de la casa.

La sentencia no tarda en llegar:

—Un mes sin móvil, sin ordenador y sin salir —dice Rosa.

—Solo al instituto y de vuelta a casa. Punto —añade Eduardo—. Nos has decepcionado tanto…

—Qué vergüenza… —reafirma Rosa.

Gael intenta hablar con ellos, pero Eduardo ni lo deja hablar. Lo sacan de la casa a empujones, amenazándolo con denunciarlo si

vuelve a ver a Julia.

Pero Gael no se da por vencido. Esa misma noche, se planta bajo la ventana de Julia. Silba suavemente. Julia aparece tras el cristal, le hace una señal para que baje la voz.

Él le propone que se escape bajando por las tuberías del lateral del balcón. Son solo unos tres metros. Ella duda: no quiere que sus padres la pillen de nuevo. Pero Gael, insistente y encantador, logra convencerla. Julia les dice a sus padres que se va a dormir, se cambia de ropa y, sigilosa, se desliza por las tuberías. El enganche cede ligeramente y ella cae de golpe. Por suerte, aterriza sobre el césped.

Gael corre a ayudarla. Se ríen nerviosos. Se besan.

Arranca la moto y se marchan hacia la bolera. Allí los esperan Bárbara y Bruno, en medio de una partida.

—Uf, no puedo ni verlas… —dice Bruno de pronto, señalando a lo lejos.

Erin y Caterina acaban de llegar. Gael no puede dejar de mirar a Caterina.

—¿Por qué? —pregunta Gael.

—¿No sabes quiénes son?

—Solo conozco a una. La más guapa. Estuvo esta mañana en el cumpleaños…

—¿¡Qué!? —lo interrumpe Bruno, molesto—. ¿Estuvo en el cumpleaños? ¡Ni me enteré!

Mira a Julia con reproche y rabia.

—Eh, relájate —dice ella—. Se coló cinco minutos. ¿Qué sé yo por qué? Estábamos todos medio idos…

Bruno se calma.

—¿Y quién es, exactamente? —pregunta Gael.

—¿Te acuerdas de lo que te contamos sobre Sergio? —le pregunta Bruno.

—Claro.

—Pues ella lo denunció falsamente. Gracias a ella, él está en un centro de menores —explica Julia, señalando a Caterina, con rencor.

—Deberíamos gastarle una broma, algo grande. Por Sergio —dice Bruno.

—Sí… —asienten Bárbara y Julia.

Gael duda.

—No sé. Eso de vengarse suena a niños de trece años. ¿No sería mejor ignorarlas?

—Ni hablar —dice Julia—. Tengo un plan.

—¿Cuál? —pregunta Bruno.

Julia sonríe.

—Tú, Gael, vas a encandilar a Caterina. Alguien grabará el momento. Luego lo colgamos en Internet.

—¿Estás de coña? —responde Gael.

—Es perfecto. A ella se le nota que le gustas —añade Julia.

—Va a ser difícil separarla de la otra —interviene Bárbara—. Siempre están juntas. Parecen… bueno, ya sabes.

—Eso no será problema. Gael sabe cómo conquistar a una chica —dice Julia guiñándole un ojo—. Seguro que se quedan solos.

Y así sucede. Gael logra atraer a Caterina con naturalidad. Pero a medida que conversan, se siente incómodo. Le gusta. De verdad.

Pide una pausa y se va al baño. Llama a Julia.

—No me gusta esto. Me cae bien, es lista… No quiero seguir.

—Ahora no te puedes rajar, es lo que habíamos pactado —responde Julia, con voz tensa—. A ver si te estás colando…

—No seas ridícula.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Plantarla?

—Sí. Con eso basta. Se ofenderá. Ya es suficiente.

—No. Tienes que besarla —exige Julia.

—¡Eso no lo hablamos!

—¡Gael, hazlo! —dice Bárbara.

Él suspira.

—Paso. Me da mal rollo.

—No puedes echarte atrás, y más después de lo que le hizo a Sergio. Tienes que hacerlo por él—. Exige Bruno.

Julia endurece la voz:

—Gael. Tienes que llegar hasta el final.

Él cede.

—Vale… —dice, al fin, con resignación.

Más tarde, Erin se marcha a casa. Gael y Caterina se quedan solos. Gael se siente incómodo, sabe que lo están observando. Aún no sabe cómo se ha metido en este lío. Se siente a gusto con ella. Hablan. Ríen… Aunque todo está viciado por el engaño. La besa. No como parte de un plan, sino porque le apetece de verdad. Se pregunta por qué no le cuenta a Caterina todo y por qué no pasa de ellos. Pero la presión del grupo es más fuerte que sus pensamientos.

La acompaña a casa. Siente un nudo en el estómago. Es un farsante. Al volver con sus amigos, ellos le muestran las fotos y los

vídeos, divertidos.

—Súbela a Instagram —dice Julia.

Gael mira la imagen. Suspira, triste.

—Tíos… vámonos. Esto es patético.

—¡Pero si ha sido divertido! —responde Julia, entre risas.

Bruno y Bárbara, que al parecer no han dejado de tontear en toda la noche, se van juntos, ignorando a la pareja.

Julia se acerca a Gael.

—¿Qué te pasa? No me digas que te has enamorado de ella…

Gael frunce el ceño.

—Creo que me voy a casa.

Julia se queda allí, sola, rabiosa. Sin entender, o sin querer aceptar, que todo esto lo ha provocado ella misma.

14

Martes, 2 de noviembre de 2010

Después de hablar con Caterina, Erin decide volver a casa. Su madre ha preparado arroz para comer, pero el nudo que tiene en el estómago apenas le permite tragar nada.

Desde el otro lado de la mesa, su madre, con el rostro serio y voz grave, la observa con inquietud mientras revuelve el arroz con el tenedor.

—¿Te pasa algo? Estás muy ensimismada.

—No… solo estoy cansada.

Pero no es verdad. Lo que siente es una inquietud difícil de explicar. Falta una hora para verse con Caterina, pero ya está intranquila, como si fuese la primera vez. No es ansiedad, es algo distinto, casi físico, como si un hilo invisible la conectara a su amiga y le advirtiera de que algo no va bien.

No puede seguir en casa. Decide esperar directamente en la cafetería donde han quedado. Fuera llueve a cántaros, pero ya está acostumbrada a moverse en bicicleta incluso con tormenta.

Una vez allí, se sienta a su mesa habitual: una redonda, al fondo, sin ventanas, que siempre escogen para tener algo de intimidad. El local es pequeño, con paredes de ladrillo visto y olor a café recién hecho. Saca unos sudokus para matar el tiempo. Mira el reloj. Son las cuatro. Su pie empieza a moverse con pequeños tics involuntarios.

«Si en cinco minutos no viene, la llamo».

Cuando pasan esos cinco minutos, marca el número de Caterina. No hay respuesta. Suspira, preocupada, y le escribe:

«Cat, ¿te pasa alguna cosa? ¿Dónde estás?».

Pasan quince minutos sin respuesta. Erin se desespera. Justo cuando está a punto de llamarla otra vez, llega un mensaje:

«Perdona Erin, pero ahora no puedo venir. Gael ha quedado conmigo. Te pido disculpas».

«¿Qué? ¿Estás loca? No pensarás en serio quedar con él, ¿no?».

«Tengo que hacerlo».

«Pero si es un cretino, mira lo que te ha hecho».

«Seguro que me pide perdón, o eso me ha dicho. Y le quiero dar una oportunidad».

«Muy bien. Pues te acompaño. ¿Dónde estás?».

«No seas pesada. Te llamo más tarde».

«Cat, ¿qué haces?».

Erin se queda unos segundos mirando la pantalla. Algo no encaja. Los mensajes suenan fríos, como si no fueran escritos por ella. Ese no es el estilo de Caterina. Su corazón se encoge. La ha dejado plantada, y no solo eso: ha quedado con el mismo chico que la humilló.

«Eso no tiene ningún sentido».

Vuelve a llamarla. Esta vez, el móvil está apagado.

Erin se levanta de golpe, con resignación. Decide ir a casa de Caterina. Tal vez su madre sepa algo más.

El camino es corto. El cielo sigue encapotado y el viento húmedo empapa los árboles. Al llegar, toca el timbre con insistencia. La puerta se abre. Emma, la madre de Caterina, tiene el rostro pálido. Sus ojeras y el cabello recogido de forma apresurada revelan la preocupación que arrastra desde la mañana.

—¿Sabes algo? —pregunta Erin sin rodeos.

Emma niega con la cabeza y la deja pasar.

—Solo me escribió esto, hace unas horas: «Tengo que resolver algo. Luego te lo explico todo. No te preocupes. Te quiero, mamá».

Erin se sienta con ella en el salón y le cuenta lo que recibió por mensaje. Ambas lo tienen claro: algo no está bien. Ninguna cree que Caterina sea capaz de actuar con tanta frialdad.

—Tenemos que hablar con ese chico ya. ¿Sabes de alguien que tenga su teléfono? —pregunta Emma.

—Tu vecina —dice Erin, señalando la casa de enfrente—. Julia. Pero ayer no fueron precisamente colaboradoras.

—¡Pues vamos allá! Esta vez no nos iremos sin respuestas.

Cruzan la calle bajo una llovizna persistente. La casa de Julia es de dos plantas, con fachada blanca y tejas oscuras, cercada por un jardín algo descuidado. Llaman al timbre.

Abre la puerta Rosa, madre de Julia. Tiene el ceño fruncido y cara de fastidio.

—¿Sí?

—Dame la dirección de Gael o su teléfono. Ahora mismo —le exige Emma, sin rodeos.

Rosa se queda paralizada al notar la tensión. Enseguida llama a su hija. Julia baja las escaleras con desgana.

—¿Qué pasa ahora?

Rosa no se anda con rodeos.

—Dales el número de Gael. O diles dónde vive.

—No.

—¡Te he dicho que lo hagas! —grita su madre, perdiendo la paciencia.

—¿Qué queréis de él?

—¡Danos el teléfono ya y para de hacer preguntas, niñata! —salta Erin.

Emma la detiene con un gesto.

—No te enfades, Erin. Julia, escúchame. Estamos muy preocupadas. Mi hija desapareció esta mañana. El único mensaje

que recibimos fue que había quedado con Gael. Necesitamos saber si es cierto.

Julia parpadea, nerviosa. Mira a su madre, luego a ellas. Suspira con fuerza.

—Eso es imposible —dice en voz baja.

—¿Por qué? —pregunta Emma.

—Porque… Gael ha estado conmigo todo el día. En mi habitación. Se acaba de ir cuando habéis llamado.

—¿¡Qué!? —exclama Rosa—. ¿Pero cómo ha entrado en casa?

—Mejor no preguntes —dice Julia, encogiéndose de hombros.

—¡Vete a tu cuarto! ¡Ahora mismo! —brama Rosa.

Julia agacha la cabeza. La puerta se cierra con un portazo lleno de ira.

Emma y Erin se miran. La tensión se condensa en el aire.

—Entonces… si Gael no quedó con Caterina, ¿con quién quedó? ¿Dónde está? —susurra Emma.

Ambas regresan a casa de Emma. Suben a la habitación de Caterina, a buscar pistas. Nada parece fuera de lugar, excepto tres detalles: la ventana abierta, la caja de música rota sobre el escritorio, y… está vacía. Lo que contenía ha desaparecido o se lo ha llevado Caterina.

Salen de nuevo. Recorren el pueblo a pie, visitan los rincones donde ella suele ir: el parque, la biblioteca, el callejón detrás del instituto. Nada.

La noche cae sobre el pueblo, con una pesadez inquietante. La lluvia ha cesado, pero la humedad sigue pegándose a la piel, y el aire huele a tierra mojada. Erin y Emma caminan de regreso a casa

en silencio. Ninguna de las dos quiere admitir en voz alta lo que ambas temen: que algo horrible le ha pasado a Caterina.

—No tiene sentido —masculla Erin, pateando una piedra—. Si no estaba con Gael, entonces, ¿dónde está?

Emma aprieta los labios y niega con la cabeza, con la vista fija en la carretera.

—Tal vez… tal vez se fue a algún sitio por su cuenta. No sé… — Su voz suena forzada, como si tratara de convencerse a sí misma más que a Erin.

Pero Erin no lo cree. Su amiga no habría desaparecido sin decir nada. Y mucho menos con mensajes tan extraños.

Cuando llegan a la casa de Emma, esta se detiene en el umbral de la puerta.

—Voy a llamar a la policía otra vez.

—¿Otra vez? —pregunta Erin.

—Sí. Cuando no volvió a casa esta tarde, llamé para reportarla como desaparecida, pero me dijeron que tenía que esperar 24 horas, que seguro volvería.

—¡Esto es ridículo! —Erin siente un nudo de frustración en el pecho—. ¡Caterina no es una cría que se escapa sin avisar!

Emma asiente con cansancio. Sus ojos están rojos, como si hubiera estado conteniendo las lágrimas todo el día.

—Voy a insistir. No pienso quedarme de brazos cruzados.

Erin le aprieta el brazo en señal de apoyo antes de marcharse a casa. Pero al llegar, es incapaz de dormir. Da vueltas en la cama, con el móvil en la mano, revisando los mensajes de Caterina una y otra vez.

Hay algo que no encaja. «¿Y si otra persona escribió esos mensajes?». Esa idea le entra en el cerebro con la fuerza de un trueno.

Se sienta en la cama, de golpe. El corazón le retumba en el pecho. *«Si Caterina nunca escribió esos mensajes, significa que la persona que lo hizo quiere hacernos creer que ella se fue por su propia voluntad».*

«Pero ¿quién?».

Un temblor le recorre la columna. Se pone de pie y comienza a pasear por la habitación. Cada detalle del día cobra una nueva perspectiva en su cabeza. La desaparición, el mensaje extraño, la coartada de Gael…

«*¿Y si no es una simple desaparición?» «¿Y si Caterina está en peligro?».*

La angustia se vuelve insoportable. Sin pensarlo demasiado, coge su chaqueta, se calza las botas y sale al frío de la noche. Necesita respuestas. Necesita encontrar a su amiga.

15

Miércoles, 3 de noviembre de 2010

El mar parece más oscuro esa tarde. La niebla densa se aferra a la orilla como un velo que no quiere desvanecerse. Las olas rompen suavemente contra las rocas, emitiendo casi un murmullo fúnebre.

Un pescador, al que, al parecer se le ha enredado algo pesado en su red, piensa que se trata de un objeto grande. La gente a veces lanza cosas al mar, como si fuera un vertedero. Frunce el ceño y tira con más fuerza, pero no cede.

—¡Necesito ayuda! —grita.

Otros marineros se acercan y tiran junto a él. La red emerge poco a poco, escurriendo el agua helada. Y entonces lo ven. El cuerpo inerte de una chica. Se quedan aterrados. El tiempo parece como si se acabara de congelar. Nadie se mueve. Solo se oyen las olas y el golpeteo del agua cayendo de la malla. Hasta que uno de ellos murmura con la voz rota:

—Dios mío…

* * *

Erin se ha pasado pedaleando sin rumbo toda la noche. Sus piernas le tiemblan de agotamiento, pero sigue adelante. No puede parar.

Está amaneciendo cuando llega al espigón de la Playa de las Sirenas. Un grupo de personas se agolpa cerca de la orilla. Hay un cordón policial bloqueando el paso.

—¿Qué ha pasado? —pregunta, con el aliento entrecortado.

Nadie le responde con certeza. Solo son cuchicheos: un accidente, un ahogado, alguien del pueblo.

Entonces lo ve. Entre la multitud, a lo lejos, algo llama su atención y la deja helada. Su respiración se detiene.

Una sudadera roja. La misma que ha visto tantas veces. La misma que Caterina llevaba el lunes.

Erin siente que el suelo se abre bajo sus pies.

«No. No puede ser.»

En el espigón, Erin sigue de pie, paralizada.

El cordón policial, las miradas de la gente, el sonido del mar… Todo se vuelve un eco lejano. Su mente no puede procesar lo que acaba de ver.

De repente, siente un peso insoportable en el pecho. Su estómago se revuelve.

«No puede ser. No, Caterina…».

Suelta la bicicleta y empieza a correr. No sabe hacia dónde, solo sabe que tiene que alejarse. Pero sus piernas le tiemblan tanto que tropieza y cae sobre la arena húmeda.

Se queda allí, con las manos hundidas en la tierra, jadeando como si el aire no fuera suficiente. Todo el cuerpo le tiembla. Su pecho sube y baja con la respiración entrecortada.

Y entonces grita. Y llora. Un grito ahogado, rabioso, desgarrador. Un grito que se pierde entre las olas, pero que lleva consigo todo el dolor del mundo.

* * *

En casa de los Munell, el timbre suena repetidas veces. Emma abre la puerta y se encuentra con dos agentes de policía.

—Señora Munell… —empieza uno de ellos, con voz grave—. Lamentamos informarle que hemos encontrado un cuerpo.

Emma parpadea. Su mente se niega a procesar esas palabras.

—Creemos que es su hija.

El aire desaparece de la habitación.

—Necesitamos que venga a identificarlo.

Emma se aferra al marco de la puerta. Un susurro apenas audible escapa de sus labios:

—No… no puede ser…

Emma camina por los pasillos del hospital, con el corazón en la garganta. Siente su cuerpo pesado, como si cada paso la arrastrara hacia un abismo sin salida. A su lado, un agente de policía la guía, en silencio.

Todo le parece un esbozo. Se pregunta si lo que está sintiendo es real. El frío estéril de las paredes. El eco de los zapatos sobre el suelo de baldosas. El olor a desinfectante que impregna el aire.

Cuando llegan a la sala de reconocimiento, el médico la mira con una expresión sombría.

—Tómese su tiempo —le dice antes de apartar la sábana blanca.

Emma contiene la respiración. La vista se le nubla. Durante un segundo, su mente se agarra a la esperanza de que haya un error, de que no sea su hija, de que en cualquier momento Caterina entre corriendo por la puerta y le diga que todo esto es una broma cruel.

Pero la realidad la golpea como una ola furiosa.

Los labios de su hija están azulados por el frío. Su piel está pálida, sus ojos están cerrados como si durmiera.

—No… —susurra Emma. Su voz se rompe en mil pedazos—. No… Caterina…

Sus rodillas le flaquean y su cuerpo se desploma contra la camilla.

—Señora Munell… —intenta decir el médico, pero Emma ya no escucha nada. Solo oye un zumbido ensordecedor en su cabeza.

No siente sus propias lágrimas hasta que caen sobre la mano helada de su hija. Emma no sabe cuánto tiempo ha pasado desde

que la obligaron a soltar la mano de Caterina. El médico murmuró algo sobre «darle espacio», sobre «avisar si necesitaba ayuda». Pero, ¿cómo se ayuda a una madre que acaba de perder a su hija?

Las palabras las siente huecas, lejanas. La llevan a una sala pequeña, con paredes grises y una luz blanca que le quema los ojos. Hay dos agentes. Uno de ellos le ofrece una botella de agua que ella no acepta. Sus manos permanecen entrelazadas sobre su regazo, crispadas, como si abrazarse a sí misma la mantuviera cuerda.

—Señora Munell, sabemos que esto es muy difícil —dice el inspector, con tono contenido—. Pero necesitamos hacerle algunas preguntas.

Emma asiente en silencio.

—¿Cuándo fue la última vez que vio a su hija?

El nudo en su garganta se hace más grande.

—El lunes. Salió con Erin, su mejor amiga. Volvió a casa tarde.

—¿Mencionó algo extraño? ¿Algún problema?

Emma niega con la cabeza.

—No… no lo sé. Caterina no era una chica conflictiva. Aunque ayer Erin me dijo que en su Instagram colgaron una foto de ella y un chico dándose un beso, con una frase horrible.

El inspector anota algo en su libreta y se aclara la garganta antes de continuar.

—¿Cómo se llama el chico?

—Gael… Ayer creíamos que estaba con él, porque Cat… —Por unos segundos Emma deja de hablar, incapaz de pronunciar el nombre de su hija—. Ella envió un mensaje extraño, diciendo que quedarían juntos porque él quería pedirle perdón. Pero resulta, que

según su novia estuvieron juntos toda la tarde… Así que alguien debió escribir el mensaje por ella…

—Ya… Bueno, eso ya nos concierne a nosotros investigarlo. Además, no hemos encontrado aún el móvil. ¿Cómo se llama la novia del chico?

—Julia Vera. Es vecina nuestra….

—¿Alguna cosa más que debamos saber?

—Hace una semana o dos… Ya no lo recuerdo… Un chico, Sergio Marin, intentó agredirla sexualmente. Ahora está en un centro de menores…

El agente asiente con la cabeza mientras apunta algo en su cuaderno.

—¿Alguna cosa más que sea relevante?

Ella se queda ensimismada mirando hacia la pared.

—¿Señora?

—Qué.

—Si hay algo más que debamos saber…

Emma se pone a llorar.

—No la felicité…

—¿Qué? —los agentes la miran extrañados.

—Que el lunes era su cumpleaños y no la felicité —responde sin poder dejar de llorar.

El inspector se sienta a su lado.

—Señora, no se culpe por lo que ha pasado —dice con voz comprensiva.

Emma se limpia las lágrimas mientras intenta serenarse.

—Entendemos que su hija tenía buena relación con la mayoría de sus compañeros, a excepción de los que me ha dicho, pero… ¿cree que era feliz? ¿Se encerraba en sí misma? ¿Le ocultaba cosas?

Emma alza la vista, confundida.

—Mi hija era muy feliz —dice alzando la voz—. El año pasado, la muerte de mi… marido nos afectó a las dos, pero ella era muy positiva. Su sueño era ir a la universidad, hacer cosas… Mire, hay toda esa chusma del Instituto, esos niños de papá, consentidos y malcriados, que hacen daño a otros chicos. Y a lo mejor ahora están haciendo algún mal por ahí. Así que en vez de perder el tiempo conmigo, quizás deberían ir a investigarlo, porque puede ser que otra persona esté en peligro y sea demasiado tarde. Alguien ha asesinado a mi hija, y tenemos que averiguar quién.

La palabra «asesino» resuena por toda la sala.

Emma vuelve a llorar desesperadamente. Los agentes se miran entre sí mientras suspiran. El inspector cierra la libreta.

—Tengo que decirle que no hemos encontrado signos evidentes de violencia, ni tampoco parece que haya sido un accidente. Lamentamos decirle que, hasta el momento, todo apunta a un suicidio.

Las palabras caen como un jarrón de agua fría.

—No. No, Caterina no haría eso.

—Sabemos que estas situaciones son difíciles de comprender. Pero usted misma nos ha dicho todo el estrés que estaba viviendo. A veces, los jóvenes…

—¡Usted no la conocía! —Emma se pone de pie, temblorosa—. Mi hija no se suicidó.

El agente intercambia una mirada con su compañero, pero no insiste más.

—Lo entiendo, señora Munell. Investigaremos a fondo. Por ahora, le daremos algo de tiempo.

Emma se queda allí, sintiendo cómo su mundo se desmorona.

* * *

Erin aún no ha vuelto a casa. No puede. Habrán pasado más de cuatro horas desde entonces. El cuerpo ya no está allí. Después de ver la sudadera roja, después de oír los murmullos, después de que la policía confirmara lo que ya sabía en el fondo de su corazón, su mente entró en un estado de negación absoluta.

Se encuentra sentada en una roca, mirando el mar. La brisa fría le golpea la piel, pero no le importa. Su cabeza late con un pensamiento persistente: *«¿Qué le ha pasado?» «¿Quién le ha podido hacer eso?»* Y es que Erin no contempla la posibilidad de que su amiga haya sufrido un accidente.

Al cabo de un rato, decide ir a casa de su amiga, aunque tampoco sabe qué tiene que decir, ni si le saldrán las palabras.

La casa de los Munell está prácticamente sumida en la penumbra. Solo una tenue luz de la cocina permanece encendida. Erin se detiene frente a la puerta y duda. Se ha pasado la noche y todo el día vagando sin rumbo, sin hablar con nadie, evitando

miradas llenas de lástima. Antes de venir, pasó por casa y ni su padre ni su madre se han atrevido a decirle nada. Su padre quería abrazarla, pero quizás ya no se acordaba cómo hacerlo, mientras que su madre la ha mirado por primera vez con comprensión y le ha preguntado si quería que la acompañase. Erin ha negado con la cabeza, pero le ha agradecido su apoyo.

Llama con suavidad a la puerta, casi temiendo romper el frágil silencio de la casa. No hay respuesta al principio, pero cuando está a punto de intentarlo de nuevo, la puerta se abre con lentitud.

Emma está allí, de pie, con el rostro demacrado. Sus ojos están hinchados por el llanto y su cuerpo parece más frágil que nunca. No dice nada, pero en cuanto ve a Erin, su expresión se rompe.

Erin tampoco habla. Solo la abraza.

Emma se aferra a ella con fuerza, con desesperación. Las lágrimas empiezan a brotar de nuevo, mezclándose con las de Erin, que no puede contenerlas más.

—Me han dicho que… que creen que fue un suicidio —susurra Emma entre sollozos.

Erin se aparta apenas unos centímetros, con el ceño fruncido.

—Eso no es cierto.

Emma baja la mirada.

—La policía dice que no hay signos de violencia… que quizá… que tal vez…

—¡No! —La voz de Erin suena más dura de lo que pretendía—. Caterina no haría eso. Tenía ganas de vivir, de salir de aquí, de hacer cosas. Sí, tenía problemas con gente en el instituto, con… con Sergio y los otros chicos, pero nada de eso la haría querer morir.

Emma la mira con los ojos nublados. Quiere creerla. Quiere pensar que su hija no estaba tan rota por dentro como le han dicho. Pero ahora Caterina está muerta. Y la verdad parece haberse hundido con ella en el mar.

16

Jueves, 4 de noviembre de 2010

La lluvia les ha dado algo de tregua. Aun así, el cielo sigue gris, como si el sol no se atreviera a salir en un día así.

La iglesia está llena de gente: alumnos del instituto, profesores, vecinos, padres que han venido con sus hijos… Algunos susurran palabras de consuelo. Otros simplemente permanecen allí con el rostro opaco, como si todo esto fuera una escena lejana, ajena.

Los que no caben se han quedado en la acera de fuera, escuchando desde allí el sermón del cura a través de los altavoces colocados en la entrada.

El aire huele a incienso y humedad.

Emma está sentada en primera fila, con la mirada perdida en el suelo. Apenas ha dicho nada desde la noche anterior. Está arropada por su pequeña familia: los abuelos, que apenas se sostienen en pie del dolor; unos tíos que han venido de lejos al enterarse de la tragedia, todos con el rostro apagado.

Erin se mantiene en la parte trasera de la iglesia, con los puños apretados. No quiere escuchar discursos vacíos. No quiere oír a

nadie decir cuánto lo sienten. Quiere gritarles que no entienden nada. Que son todos unos falsos. Que están todos equivocados. Que Caterina no debió terminar así.

Su madre la acompaña, pero no logra permanecer mucho tiempo. En cuanto ve a tanta gente agolpada en la parroquia, se agobia y se va hacia casa. Demasiados recuerdos, demasiados fantasmas propios.

Cuando la ceremonia termina y la gente empieza a salir hacia el cementerio, Erin se percata de la presencia de Gael y Julia entre la multitud. Su estómago se remueve.

—¿Qué hacéis aquí? —Su voz es fría y dura.

Gael baja la mirada, incómodo. Julia se cruza de brazos.

—Hemos venido a despedirnos —dice él, sin convicción.

—¡Hipócritas! —escupe Erin—. No tenéis derecho. Largaos.

Julia la mira con desprecio, pero Gael no discute. Simplemente, asiente, cabizbajo, y ambos se alejan.

Ya en el cementerio, cuando finalmente colocan el ataúd dentro del nicho, Emma rompe a llorar de nuevo. Erin siente que todo su mundo se derrumba con esa caja de madera. *«¿Qué voy a hacer yo sin ti?».* Se muerde el labio con fuerza hasta hacerse daño.

Lara, la profesora de lengua, se le acerca, con los ojos enrojecidos. Siempre había tenido un vínculo especial con Caterina. Le acaricia suavemente el hombro.

—Lo siento mucho, Erin. Sé lo unidas que estabais. Era una chica especial. Muy sensata, muy brillante… No será lo mismo sin ella.

Erin asiente, incapaz de responder.

También se le acerca Rafa, el tutor de Caterina. Se quita las gafas y las limpia con un pañuelo, con un gesto mecánico.

—Si necesitas hablar, Erin, estoy en el instituto. Lo que necesites… de verdad. Sé lo que significaba para ti.

Cuando todo termina y la multitud empieza a dispersarse, Erin se queda sola en el cementerio, observando el módulo recién colocado. El suelo está húmedo. Un sauce llorón se alza a un lado, sus ramas están inclinadas como si también estuviera de luto.

—Siento mucho lo de tu amiga —dice de pronto una voz a su lado.

Erin se gira y encuentra a Ray de pie junto a ella. No parece triste, pero su expresión es serena.

—Gracias —dice Erin apenas con un hilo de voz.

—He oído por ahí que fue un suicidio, pero no es así, ¿verdad?

Erin lo mira sorprendida.

—No —responde con voz firme.

Ray hace un gesto de comprensión con la mirada.

—Entonces, ¿qué vas a hacer al respecto?

La pregunta queda flotando en el aire. Erin siente que algo dentro de ella cambia. Ya no es solo tristeza. Es furia. No puede quedarse de brazos cruzados. No puede permitir que la historia termine aquí.

—Voy a encontrar la verdad. Cueste lo que cueste.

Por primera vez en días, siente que su tristeza se convierte en algo más. Hay algo de determinación en su mirada.

El silencio en el cementerio es casi absoluto. Solo el leve susurro del viento entre los árboles y el crujido de la grava bajo los pies de quienes se alejan interrumpen la quietud. Erin permanece inmóvil. El nicho parece demasiado frío, demasiado impersonal para algo tan sagrado como la memoria de su mejor amiga.

Caterina odiaba el frío. Siempre llevaba un jersey extra en la mochila, incluso en primavera. «Por si acaso», decía. Erin sonríe débilmente al recordarlo, pero la sonrisa se disuelve de inmediato en una mueca de tristeza.

Ray ya se ha ido. La última en marcharse es Lara, la profesora, que vuelve a acercarse a ella.

—No olvides que tienes derecho a sentirte enfadada. Y también a buscar respuestas—. Le aprieta la mano—. Pero prométeme que te cuidarás.

Erin afirma con la cabeza. No confía en poder cumplir esa promesa.

Cuando finalmente se decide a marcharse, las nubes descargan una llovizna fina. No abre el paraguas. Deja que el agua le corra por el rostro como una especie de bendición o castigo.

En casa, el ambiente también se ha vuelto más denso. Su madre no pregunta nada. Solo la observa con una mezcla de preocupación y resignación. Erin se encierra en su cuarto, saca la libreta donde Caterina apuntaba todo y empieza a leerla por enésima vez. Frases

sueltas, dibujos, listas. Pero nada parece indicar que se fuera a rendir.

Una frase le llama la atención esta vez: *«Si mañana pasa algo, que quede constancia de lo que sé».* No hay nada más debajo. La página siguiente ha sido arrancada.

Erin siente un estremecimiento. Juraría que eso no estaba allí la última vez que revisó el cuaderno.

* * *

Al día siguiente, Erin decide ir a comisaría. El ambiente huele a café rancio, humedad y fotocopias. El sonido de teclados y teléfonos suena de fondo, pero ella apenas lo nota. Su corazón late deprisa mientras camina por el pasillo hasta la oficina del inspector. En la puerta figura su nombre: Inspector Iván Gutiérrez.

No se ha molestado en pedir cita ni en esperar. Toca a la puerta con fuerza y entra sin esperar respuesta.

El inspector la mira con el ceño fruncido, sorprendido por su irrupción.

—¿Quién es usted? ¿Quién la ha hecho pasar? —le pregunta un hombre mayor, sentado en su silla y con una expresión de desagrado en el rostro.

Erin cierra la puerta tras de sí y aprieta los puños.

—Me llamo Erin Butler. Vengo a hablar sobre Caterina Munell. Era mi mejor amiga.

El inspector suspira y se reclina en su silla.

—Erin… Entiendo que es un golpe duro, pero no puedes entrar aquí e irrumpir de pronto sin pedir cita o sin venir con un adulto.

—Mi amiga no se suicidó. Espero que lo estén investigando —dice sin hacer caso a las palabras del policía.

—Erin… Sé que esto es difícil para ti, pero la autopsia no muestra signos de violencia. No hay pruebas de que haya sido un homicidio.

—Porque no las han buscado —replica Erin, con la voz temblando de rabia—. Caterina no se suicidó. No tenía razones para hacerlo. ¿Han encontrado su móvil? Estoy segura de que alguien escribió el mensaje que me envió por ella. Alguien la ha matado…

—No, no hemos encontrado el móvil, pero…

—En su última llamada —interrumpe ella—, me dijo que había descubierto algo que era importante y ahora, puede que por eso está muerta.

—No tenemos ningún móvil ni ningún sospechoso. Se han comprobado las coartadas y no hay motivos que apunten a la dirección que dices.

El inspector entrelaza los dedos sobre el escritorio y la observa con paciencia.

—Entiendo que quieras encontrar respuestas. Pero a veces las respuestas no son las que queremos escuchar.

—No, usted no entiende nada —insiste Erin, dando un paso adelante—. Caterina tenía problemas, sí. Con Sergio. Con gente del

instituto. Pero nunca habría hecho algo así. No sin decirme nada, no sin ninguna señal.

El inspector suspira de nuevo y se inclina hacia ella.

—Escucha, sé que quieres justicia para tu amiga, pero sin pruebas no hay nada que investigar. No hay signos de forcejeo, ni heridas defensivas, nada que sugiera que alguien más estuvo involucrado. El caso se cerrará como suicidio.

Erin siente una presión en el pecho.

—No puede hacer eso.

El inspector la mira con compasión, pero su tono es firme.

—Lo siento.

Erin lo mira con furia. Quiere gritarle, golpear el escritorio, hacer que la escuche. Pero no lo hará. Porque sabe que es inútil.

Aprieta los dientes y da un paso atrás.

—¿De verdad cree que mi amiga se ataría con unas cadenas las manos y los pies y luego se pondría pesos en los bolsillos para ahogarse?

—Cosas más raras hemos visto —contesta el hombre, con sequedad.

—Pues no necesito su permiso para averiguar la verdad.

Sin esperar respuesta, se da la vuelta y sale de la oficina, cerrando la puerta de un portazo.

Mientras camina por la comisaría, siente que algo dentro de ella arde. Algo ha cambiado en su interior. La rabia, la impotencia… harán de ella una nueva Erin.

II

SEGUNDA PARTE

17

Lunes, 13 de enero de 2025

El viento frío de enero azota las calles de Rabadás con una dureza que Erin había olvidado. Han pasado quince años desde la última vez que estuvo allí un día entero, y el regreso le pesa más de lo que pensaba. Su padre ha muerto, y aunque no hubo amor en su relación, su muerte le ha recordado que la vida se desmorona más rápido que un castillo de arena.

Desde que se fue de Rabadás, Erin nunca más ha vuelto a ser la misma. La muerte de Caterina lo cambió todo y no solo transformó sus sueños, también su físico e incluso su rutina. En cuanto cumplió los dieciocho años se mudó definitivamente a Genar y allí estudió criminología. Después de acabar el grado no le costó mucho aprobar las oposiciones como inspectora. Se había preparado mucho para eso, con una sola obsesión en la cabeza: encontrar al asesino de Caterina.

Desde entonces, cada mañana, se levanta antes de las siete de la mañana para correr diez kilómetros. Después estira, respira hondo y sigue con su día. Años atrás, habrían tenido que pagarle para hacer

algo parecido. Siempre ha detestado el ejercicio. Pero desde el día fatídico que marcó un antes y un después en su vida, convirtió su cuerpo en una especie de armadura. Corre para mantenerse en pie, para no romperse por dentro. Quemar energía le calma la mente, más que el cuerpo. Es su manera de seguir avanzando.

Aunque sigue manteniendo el pelo corto, ha dejado atrás los tintes y vuelve a lucir su color castaño natural. Ya no usa gafas, y su silueta, afinada por el entrenamiento constante, irradia seguridad. Se ha convertido en una mujer muy atractiva, aunque a ella no le interese demasiado. Poco queda ya de aquella adolescente que se escondía tras sudaderas anchas y oscuras. Ahora camina erguida. Y si bien no ha olvidado el pasado, ya no le permite que la defina.

El entierro de su padre transcurre en un silencio solemne. Reencontrarse con su madre ha sido extraño e incómodo. La mujer está más demacrada, los años se le han echado encima. Al final se han dado un abrazo, pero no saben si es de alivio o de tristeza. Apenas intercambian unas palabras. A Erin le invade la sensación de que está allí porque es lo que se espera de ella. Pero cuando ve a su hermano Leo, todo cambia. Su mirada, cansada y al mismo tiempo llena de emoción, la golpea en el pecho. No lo ha visto desde hace años, y aunque el tiempo ha pasado, la culpa sigue entre ellos como una sombra.

Se abrazan sin pensarlo un segundo. El abrazo es largo y sincero.

—Te he echado tanto de menos… —le susurra a Erin.

—Y yo a ti…

No se reencontraron aquellas Navidades de 2010. Leo se enfadó con su padre por cómo le contestó y decidió no volver a España. Eso afectó mucho a Erin, que no entendía como era tan egoísta de pagarlo con ella también y abandonarla así.

Después del entierro, Erin se queda un rato más en el cementerio, no para ver la tumba de su padre, sino la de Caterina.

Leo la acompaña. Leo es periodista. Mientras observan la lápida de su amiga, Erin no puede evitar soltar unas lágrimas y un suspiro fuerte. Leo le rodea la espalda con un brazo.

Cuando se acerca un poco más hacia el nicho, siente que el aire se vuelve más pesado. El sauce llorón sigue allí, alto y majestuoso, como si nunca hubiera dejado de vigilar el lugar. Sus lágrimas caen silenciosas sobre la tierra húmeda.

—Sigo sin saber quién lo hizo… —susurra, sintiendo el peso de la impotencia.

—A mí también me supo muy mal lo de Caterina. Siempre me hablabas tan bien de ella y se os veía tan unidas…

Erin asiente con la cabeza.

—Cuando me enteré de la noticia estuve investigando…

—¿En serio? —dice ella, sorprendida.

—Sí, de hecho, escribí un artículo.

—¿Y por qué yo no tengo constancia de haberlo leído?

—Porque no me dejaron publicarlo en España.

—¿Por qué no?

—Por meter las narices donde no me llaman, supongo, o porque hace tantos años que me fui, que quizás me veían como un

extranjero cotilla. Criticaba la ineficiencia de la policía, el mal trabajo de los forenses y un largo sinfín de cosas.

—Lástima que no te permitieron publicarlo. Me hubiera gustado leerlo…

Mientras Erin se queda ensimismada en sus propios recuerdos, Leo se escapa hacia el pasillo de atrás. Al cabo de unos segundos, Erin lo sigue. Está delante de la tumba de Leire, su hermana. En su cara hay una profunda tristeza. Ella se acerca un poco más hacia él.

—No fue tu culpa —le susurra Erin…

Leo baja la mirada. La muerte de Leire aún pesa sobre él, una losa imposible de mover. Pero Erin ha aprendido algo con los años: el pasado puede destruirte, si no te enfrentas a él.

Leo no puede parar de llorar. Seguramente es la primera vez que le dicen que no fue culpa suya.

—No eras más que un niño y no puedes cargar con ese peso… Fue un accidente.

Leo abraza fuerte a su hermana.

—Creía que lo tenía superado. Me he pasado la vida yendo al psicólogo… Pero ha sido venir al cementerio y… ¡Zas! —comenta él.

—Cuanto más quieras evitar el recuerdo, más vendrá a ti… Yo no conocí a Leire…

—Te pareces mucho a ella… —la interrumpe él con añoranza.

—Pero también me han hecho creer que, si yo no hubiera nacido, ella estaría viva…

—Eso no lo pienses jamás, ni por un minuto.

Leo se pone serio, pero ambos no pueden evitar el llanto.

—Creo que los dos hemos sufrido mucho —responde Leo—, y no nos lo merecemos. ¿Y ahora, ya que estamos aquí, vamos a comer algo?

Erin asiente con la cabeza.

Después de pasar un buen rato con su hermano, comiendo, riendo y charlando de forma distendida, se preguntan el uno al otro dónde se han hospedado. Los dos, casualmente, están alojados en el aparthotel *Marea baja.* Ninguno ha querido ir a casa de su madre. Demasiados recuerdos desagradables y demasiado vacío.

A media tarde, el móvil le vibra insistente a Erin en el bolsillo. Es el comisario Frank Lizarraga.

—Lamento llamarte en un momento así, Erin. —Su voz es grave, como siempre—. Pero ya que estás en Rabadás, quiero que te pases por la comisaría local. Nos han pedido ayuda desde aquí. El subinspector jefe, Gerardo Antilla, ha contactado conmigo directamente. Tenemos un caso. Uno complicado.

—¿De qué se trata? —pregunta, aunque una sensación extraña le recorre el cuerpo.

—Han encontrado a una chica muerta esta mañana. Luego te explico los detalles…

Erin se despide de su hermano. Hacen la promesa de verse de nuevo, sin excusa. Además, están en el mismo hotel.

Decide ir a pie hasta la comisaría, ya que no está muy lejos del cementerio y le gusta caminar. Conducir no es lo suyo.

Se detiene frente al edificio policial y exhala con fuerza. La última vez que estuvo allí fue para pedirle al inspector Gutiérrez que investigara quién mató a su amiga y defendiendo que no era un suicidio. El inspector, sin embargo, cerró el caso. En ese momento, Erin está convencida de que no se encontrará con él al entrar. Con certeza, ya estará jubilado.

Antes de acceder, respira hondo y empuja la puerta con decisión.

Nada más entrar percibe el olor característico de estos sitios. La recepción es igual de caótica como la recuerda. Aunque esta no es su comisaría habitual, conoce bien el edificio: es la sede central de Rabadás. Ella y su compañero Moisés Vázquez pertenecen a la brigada de homicidios con base en Genar, pero la llamada del subinspector jefe Antilla lo cambia todo. Allí vienen como apoyo externo y con la máxima discreción.

—Inspectora Butler—, la saluda una voz imponente.

Erin levanta la vista y se encuentra con su comisario, Frank Lizarraga, quien camina hacia ella con expresión seria. El comisario es alto, de complexión ancha y fuerte. Suele tener un aire de cansancio perpetuo en los ojos.

—Lamento lo de tu padre —dice en voz baja.

—Gracias —responde Erin con neutralidad. La relación con su padre nunca fue buena, así que no sabe bien cómo reaccionar ante las condolencias.

Lizarraga suspira y se cruza de brazos.

—Gracias por venir tan rápido. Verás… Hay un caso, como te he dicho por teléfono. Un homicidio. Y queremos que te encargues tú.

—¿De qué se trata? —se interesa Erin, seria.

—Ven conmigo.

—Antilla está moviendo hilos para que tengamos total libertad de trabajo —añade Lizarraga en voz baja, mientras caminan—. Nos ha cedido una sala para operar desde aquí, pero quiere que el asunto se trate con discreción.

La guía por el pasillo hasta una sala de reuniones. Dentro, hay tres personas esperándolos: Moisés Vázquez, su compañero de hace años, la subinspectora Alba Murillo, que trabaja allí, en Rabadás, y la mira con recelo, más un joven que Erin no reconoce. Sobre la mesa hay una carpeta con documentos y fotografías.

—Toma asiento —le dice el comisario.

Erin se sienta y cruza los brazos mientras él toma la carpeta y la abre.

—Ayer por la mañana encontraron el cuerpo de una chica en la Playa de las Sirenas. Tenía diecisiete años.

El corazón de Erin se acelera.

—¿La Playa de las Sirenas? —pregunta en un hilo de voz.

Lizarraga asiente.

—¿La conoces?

Erin traga saliva. Sus recuerdos la asaltan de golpe: el mar oscuro, la lluvia, la sudadera roja de Caterina …

—Viví aquí durante muchos años. Todo el mundo conoce esa playa —responde apretando la mandíbula.

—Ah, claro, no recordaba que eras de aquí —susurra el comisario, sin darle importancia. Luego señala una de las fotos—. Su nombre es Ariadna Vera.

Una corriente fría baja por la espalda de Erin.

—¿Qué? —susurra.

El nombre se le clava como un puñal en el pecho. Su mirada se fija en la imagen: el rostro pálido de la joven, sus cabellos oscuros empapados por el agua salada. Al mirar la foto siente que está mirando a Caterina.

—¿Erin? —Vázquez la observa con preocupación.

—Te has puesto blanca —dice el comisario—. ¿Estás bien? ¿La conoces?

Erin parpadea y se obliga a recuperar la compostura.

—En este pueblo casi todo el mundo se conoce… Era del barrio… Es solo que me ha sorprendido.

—Si ella no puede con este caso, pueden asignármelo a mí —se queja la subinspectora Murillo—. Ya les dije que no hacía falta pedir la ayuda a la brigada de homicidios. No necesito ayuda de…

Lizarraga la interrumpe.

—Si le asigno el caso a otra persona o no, es decisión mía o como mucho de tu inspector jefe —le advierte el comisario.

Erin se endereza y lo mira con firmeza.

—Ni hablar. El caso es mío. Cuenta conmigo.

El comisario cierra la carpeta y recoge las cosas de la mesa. Murillo resopla de malhumor.

Vázquez mira con complicidad y con una leve sonrisa a su compañera. Se acerca hacia ella.

—Tengo que decirte algo…

Lizarraga los interrumpe.

—Bien, pero antes de que empieces, hay algo más.

Se gira hacia el joven que está en la sala, quien hasta ese momento había permanecido en silencio.

—Te presento a Neil Anderson. Es nuevo en el departamento. Viene desde Escocia y está completando su formación como inspector, en España. Te acompañará en la investigación. Seguro que aprenderá muchísimo contigo. Trabajaréis desde esta sala —explica mirando a los dos—, el subinspector jefe Antilla ha autorizado el uso interno para nosotros. Consideradla vuestra base mientras dure la investigación.

El chico, de no más de veinticinco años, le dedica una sonrisa nerviosa. Erin le esquiva la mirada. Tiene el cabello de color cobrizo, un rostro atractivo, pero una expresión demasiado inocente para alguien que va a trabajar en homicidios. Su uniforme es algo diferente, en el que destaca una gorra negra y una chaqueta con la leyenda de *Police* en el pecho y las mangas.

Erin levanta una ceja y cruza los brazos.

—¿Qué? ¿Es una broma? Quiero a mi compañero.

Lizarraga suspira.

—No vas a estar sola. Tienes a Murillo y Anderson.

Erin vuelve a levantar una ceja con cara de disgusto.

—Vázquez se queda en Genar. Tenemos otros casos que atender. Pero si necesitas apoyo extra, estamos a una llamada de distancia. La brigada no puede detenerse por completo. Moisés y yo estaremos cubriendo en la comisaría de Genar. Pero seguimos en contacto constante. Esto no es un traslado, Erin, solo un despliegue puntual.

—Esto es lo que quería decirte antes —interviene Vázquez con una sonrisa resignada.

Erin lo fulmina con la mirada antes de soltar un suspiro.

—Genial.

Al salir de la sala, se frota las sienes con frustración. Demasiados recuerdos, demasiadas coincidencias.

Vázquez la alcanza y le pone una mano en el hombro.

—¿Estás bien?

Moisés hace tiempo que la conoce y sabe lo que le pasó a su amiga hace años.

Erin lo mira y asiente con la mandíbula tensa.

—Estoy bien.

Pero sabe que no es cierto. Algo en su interior le dice que este caso no será como los demás.

Neil se acerca a ella intentando ser lo más cordial posible.

—Hola, ¿qué tal?, me llamo Neil —le dice tendiendo su mano.

Erin lo mira con incredulidad.

—Ya sé cómo te llamas.

—Claro —responde él, cortado—. ¿Qué quieres que haga?

—Pues podrías sentarte en esa silla y ordenar todos aquellos papeles —le responde, pasando de él.

Erin se dirige hacia la máquina de café.

—¿Siempre es así de borde con todo el mundo? —le susurra Neil a la inspectora Murillo.

—No, suele ser peor, estás de suerte —le responde con una sonrisa Moisés.

—Te he oído… —dice ella desde la máquina de café.

—Por lo que sé, no le gusta mucho la gente —le comenta la inspectora Murillo.

—¡Quizás no me gustas tú! —grita Erin de lejos.

Vázquez se ríe de la situación mientras observa cómo arruga el rostro Murillo.

—¡Qué lástima que no pueda quedarme! Esto va a ser divertido… —suelta, Moisés.

—¡Te odio! —se queja Erin.

—¡Ah! —Él hace un gesto con el brazo como si le hubieran clavado una estaca en el corazón.

Antes de irse, Moisés se acerca al joven escocés y le susurra:

—Mira, chico… Erin no es solo una buena amiga, sino una excelente profesional. Pero sobre todo es una buena persona. No es tan borde como parece, es su manera de protegerse. Verás, este asunto le recuerda a su amiga. Murió en las mismas circunstancias que la víctima de este caso, hace quince años. Dale tiempo…

Neil hace un gesto con la cabeza, agradeciéndole la explicación.

—¿Algún consejo?

—Le encantan las películas de Marvel y el rock.

—Gracias —responde sonriendo.

18

Martes, 14 de enero de 2025

Erin llega temprano a la comisaría. Quiere empezar cuanto antes con la investigación. Se ha pasado la noche revisando sus antiguas notas sobre el informe de Caterina, aunque ya no queda mucho de aquello. Solo recuerdos borrosos y una rabia contenida que nunca ha desaparecido del todo. Ahora tiene una nueva víctima y demasiadas coincidencias.

Entra en la sala de reuniones con paso firme. La inspectora Murillo ya está allí, hojeando un informe.

—Subinspectora, necesito que me pongas al día con todo lo que sabemos sobre Ariadna Vera.

Murillo alza la vista y asiente. Al momento llega Neil. Parece querer ganar puntos ante Erin y ha venido media hora antes de lo que tocaría.

—Hasta donde sabemos, Ariadna salió de su casa el domingo doce de enero, sobre las ocho de la noche. Fue vista por última vez en una cafetería del paseo marítimo, sola. Según la camarera, no parecía alterada, ni preocupada. Se quedó allí unos cuarenta

minutos hablando por teléfono y mirando sus redes sociales. Luego, se fue. No sabemos dónde.

—¿Cuarenta minutos? ¿Con quién habló?

—No tenemos aún los registros de las llamadas. Su móvil no se ha encontrado todavía, pero estamos rastreando su ubicación.

—Necesito que investigues a cada persona que estuvo en esa cafetería y con quién habló. También quiero esos registros y el informe de cámaras de seguridad cercanas.

Murillo lo apunta todo sin discutir. Erin sabe que es eficiente en su trabajo.

—¿Algo más que hayan encontrado?

—Nada relevante, salvo su ropa mojada y su bolso vacío. Los de la científica están mirando si hay un rastro de ADN.

Erin se cruza de brazos, pensativa.

—Bien. Avísame en cuanto tengas más información.

Justo cuando se dispone a salir, Neil, quien ha permanecido en silencio hasta ahora, da un paso adelante.

—¿Hay algo en lo que pueda ayudar?

Erin lo fulmina con la mirada.

—Sí. Intenta no molestar.

Neil agacha la cabeza, abochornado, pero en ese momento la puerta se abre y el comisario Lizarraga entra con expresión severa.

—Butler, ¿tienes algún problema con tu nuevo compañero?

—¿Comisario? Pensaba que estabas ya en la ciudad. ¿Estabas escuchando detrás de la puerta? —pregunta sonriendo.

—He venido a dejar unos papeles. Y justo iba a entrar cuando te he oído hablarle muy mal a tu compañero. No me has respondido a

la pregunta.

—Es que no necesito a Neil. Puede ayudar a hacer informes, por ejemplo.

—Te guste o no, Neil está aquí para aprender. Así que quiero que lo dejes participar en todo y que lo trates bien. ¿Entendido?

A Murillo se le escapa una pequeña sonrisa. Erin cierra los ojos un instante, antes de responder con un seco:

—Entendido.

—Una cosa más…

—Sí.

—Deberíais ir a la morgue. El forense, Ray López, es un crack y nos ha hecho ya el trabajo. Id a verlo. A ver si tenemos suerte y encontramos alguna pista que nos lleve al asesino.

* * *

Unos minutos después, Erin y Neil se dirigen hacia el depósito de cadáveres. El ambiente es frío y estéril, con ese olor característico a desinfectante flotando en el aire.

—¿Conoces al forense? —pregunta Neil en voz baja.

—Sí. ¿Cómo lo sabes?

—Has puesto cara de sorpresa cuando Lizarraga ha dicho su nombre.

Erin se sonroja ligeramente, pensando en los encuentros que tuvo con Ray en el cementerio, cuando era adolescente.

—Lo conocí hace quince años. Tampoco es que seamos amigos. Es un chico meticuloso y le encanta su faena. Seguro que hará un buen trabajo.

Neil asiente y no le pregunta nada más. Empieza a entender que no le gusta demasiado que la agobien.

—¿Así que estudias mis caras? —le pregunta Erin intentando hacer una broma.

—Eso hacen los inspectores…

—Casi inspector —matiza ella.

Él agacha la cabeza, de nuevo, mortificado. Pero intenta no darle mucha importancia a su comentario.

Ray los espera junto a la mesa de autopsias. Erin apenas puede evitar mostrar emoción al verlo. Sigue tan atractivo como siempre, aunque hay algo diferente en él. La tez es más dura y hay algo más de madurez en él. Aunque parece igual de serio.

—Ray —espeta ella sonriendo.

—Erin… ¿Quién iba a decirnos hace quince años que nos íbamos a encontrar en una situación así?

A ella le hace gracia que aún le cueste tanto sonreír. Se miran un instante, antes de que él desvíe la vista y se ponga los guantes.

Después, Ray se queda esperando que le presente al compañero, pero esta no lo hace, así que él toma la iniciativa:

—¿Y tú eres…?

—Neil Anderson Pozo —responde asintiendo con la cabeza.

—Neil está acabando las prácticas como inspector y lo han puesto conmigo —se queja ella levantando una ceja.

Enseguida, Ray se da cuenta de su disconformidad, pero no le da más importancia y se pone a preparar los informes.

—En cuanto vi las circunstancias del fallecimiento de Ariadna Vera, enseguida pensé en Caterina.

Los dos se miran con complicidad. El corazón de Erin da un pequeño vuelco.

—¿Crees que podría estar relacionado?

Ray la mira directamente a los ojos.

—¿Es que acaso tú no lo crees?

Ella exhala con fuerza.

—Lo sé, hay demasiadas coincidencias. Pero lo de Caterina dicen que fue un suicidio.

—Tú y yo sabemos que no lo fue. La policía entonces no hizo bien su trabajo.

Erin frunce el ceño.

—Lo primero que hice al ser inspectora fue pedir una segunda autopsia, pero me desestimaron la solicitud, porque decían que no había motivos fundados.

Ray deja los papeles a un lado y se apoya en la mesa.

—Quizás ahora sería diferente.

Acto seguido, destapa el cuerpo de Ariadna.

—Ariadna Vera fue encontrada en la Playa de las Sirenas ayer por la mañana, pero falleció el domingo, a las nueve y cuarenta de la noche.

Erin se cruza de brazos. Un recuerdo fugaz le viene a la cabeza. El de la pequeña Ariadna cogiendo la mano a su hermana Julia.

Quién diría que, quince años después, estaría muerta… Y de esta manera.

—La encontró una señora que paseaba por la playa, por la mañana, a eso de las once y veintidós —comenta Erin leyendo sus apuntes.

—Sí… La marea la condujo hasta la orilla. El mar estaba muy movido ese día —responde Ray.

Neil escucha atentamente, aunque Erin lo ignora deliberadamente.

—¿Algún signo de violencia?

Ray niega con la cabeza.

—Nada evidente. No hay golpes, ni heridas. A simple vista parecería un suicidio.

—¿Y la autopsia?

—Muerte por insuficiencia respiratoria sin signos visibles de violencia. Pero al analizar la orina, encontramos rastros de una droga paralizante.

—¿Drogada? —pregunta Erin, sorprendida.

—Sí. Alguien le inyectó una sustancia justo detrás de la nuca —le señala una pequeña marca—. Luego la arrojaron al mar.

—Curare —susurra Neil de repente.

Erin lo mira con incredulidad.

—¿Cómo dices?

Ray arquea una ceja y asiente.

—Efectivamente, la droga se llama curare. Es muy difícil de detectar, por eso hicimos un análisis más detallado.

Erin mira de reojo a Neil. No esperaba que el novato supiera algo que ella no sabía.

—¿Crees que a Caterina le podría haber pasado lo mismo?

—Solo hay una manera de saberlo: volviendo a analizar el cuerpo. En el informe que leí no indicaba que hubiera la señal de un pinchazo, pero a lo mejor también se les pasó por alto, igual que la droga.

—¿Tenemos restos, ADN, huellas?

—No. Quien lo haya hecho es meticuloso. Además, lo hizo en un día de lluvia, cuando la marea estaba más fuerte y había menos gente.

Erin siente un estremecimiento.

—Cuando Caterina murió también llovía mucho —musita.

—Y además, la punta del espigón es muy larga y siempre hay una neblina que hace difícil visualizar o percibir la presencia de alguien, de lejos.

—¿Crees que se trata del mismo criminal? —pregunta Neil.

Ray lo mira con su característica seriedad.

—No lo sé, para ello tendría que analizar el cuerpo de Caterina. Pero me jugaría lo que fuera que está relacionado.

Erin exhala con fuerza dándole la razón.

—Ray, gracias por toda la información. Sé que has estado la noche trabajando… ¡Muchas gracias!

Ray le muestra una sonrisa que a Erin le sorprende e incluso le cuesta interpretar.

—Erin…

—¿Sí?

—No, que digo yo que… Que ha pasado tiempo y… Bueno… Que… Quizás…

A Ray no le salen las palabras. Neil se da cuenta de ello y decide esperar en el coche.

—Ray —dice ella decidida—, ¿estás tratando de quedar conmigo?

—Eh… Sí.

—Vale. Pues ve al grano. Pero oye, ¿podemos quedar en algún sitio que no sea un cementerio?

Ray se ríe, casi incómodo de oír su propia risa, hasta que se reincorpora de nuevo serio. Erin no puede creer que se haya reído.

—Genial, pues. Nos llamamos.

Erin sale de la sala, sin saber muy bien qué acaba de pasar. Neil está en el coche, al volante. Cuando la ve, hace el amago de dejarle el sitio.

—No, no, tranquilo. No me gusta mucho conducir.

—¿Hacia dónde vamos? —pregunta el joven, arrancando el coche y poniendo de fondo música rock.

Erin le sonríe.

—Iremos a comisaría a ver si Murillo ha averiguado algo más. Ah, baja el volumen. Me encanta AC/DC, pero no lo podemos escuchar mientras trabajamos, y menos a ese volumen.

Neil asiente, obediente.

—Y dime, ¿qué te trae por aquí? —le pregunta ella.

—Pues mi madre es española y…

—Ah, pues te enseñó muy bien español —le interrumpe—. Lo hablas bastante bien.

—¡Gracias! —continúa Neil—. Y me hacía mucha ilusión acabar mi formación aquí, porque de pequeño pasé muchos veranos en España.

—Pues mira que hay pueblos donde ir —responde ella secamente.

—Ya sé que no te caigo bien, pero de verdad que quiero ayudar y creo que puedo aprender mucho de ti.

Erin lo escudriña con la mirada.

—¿De qué parte de Escocia dices que eres?

—De Inverness. Pero yo vivo en la capital, Edimburgo.

—Genial. Entonces tienes posibilidades…

Neil la mira de soslayo, sin apartar la vista del volante.

—¿No te gusta Escocia?

—No me gustaba mi padre. Era escocés.

—¿De qué parte?

—Del sudoeste de Escocia, Ayr, supongo que lo conoces. Está a una hora de Glasgow… Yo nunca he ido, pero he visto fotos: ciudad costera con una extensa playa, carreras de caballos, vacas con un espeso pelaje rojizo…

—Lo conozco. Allí está el Museo de la Casa Natal de Robert Burns, el poeta… De pequeño fui un par de veces con el colegio.

—Ajá… —contesta Erin mirando a través de la ventana, como si hubiera dejado de escuchar.

Neil exhala algo abatido.

—Por suerte no te pareces a mi padre ni en el blanco de los ojos.

El semblante de Neil cambia de repente, ya más aliviado. Erin sigue mirando por la ventana, pensando quién se esconde tras el asesinato de Ariadna Vera.

19

Una semana después (miércoles, 22 de enero de 2025)

Erin acaba de salir de la ducha. El vaho aún empaña el espejo del baño y el olor a gel de coco flota en el aire. En la habitación del hotel reina el caos: apuntes esparcidos sobre la mesa, ropa colgada en el respaldo de una silla, una taza de café frío a medio terminar. Vivir en un hotel no es lo ideal. Se siente como una huésped de su propia vida, atrapada en una pausa que se ha alargado demasiado.

Esa noche, con el pelo aún húmedo y un nudo en el estómago, Erin llama a su hermano Leo.

—Necesito el artículo que escribiste sobre Caterina —le dice sin rodeos, sin preámbulos.

Leo guarda silencio unos segundos al otro lado de la línea. Luego suspira con cansancio.

—Erin… ¿Para qué quieres remover eso? Han pasado quince años. Ya te dije que en España nadie quiso publicarlo. Tal vez me equivoqué en algunas cosas…

—No. Estabas en lo cierto. Por favor, mándamelo.

La pausa que sigue se le hace eterna. Finalmente, Leo accede.

—Ahora te lo envío por correo.

En cuanto recibe el archivo, Erin lo abre de inmediato. Sus ojos vuelan por el texto, línea tras línea. El artículo criticaba duramente a la policía por no haber investigado a fondo. Se mencionaba a un sospechoso bajo seudónimo, pero Erin tiene claro que se trataba de Sergio. Según el texto, él tenía permiso para salir del centro de menores, justo cuando Caterina murió, y aun así, nadie comprobó su coartada. Tampoco se revisaron las cámaras de seguridad cercanas, ni se realizaron pruebas toxicológicas completas durante la autopsia.

La furia le sube por el pecho como una oleada. Baja el portátil de golpe y sale de su habitación. Llama a la puerta de Leo, que se encuentra en el mismo hotel.

—¿Por qué no me lo diste antes? —le suelta, nada más abrir—. Cuando estudiaba Criminología, esta información me habría servido muchísimo.

Leo la observa, agotado.

—Pensé que hacerte revivir todo eso no te ayudaría. Quería protegerte. No estabas lista entonces.

Erin no responde de inmediato. Su respiración aún es rápida, pero poco a poco baja la guardia.

—Tal vez… Tal vez ahora sí lo estoy.

Se abrazan brevemente. Leo se despide, ya que al día siguiente regresa a Portland, pero ambos prometen mantenerse en contacto. A Erin le queda claro: las heridas del pasado no se han cerrado, pero al fin ha dejado de temer mirarlas de frente.

De vuelta en su habitación, se prepara una infusión de tila e intenta relajarse. Se tumba en la cama, pero no logra conciliar el sueño. La mente le da vueltas, una y otra vez, al mismo punto: todo lo que la policía pasó por alto… o decidió ignorar.

Finalmente, vencida por la necesidad de actuar, coge el teléfono y marca el número del comisario. Su voz suena serena, pero con decisión.

—Comisario, soy Erin Butler. Tengo razones para creer que el caso de Ariadna Vera está relacionado con el de Caterina Munell. Quiero solicitar una segunda autopsia.

Evita mencionar su vínculo personal. Sabe que eso solo empañaría su credibilidad.

Hay un silencio al otro lado. Luego, una voz cansada, grave, responde:

—Butler, hablaremos mañana. Es la una de la madrugada. Es tarde.

Erin cierra los ojos un segundo. Aprieta los dientes.

—Claro. Perdón por las horas.

Cuelga despacio, con el corazón aún acelerado. Pero ya no hay vuelta atrás. Ha empezado algo. Y no va a parar.

* * *

Jueves 23 de enero de 2025

A primera hora de la mañana, Erin entra en el despacho de Lizarraga, sin esperar a ser anunciada.

—Necesito que me autorices exhumar el cuerpo de Caterina Munell. —Lizarraga la mira con un gesto severo—. Creo que hay una conexión entre los casos de Caterina Munell y Ariadna Vera —afirma ella con convicción.

Lizarraga la mira con cansancio.

—No puedes basarte en corazonadas. Han pasado quince años. Lo de Caterina Munell fue un suicidio. He estado leyendo el informe.

Erin se inclina sobre la mesa del escritorio.

—No lo fue —insiste—. Déjame volver a analizar su cuerpo. No solo es una corazonada. Piénsalo bien: la misma edad, el mismo lugar, las mismas circunstancias. A Caterina Munell no le hicieron una autopsia completa. Si analizamos su cuerpo ahora, quizás encontremos coincidencias con Ariadna Vera. Podríamos estar persiguiendo al mismo asesino.

Lizarraga tamborilea con los dedos en la mesa. La mirada de Erin está llena de fuego.

—Han pasado demasiados años.

—¡Por favor!

Se hace un largo silencio en el despacho. Lizarraga suspira pesadamente y al final dice:

—Hablaré con quien haga falta, pero no te prometo nada.

Erin asiente, conteniendo la emoción. Es un primer paso.

Más tarde, revisa el informe de llamadas de Ariadna, en la comisaría. La inspectora Murillo se acerca.

—Descubrimos que Ariadna habló con un número poco antes de morir. Pertenece a un hombre llamado Rafa Silva Puentes. Tengo aquí su dirección.

El nombre le provoca un espasmo de terror a Erin. Un recuerdo borroso regresa a su mente: el día en que encontró a Rafa en la Playa de las Sirenas, cubierto de barro y alterado, justo antes de ser encontrado el cuerpo de Caterina.

—Buen trabajo Murillo. Voy a hablar con él —decide sin dudarlo.

Neil, que estaba apoyado en la pared revisando su teléfono, levanta la vista al escuchar eso. Se queda en la puerta esperando recibir órdenes.

—Anderson.

—Sí —responde, asustado, como si hubiera hecho algo malo.

—¿Vienes o tengo que ordenártelo?

—Claro, voy.

Neil obedece sin rechistar, siguiéndola apresurado por el pasillo. Aún le cuesta entender un poco su humor.

—Anderson.

—¿Qué?

—El abrigo. Hace frío.

Neil resopla y lo coge del perchero mientras Murillo intenta contener una sonrisa.

En el coche, Neil la observa de reojo, antes de atreverse a preguntar:

—¿Quién es exactamente Rafa Silva?

Erin mantiene la vista en la carretera.

—Fue mi profesor. Y también el tutor de… Caterina y de Ariadna.

Neil arquea una ceja.

—¿Y crees que…?

—No lo sé —interrumpe ella con firmeza—. Pero si le mencionas a Lizarraga que conozco a Caterina y al profesor, te arrepentirás.

Neil asiente, entendiendo la advertencia.

Al llegar a casa de Rafa Silva, Erin toca a la puerta con fuerza. Al cabo de unos segundos, se abre y un hombre cuarentón aparece en el umbral. Su rostro se tensa al verla.

—¿Erin? —pregunta con una expresión de sorpresa—. ¡Cuántos años sin verte!

Rafa ha envejecido, aunque se conserva bien. Viste un jersey de lana con un patrón anticuado y lleva el mismo peinado de hace quince años.

Cuando hace el amago de extender la mano para saludarla, Erin no responde al gesto.

—Inspectora Erin Butler y mi compañero Neil Anderson.

Rafa da un paso atrás mientras parpadea. Su expresión ha cambiado.

—Ah. ¿Ha pasado algo?

—¿Podemos pasar?

—Claro.

Los hace pasar al comedor de la casa. El salón es modesto, pero está ordenado. Un sofá de cuero negro desgastado predomina en un rincón, acompañado de una mesa de café con varios libros apilados. Un televisor grande domina la estancia.

Una vez sentados, Erin dispara la pregunta, sin rodeos:

—¿Dónde estuviste la noche del domingo doce de enero?

Rafa se pone nervioso y su voz le tiembla ligeramente.

—Pues déjame pensar… Ah, sí… En casa de mi padre, cenando.

—¿Qué cenaste?

—Pues lo mismo que cenamos cada vez que lo visito: sopa y pescado.

Erin mira a Neil.

—Apunta.

Este se apresura a sacar su libreta y apuntarlo todo con precisión.

—¿Y a quién llamaste esa tarde?

Rafa se rasca la nuca, visiblemente incómodo.

—Hablo con bastante gente, la verdad. A ver… con Lara Guzmán, creo. También con Tania Soler… Es la secretaria… Somos amigos…

—Sí, sé quién es.

—Claro.

Rafa se muestra inquieto.

—¿Y no te viene ningún nombre más? —pregunta Erin con impaciencia.

Rafa desvía la mirada.

—¿Por qué lo preguntas?

—Tu número aparece en el registro de llamadas de Ariadna Vera.

—¿Ariadna? Pues… no sé… Quizás estuvimos hablando… Pero nada, quería saber si había aprobado el examen. Le dije que no podía llamarme, que cómo había conseguido mi teléfono.

—¿Durante cuarenta minutos?

Su expresión cambia.

—Sé que esa pobre chica está muerta y ojalá se sepa lo que le pasó, pero yo no tengo nada que ver.

Neil se levanta discretamente.

—¿Puedo usar el baño?

Rafa asiente, sin quitar la vista de Erin.

—Entonces, dime, ¿de qué hablasteis exactamente?

Rafa duda un instante antes de responder:

—Pues de nada en particular… Ella estaba preocupada por sus notas. Yo le dije que no se preocupara y luego me explicó problemas de casa, con algunos amigos… Lo normal en adolescentes. Yo traté de animarla.

Erin lo escudriña con la mirada unos segundos.

—Muy bien. Volveremos a vernos.

Se pone de pie, dando por finalizada la conversación.

—¿Por qué no me crees? —pregunta él, serio—. Tengo coartada. ¿Qué motivo tendría yo para matar a Ariadna?

Erin no le contesta, solo llama a su compañero:

—¡Vamos, Anderson!

Neil regresa del baño. Cuando salen a la calle, se ajusta el abrigo.

—Ese tipo estaba nervioso.

—Sí, nos oculta algo —responde ella—, aunque todavía no sé qué es.

—Por cierto, antes no fui al baño, sino que estuve curioseando un poco para ver qué había en el piso de arriba.

Erin lo mira sorprendida.

—¿Qué viste?

Neil vacila antes de responder.

—Me fijé que en su estudio había una caja con documentos. Viejas notas de alumnos, expedientes y fotos de ellos. Pero lo que más me llamó la atención es que había un sobre con recortes de prensa sobre Caterina Munell.

Erin siente un escalofrío.

—¿En serio?

Neil asiente.

—Buen trabajo, Neil.

Él se sonroja. Es la primera vez que lo llama por su nombre de pila.

—Vamos a verificar su coartada.

* * *

Horas después, el padre de Rafa confirma su historia. Efectivamente, cenaron juntos y vieron una película con la madrastra de Rafa. Su coartada parece sólida.

Pero ella no está convencida. Algo en los ojos de Rafa le dice que esconde más de lo que parece. Puede que él no la matara, pero de alguna manera está involucrado o sabe algo que tendrán que descubrir.

El corazón de Erin se acelera. Si su coartada es cierta, entonces el asesino es otro, y sigue suelto.

20

Nueve días después (sábado, 1 de febrero de 2025)

Erin remueve el café, con desgana. Lleva más azúcar del habitual, pero aun así, no consigue quitarle el sabor amargo. Ha pasado otra noche en vela. En lugar de descansar, se ha pasado horas sentada en la cama del hotel, con la espalda apoyada en la pared y la mente girando sin cesar. Ha llenado servilletas de papel con esquemas improvisados, flechas que conectan nombres, fechas, lugares. Como un rompecabezas sin bordes.

Ahora, mientras se recoge el pelo en una coleta baja frente al espejo del ascensor, repasa mentalmente cada sospechoso, cada hueco en la investigación. Un par de gotas de agua le caen del flequillo a la camisa. Ni siquiera se ha secado bien el pelo. Tiene prisa. Tiene hambre. Tiene rabia.

Cuando llega a la comisaría, sus tacones resuenan sobre el suelo pulido del pasillo. Todavía lleva las gafas de sol puestas, más por cansancio que por estilo. Saluda a Neil y a Murillo con un leve gesto de cabeza. Apenas ha probado el café que lleva en un vaso de cartón, cuando suena el teléfono.

—Butler —dice el comisario—. Tienes luz verde para la exhumación de Caterina Munell.

Erin siente una presión en la garganta. Lo ha conseguido. Intenta contener su satisfacción.

—¡Gracias, comisario!

—No me des las gracias todavía. Esto va a remover muchas cosas, especialmente para la familia.

Ella lo reconoce con un gesto. Sabe que esto va a trasladar a la familia en aquel fatídico día, pero también a ella. Y por eso su siguiente parada va a ser muy difícil.

—Neil.

—Dime.

Erin le indica con un gesto de la mano que se acerque a ella.

—Voy a ir a ver a la madre de Caterina… y esta vez me gustaría ir sola —le susurra para que no se entere Murillo.

—Claro —le contesta Neil asintiendo con la cabeza—. Lo entiendo.

—Bien. ¡Gracias! Ayuda a Murillo. Luego te informo de todo.

Neil vuelve a asentir, agradecido.

* * *

Han pasado quince años desde la última vez que Erin vio a Emma Walton. El jardín de esta está descuidado y la pintura de la casa,

desconchada.

Ahora, la mujer que le abre la puerta parece una sombra de lo que fue. Tiene ojeras profundas, piel cetrina y una mirada que ya no brilla.

—Erin —musita la madre de Caterina, con una mezcla de sorpresa y nostalgia.

—Emma…

Las dos vacilan un segundo, antes de fundirse en un abrazo.

—¿Qué te trae por aquí?

—¿Puedo pasar? —le pregunta Erin, antes de decirle el motivo de su presencia.

—Por supuesto.

La casa está casi intacta. Como si el tiempo se hubiera detenido en el momento en que Caterina murió.

—Verás, Emma, ahora soy inspectora.

—Ah, sí… Lo sé. Tu madre me contó hace tiempo que estabas estudiando criminología. Pensé que querías hacer bellas artes…

—Después de la muerte de…

Erin no puede pronunciar el nombre delante de ella, como si fuera tabú.

—Tranquila, puedes decir su nombre. A mí me costó pronunciarlo durante años, pero es así como se llama… y hay que recordarla. A Caterina y a su padre Luis.

Erin continua:

—Cuando Caterina nos dejó, decidí que tenía que saber la verdad… y eso fue lo que me llevó a estar donde estoy ahora.

—Ya veo.

Emma la mira con orgullo.

—Eres muy valiente y te has convertido en toda una inspectora. Además, estás muy guapa.

Erin se sonroja.

—¿Y qué te trae por aquí, después de tanto tiempo?

—Pues eso es lo que más difícil me resulta explicarte.

Emma se acomoda en el sofá, algo inquieta, mientras se pone una mano sobre el corazón.

—No me digas que has descubierto algo más sobre lo que le pasó a Caterina…

—No, ojalá. Pero tú y yo sabemos que no fue un suicidio.

La mujer asiente con la cabeza mientras relaja un poco los hombros.

—Verás… El caso de la chica que encontraron el otro día, el de Julia…

—Sí, es terrible… —dice poniéndose la mano en la boca.

—Creemos que puede estar relacionado con el caso de Caterina y… para eso vamos a exhumar su cuerpo. Quería que te enteraras por mí y no por la prensa.

Emma suspira con fuerza y baja la mirada sin decir nada.

—Entiendo que esto te pueda crear angustia y… abrir una vieja herida, pero sabemos que no le hicieron una buena autopsia, y de esta manera quizás podamos obtener más información.

Emma levanta por fin la mirada.

—Lo entiendo, Erin —contesta, con unos ojos llenos de tristeza—. Y si están relacionados, debéis encontrar a su asesino ya.

—¿Puedo ir a su habitación?

Emma asiente de nuevo.

Erin siente una presión en el pecho, al caminar por el pasillo hasta la habitación de su amiga.

Cuando Emma abre la puerta, Erin contiene el aliento. La habitación está igual. La colcha violeta, los libros en la estantería, el escritorio con un par de bolígrafos olvidados. Todo está igual, excepto el vacío que causa su ausencia.

—Nunca he podido tocar nada —susurra Emma—. Es lo único que me queda de ella.

Erin recorre la habitación con la mirada. Entonces recuerda. La ventana la encontraron abierta aquella noche. La caja de música rota sobre el escritorio. Y lo más importante: el collar del cisne azul que ella misma le había regalado había desaparecido.

Se acerca a la caja de música, aún rota en un rincón del escritorio. Algo en su interior llama su atención. Un trozo de papel en el espejo de la caja. Lo coge con cuidado. Es una fotografía rota.

—¿Qué es esto?

Al sacarla completamente, su corazón se acelera. No es una foto cualquiera. Es el fragmento pequeño de una ecografía.

Se gira hacia Emma, pero la mujer niega con la cabeza.

—Nunca vi eso antes… No son mías. Las fotos que me dieron a mí en cada ecografía de Caterina no son tan sofisticadas.

—¿Entonces, de quién es?

Las dos se miran a la vez intuyendo la respuesta.

—No, no puede ser… —dice Erin negando con la cabeza—. Cat me lo contaba todo… Y era virgen. Ni siquiera había besado a un chico antes que Gael…

—¿Entonces de quién es? Y lo más importante aún: ¿por qué falta más de la mitad?

Erin traga saliva.

—Caterina quería contarme algo cuando me llamó aquella tarde por teléfono y habíamos quedado… Pero nunca se presentó.

—Todo esto es muy raro… —contesta la madre suspirando.

Erin se fija en el ordenador del escritorio.

—¿Todavía funciona?

—Sí. A veces escribo aquí.

—Vamos a ver… Necesitaría entrar en el e-mail de Caterina. ¿Sabes su contraseña?

—Pues no —dice agachando la cabeza con preocupación.

—No pasa nada. Seguramente vendrán a registrar la habitación y se llevarán el ordenador, la caja musical, la ecografía y otras cosas para analizar. ¿De acuerdo?

La madre hace un gesto afirmativo.

* * *

Esa noche el viento frío y turbulento de la tramontana azota el cementerio cuando Erin llega al lugar. Se ajusta bien la gabardina negra. Sabe que no encontrará respuestas allí, pero algo la ha impulsado a venir. Camina hasta la tumba de Caterina, justo al lado del sauce llorón. Acaricia la áspera corteza del árbol y cierra los ojos.

Casi puede sentir una conexión especial con el árbol. Ojalá él tuviera las respuestas que está buscando. Pero cueste lo que cueste, averiguará la verdad.

En ese momento se acerca alguien.

—Creía que quedaríamos en alguna cafetería.

—Después de pensarlo, me dije que estaría bien quedar donde nos conocimos… —responde Erin en voz baja.

Ray se acerca despacio, con las manos en los bolsillos.

—Hoy he ido a hablar con Emma, la madre de Caterina.

—¿Y cómo ha reaccionado?

Erin suspira.

—Está rota, pero lo entiende. Sabe que si hay una posibilidad de que encontremos al asesino, tenemos que intentarlo.

—¿Y tú? —pregunta Ray con suavidad.

Ella desvía la mirada, observando la lápida.

—No lo sé… —admite—. Ha sido como volver a ese día. La casa, su habitación, todo está igual. Y, sin embargo, nada lo está.

Ray asiente.

—Debe haber sido duro.

Erin se cruza de brazos, sintiendo el frío colarse en su piel.

—He encontrado algo en su habitación. Una ecografía. Pero no creo que sea suya.

Ray frunce el ceño.

—¿Entonces de quién?

—Esa es la pregunta. Pero sé que no era de su madre, ni de Caterina. Lo más extraño es que estaba escondida dentro de su caja de música, que está rota.

Ray la observa con intensidad.

—Quizás ella escondía más cosas de la que pensabas.

Erin traga saliva.

—Quizás. Y quizás por eso la mataron.

El silencio se extiende entre ellos, roto solo por el susurro del viento entre las ramas.

—Supongo que te encargarás de la exhumación de Cat —dice Erin, cambiando de tema—. Confío en ti.

—Sí, me voy a encargar yo… Yo también confío en ti.

Ray la observa en la penumbra, con la tenue luz de la luna reflejándose en sus ojos.

—Sabes que estoy aquí, ¿verdad?

Ella levanta la vista y se queda atrapada en su mirada.

—Lo sé.

Ray esboza una leve sonrisa, dando un paso más hacia ella. Erin siente su calor, a pesar del frío nocturno. Hay algo en la forma en que la mira, que la hace tambalearse.

—Erin… —musita él.

Ella se humedece los labios. No está segura de lo que quiere, o quizás sí, pero le aterra. Ray fue un ancla en el pasado, pero ella nunca ha sabido cómo permanecer en un solo lugar. Le aterran las relaciones. Le aterra sentir.

Él se inclina ligeramente, dándole espacio para que sea ella quien decida. Erin cierra los ojos por un instante, dejando que el viento la envuelva, que el momento se quede suspendido.

Y entonces, en un impulso, se acerca y sus labios se rozan. Es un beso breve, pero intenso. Un beso que deja más preguntas que

respuestas.

Cuando se separan, Ray la mira con una mezcla de ternura y cautela.

—No debes tener miedo —susurra.

Erin respira hondo y da un paso atrás.

—Eso es lo que más miedo me da.

Ray no insiste. Solo asiente, respetando sus barreras.

—Vamos. Hace frío y mañana será un día largo.

Erin lanza una última mirada a la tumba de Caterina, antes de seguirlo.

Esta vez, sin embargo, la sensación de vacío no es tan insoportable. Porque ahora tiene algo más que dudas y fantasmas del pasado. Ahora tiene una verdad que descubrir. Y a alguien que, aunque no se atreva a admitirlo, no está dispuesta a perder.

21

Seis días después (viernes, 7 de febrero de 2025)

El aire frío de la mañana es cortante en su piel mientras corre por el paseo marítimo. A pesar del gélido viento en sus mejillas y el olor constante a sal y humedad, Erin no se detiene. Sus bambas golpean el asfalto a un ritmo constante, al compás de su respiración agitada. Le duelen las piernas, pero sigue adelante. Correr la ayuda a pensar. A calmar el desorden en su cabeza.

El mar, bravo, ruge a su izquierda, las olas rompen contra la orilla con fuerza. El pueblo de Rabadás aún duerme a esas horas, apenas hay algún madrugador paseando a su perro o algún fotógrafo buscando el amanecer perfecto.

Cuando sus músculos empiezan a protestar, Erin reduce la velocidad hasta continuar caminando, con las manos apoyadas en la cintura y la respiración entrecortada. Al levantar la vista, sus ojos captan una silueta familiar frente a la panadería de la esquina. Es su madre. Erin se queda quieta un instante. No esperaba verla tan temprano. En realidad, ni siquiera esperaba verla. Podría disimular y seguir su camino, pero toma aire y cruza la calle, acercándose a ella

con cautela. Su madre revisa la bolsa de papel donde guarda el pan recién horneado, con el ceño fruncido, como si estuviera preocupada por algo. Cuando nota su presencia, alza la vista y la expresión en su rostro pasa de sorpresa a incredulidad.

—Erin… —susurra, como si no terminara de creer lo que ve—. ¿Qué haces aquí?

—Pues estaba corriendo y ahora me voy al trabajo. Me he acercado para ver cómo estabas —responde ella con simpleza.

La mujer la recorre con la mirada, deteniéndose en su ropa deportiva y en su rostro enrojecido por el esfuerzo.

—¿Desde cuándo corres?

—Desde hace tiempo —dice Erin, encogiéndose de hombros—. Me ayuda a pensar.

Un silencio incómodo se instala entre ellas. Su madre cierra la bolsa del pan con movimientos pausados, sin apartar la vista de ella.

—¿Dónde te hospedas?

—En un hotel.

Su madre aprieta los labios, de malhumor.

—Podrías haber avisado.

—Es mejor así —responde Erin, con un leve encogimiento de hombros, como si aquello no tuviera importancia, aunque ambas saben que sí la tiene.

Su madre suspira y niega con la cabeza.

—Sigues igual de rancia que siempre —masculla y se gira, dispuesta a marcharse.

Erin siente un nudo en el estómago, pero no dice nada. La ve alejarse calle abajo, con la bolsa de pan apretada contra el pecho.

—Solo he venido a saludarte, pero ya veo que ha sido mala idea.

Cuando desaparece de su vista, Erin suelta el aire contenido y sigue su camino.

Aún no son ni las siete y ya tiene demasiadas cosas en la cabeza.

* * *

El sonido del teclado resuena en la sala de informática de la comisaría. Neil está inclinado sobre la pantalla, revisando los archivos extraídos del ordenador de Caterina. Erin, con los brazos cruzados, observa en silencio. Apenas ha dormido, pero su mente sigue trabajando sin descanso.

—¿Hay algo? —pregunta finalmente Erin, impaciente.

Neil frunce el ceño mientras hace clic en una carpeta oculta.

—Aquí hay algo raro… Algunos correos fueron eliminados, pero he podido recuperar parte del contenido.

Se gira hacia Erin con expresión tensa.

—Es un correo anónimo: *abcdefg@gmail.com,* del catorce de octubre de dos mil diez. ¿Quieres que lo lea?

A Erin le viene un sudor frío.

—No, Neil, lo hago yo. Tú ya has hecho bastante.

Neil asiente, dándole espacio. Erin traga saliva antes de abrir el mensaje.

Jueves, 14 de octubre de 2010, 14:10>

Hoy no has venido al instituto. Espero que no sea por lo de ayer.

No creo que estés enferma. Deja de hacer el idiota. Vuelve mañana

a clase y haz vida normal. ¿Es que quieres que la gente empiece a

preguntar?

Cómo no vengas mañana, olvídate de la beca. Y si me entero de que

has hablado con alguien, no vas a aprobar nada.

Después de leer el mail, Erin resopla.

—¿Sabes de quién puede tratarse? Puedo rastrear su IP si no…

A Erin solo le viene un nombre a la cabeza.

—Rafa Silva… —susurra.

Neil la observa con curiosidad, notando la tensión en su mandíbula.

—¿El profesor?

—Sí. Era el tutor de Caterina. A ella no le gustaba nada, pero ¿por qué le escribiría un mensaje así a ella?

Neil se reclina en la silla, pensativo.

—Ese correo es una amenaza encubierta. Si la víctima de un caso de hace quince años lo recibió y ahora alguien más ha muerto… —Neil hace una pausa, mirándola con seriedad—. ¿Podríamos estar persiguiendo al mismo asesino?

Antes de que Erin pueda contestar, la puerta de la sala se abre de golpe. Murillo entra con el ceño fruncido.

—¿Qué estáis haciendo?

—Revisando los correos de Caterina Munell —responde Erin sin levantar la vista de la pantalla.

Murillo entrecierra los ojos.

—¿Pero no deberíais esperar a hacer la autopsia de la chica, antes de gastar recursos? Además, ¿le dejas el trabajo a Anderson?

—¿Algún problema? Tiene un grado en ciberseguridad. No estamos gastando recursos. Puede que Caterina también fuese asesinada por el mismo asesino.

—Aún no lo sabes —dice Murillo cruzándose de brazos—. Creo que deberíamos centrarnos en lo que tenemos de Ariadna y…

—Te recuerdo que soy yo quien dirige el caso.

El ambiente se tensa. Por un instante nadie habla. Finalmente, Murillo respira hondo y se reincorpora de nuevo.

—Claro, perdona —dice, con el semblante serio.

Erin niega con la cabeza restándole importancia.

—Ya que estás aquí —le ordena—, me gustaría que fueras a ver si ya han analizado la foto.

—¿Qué foto?

—En la casa de Caterina había un trozo de ecografía en una caja de música, y creemos que puede estar relacionado con los casos.

—De acuerdo. Voy.

Justo cuando Murillo sale por la puerta, Neil vuelve a llamar la atención de Erin.

—Mira esto. Hay otro correo.

Erin siente cómo un escalofrío le recorre la espalda. Se inclina hacia la pantalla mientras Neil le muestra los correos recuperados. Entre ellos, hay uno de Caterina pidiendo ayuda a Lara y citándola en una cafetería, días antes de su muerte.

Erin aprieta los labios.

—Lara Guzmán… ¿Qué relación tenía con Caterina? Sé que le caía muy bien, pero ¿por qué le pedía ayuda? Y lo más importante: ¿por qué nunca mencionó esa conversación?

Neil se inclina sobre la pantalla, ampliando la imagen de la cadena de correos.

—Aquí dice algo más: «Lara, necesito hablar contigo. Es urgente e importante. Pero solo puedo decírtelo en persona».

Erin siente otro escalofrío. Neil hace un gesto de negación con la cabeza:

—Lo que sea que hallara Caterina la asustó mucho. Lara puede ser la clave de todo.

Antes de que Erin pueda responder, su móvil vibra. Es Murillo.

—Dime que tienes algo —responde ella sin preámbulos.

—Sobre la ecografía… No hay ningún dato, y no hay huellas ni nada con la que podamos identificarla. Le falta un buen trozo. Aún no sabemos de quién es.

—De acuerdo —suspira Erin—. ¿Tienes algo más?

—Sí. Tengo el informe de las cámaras de la zona y he estado investigando quién pasó por allí. Había mucha gente, porque es un paseo, pero me ha llamado la atención un hombre que estuvo sentado bastante tiempo en un banco. Parecía que esperaba a

alguien y luego se fue. Cuando se dio la vuelta, he podido hacer una captura de su rostro. Deberías venir.

—Voy —dice Erin, sintiendo cómo la adrenalina recorre todo su cuerpo.

Sale disparada de la sala, con Neil siguiéndola de cerca.

—A ver… Enséñame la imagen —dice sintiendo el corazón en la boca.

Murillo arquea una ceja por su rapidez, pero sin decir nada, gira la pantalla hacia ella. Erin se pone blanca.

La imagen muestra a un hombre con el rostro ligeramente cubierto por una bufanda, pero sus facciones son inconfundibles.

—Gael Laballos —murmura Erin sin apartar la vista de la imagen.

Neil parpadea.

—¿Lo conoces? —pregunta Murillo.

Antes de que Erin pueda responder, Neil se encoge de hombros y añade:

—Bueno, en este pueblo todo el mundo se conoce.

Pero Erin apenas lo escucha. Su mente está trabajando a toda velocidad.

Gael Laballos. El primer amor de Caterina. Y el chico que le rompió el corazón. El chico que se fue del pueblo sin dejar rastro, tras su muerte.

Y ahora, quince años después… Está de vuelta.

22

Sábado, 8 de febrero de 2025

El tic-tac del reloj en la sala de interrogatorios parece más fuerte de lo normal. Erin observa a través del cristal de la sala mientras Rafa Silva tamborilea con los dedos sobre la mesa. Su rodilla rebota nerviosa. Sabe que lo han citado por algo serio.

Junto a él, su abogado, un hombre de unos cincuenta años, con el pelo canoso y gafas finas, mantiene una expresión impasible. Se ha presentado como Javier Costa. Dicen que es uno de los mejores en derecho penal de la provincia.

Neil, de pie al lado de Erin, se cruza de brazos.

—Tiene un abogado más que decente. Eso significa que no va a soltar palabra sin que se lo pidan.

Erin lo sabe. Se ajusta la americana marrón y entra en la sala con paso firme.

—¡Buenos días, Rafa! —dice, sin perder el contacto visual.

Él resopla, pero antes de que pueda responder, su abogado interviene.

—Mi cliente solo hablará si la conversación es pertinente y si no se le intenta coaccionar.

—Por supuesto, señor Costa —responde Erin, con una sonrisa tensa—. No estamos aquí para coaccionar a nadie, solo queremos aclarar algunos detalles.

Coloca sobre la mesa una impresión del correo recuperado.

—¿Reconoces este mensaje?

Rafa lanza una rápida mirada al papel, pero no dice nada, aunque su rostro sofocado lo delata. Su abogado lo lee detenidamente antes de responder.

—Mi cliente no hará comentarios sobre correos electrónicos, sin una verificación formal de su procedencia.

Erin apoya las manos en la mesa y se inclina ligeramente hacia Rafa.

—Podemos rastrear la IP y confirmar que salió de tu ordenador. ¿De verdad quieres llegar a eso?

El abogado le susurra algo al oído. Rafa aprieta la mandíbula. Su pie ha dejado de moverse bajo la mesa. Erin sabe que está nervioso.

—Escucha, solo quiero entender qué estaba pasando con Caterina en ese momento. ¿Por qué le escribiste esto?

El abogado vuelve a susurrarle algo al oído. Rafa asiente y, finalmente, habla.

—Mira, yo era tutor de Caterina, como bien sabes, y la apreciaba mucho. Y ojalá no se hubiera suicidado. Es verdad que escribí ese correo porque sé que tenía problemas y …

—Ya veremos si fue un suicidio —interrumpe Erin—. ¿Problemas con quién?

—No sé con quién o quiénes, pero en aquel momento recuerdo que no entregaba los trabajos a tiempo, ni aprobaba los exámenes. Estaba metida en algún asunto que no sabemos, siempre hablando con personas que no le convenía, distraída con otras cosas y me preocupaba. Por eso le escribí esa advertencia, para hacerla reaccionar. Nada más.

—¿Advertencia? Más bien amenaza.

Rafa aparta la mirada. Erin sabe que oculta algo.

—Y si este correo no fue nada, ¿por qué no diste esta información hace quince años a la policía? ¿Por qué no le comunicaste a su madre que Caterina tenía esos problemas que tú crees?

El abogado golpea suavemente la mesa con la mano.

—Inspectora, mi cliente no responderá preguntas que puedan incriminarlo, sin pruebas contundentes en su contra.

Erin suspira y se recuesta en la silla, mirándolo fijamente.

—Bien, Rafa. Si no quieres hablar aquí, hablaremos cuando tengamos más información. Pero quiero que sepas algo: estamos cada vez más cerca de la verdad.

Se levanta y camina hacia la puerta. Antes de salir, se detiene y le dedica una última mirada.

—Te llamaremos pronto.

Al cerrar la puerta tras ella, Neil la sigue con las manos en los bolsillos.

—No ha dicho mucho.

—Ha dicho suficiente para saber que nos oculta algo.

Neil asiente, pero su rostro se ensombrece.

—¿Y si lo que Caterina sabía sobre él es peor de lo que imaginamos?

Erin no responde. Se frota las sienes. Sabe que esto solo es el comienzo.

* * *

El sol del mediodía le sienta bien. Erin cierra los ojos un momento y se deja fundir por cada rayo. Salir de la comisaría de vez en cuando y tomar aire le despeja la cabeza. Ha quedado con Neil para comer en una pequeña cafetería que ofrece también comida rápida y está abierta hasta tarde. Es un refugio silencioso donde a veces van a discutir el caso sin la presión de las paredes grises de la oficina. Murillo nunca se une a ellos, prefiere el ruido de teléfonos sonando y comer una triste ensalada que ya viene preparada del supermercado.

Cuando llega, él ya está sentado a una mesa junto a la ventana, con dos cafés calientes. Erin se quita la bufanda y se deja caer en la silla frente a él.

—¿De verdad bebes café a estas horas? —pregunta, alzando una ceja.

Neil sonríe y le pasa uno.

—Tú también. No te hagas la lista.

Erin esboza una sonrisa leve y rodea la taza con ambas manos.

—¿Cómo llevas lo de Rafa? —pregunta él tras un momento de silencio.

Erin suspira.

—Está claro que miente y hay algo que teme confesar.

—Sí, acuérdate de los recortes de diario que encontré en su casa. ¿Crees que podría ser nuestro asesino?

—Mi intuición me dice que no, pero que él sabe quién lo hizo.

—Falta interrogar a Lara y Gael.

—Y Sergio.

—¿Sergio?

—Claro. Perdona. El resumen rápido es que Sergio Marin era un chico con muchos problemas y la gota que colmó el vaso fue cuando intentó agredir sexualmente a Caterina. Después de denunciarlo, al ver que tenía más antecedentes, lo enviaron a un centro de menores.

Neil resopla afectado por Caterina.

—No te conté que mi hermano —continúa Erin—, cuando Cat murió, investigó y escribió un artículo sobre el caso. Descubrió que, curiosamente, Sergio tenía permiso para salir, justo ese día.

—Mucha casualidad, sí.

—Así que mañana tenemos muchísimo trabajo. Interrogatorios a punta pala y…

—Y la autopsia de Caterina.

—Sí. La autopsia.

—Si quieres, vamos Murillo y yo. No tienes por qué verla. Le podemos decir a Murillo que te ha surgido algo, no sé…

—No. Tranquilo. Tengo que hacerlo. Pero te agradezco tu apoyo —responde inspirando profundamente.

Neil bebe un sorbo y se queda pensativo.

—¿Y por qué crees que guardaba ese trozo de ecografía?

—Aún no lo sé. A lo mejor, resulta que Caterina sí que estaba embarazada, aunque no sé de quién, la verdad.

—La autopsia podrá ayudarnos con eso.

—O quizá no es nada importante. Podría ser una foto que encontró por la calle y la enganchó detrás del espejo de una caja musical.

—¿Y por qué lo ocultaría si no es importante?

—Porque a lo mejor sí que conocía a la persona y sabía de quién era la ecografía.

—¿Y por qué no te lo contó? ¿Es que pertenecía a una mujer de la alta realeza?

Erin se ríe, aunque su mirada se entristece. Neil sigue escuchando con atención apoyando los codos en la mesa.

—A veces la gente miente no porque sea culpable, sino porque la verdad es peor de lo que creen que podemos manejar.

Neil la mira con curiosidad.

—¿Y tú qué sabes sobre la culpabilidad o la mentira?

Erin se encoge de hombros con una sonrisa ligera.

—He tratado con suficientes personas mentirosas y también con mucha culpabilidad como para saberlo.

Entre ellos interviene una pausa, producida por el camarero que los atiende. Ambos piden hamburguesa con queso y mucha salsa de tomate.

—Y que no falten las patatas —le dice Neil al camarero.

—Sí, sí. Sobre todo.

Cuando se va el camarero, los dos se ríen. Erin toma aire y decide cambiar de tema.

—¿Y tú qué? ¿Cómo llevas estar en este caso? No es precisamente el tipo de asignación con la que soñabas, ¿no?

Neil suelta una breve risa.

—Me apunté a homicidios, ¿no? Esto venía en el paquete.

Erin ladea la cabeza, divertida.

—Sí, pero no todos los novatos tienen que lidiar con un asesino en serie, en su primer gran caso.

Neil niega con la cabeza.

—No todos los novatos tienen una compañera como tú.

El comentario la toma por sorpresa, pero Neil sigue como si nada.

—Aprendo más contigo que en cualquier manual. Aunque, todavía tengo que entender cómo diablos haces para no perder la cabeza con todo esto.

Erin sonríe con un deje de cansancio.

—Porque si la pierdo, ¿quién lo resolverá?

Él la mira con algo de preocupación, pero no insiste.

—Por eso me alegra que hayas salido a despejarte. No puedes seguir a este ritmo, sin colapsar.

—No tengo opción, pero Lizarraga me ha dicho que como mañana no me coja el día libre, me releva del caso —responde Erin, después de beber un sorbo de café.

Neil sonríe y la observa unos segundos, antes de apoyarse en el respaldo de la silla.

—Entonces, dime, jefa, ¿qué sigue ahora?

Ella deja la taza sobre la mesa y entrelaza los dedos.

—Tenemos que seguir presionando a Rafa. Y a ver qué nos cuenta Lara y Gael. Algo más difícil será hablar con Sergio. Y por supuesto, estoy convencida de que la autopsia nos revelará una valiosa información.

Neil asiente y levanta su taza.

—Pues a por ello.

Ella choca su taza con la suya, sintiendo que, por una vez, no está completamente sola en esto.

23

Domingo, 9 de febrero de 2025

Erin no está acostumbrada a los días libres. En realidad, no sabe qué hacer con ellos. Desde que regresó a Rabadás, hace casi un mes, su vida se ha reducido a la investigación, a los interrogatorios y al análisis de pruebas. Pero ese domingo, por orden del comisario Lizarraga, no puede pisar la comisaría.

Por eso, cuando la noche anterior recibió el mensaje de Ray proponiéndole verse para desayunar, no encontró razones para rechazar la invitación.

Ahora, mientras camina por el amplio recinto de *Espacio Único*, no puede evitar sentir un poco de nostalgia. Ese lugar, que ahora alberga tiendas de ropa de marca, una sala de cine y una gran zona de restauración, antes había sido el *Blue Krek*, el epicentro de la vida nocturna juvenil de Rabadás. Allí había pasado muchas noches con Caterina. Erin suspira. Ray ha querido quedar allí porque dicen que hay una cafetería muy acogedora, donde sirven auténtico café italiano y unos cruasanes recién horneados de escándalo.

Aún no ha localizado a Ray, cuando su mirada se detiene en una mesa junto a una gran cristalera. Él ya está allí, con una taza caliente entre las manos, mirándola con una sonrisa de medio lado. Debe de haber practicado toda la noche.

—Qué puntual —comenta él cuando ella se acerca.

—Es que necesito mi dosis de café —replica Erin sonriendo y tomando asiento.

Ray deja la taza en el platillo y se inclina un poco hacia ella.

—Te notaba tensa en los mensajes. ¿Estás bien?

—Digamos que hay demasiadas piezas sueltas y no sé cómo encajan —responde ella, removiendo el azúcar en su café.

Ray asiente, comprendiendo el trasfondo de sus palabras.

—Esta cafetería es nueva, yo nunca había venido, pero le he preguntado a un compañero que me diga la mejor cafetería del pueblo. Hace tiempo que no venía por aquí. Bueno, aquí no, en lo que fue este sitio —susurra él, echando una mirada alrededor.

Erin sigue su gesto y se entristece un poco.

—¿Sabes cuándo fue la última vez que vine por aquí?

Ray entrecierra los ojos, como si intentara rebuscar entre sus recuerdos.

—Pues no.

—Fue la noche en que Caterina… —musita.

Deja la frase en el aire sin poder completarla. Ray se da cuenta de que ha metido la pata hasta el fondo, invitándola allí. Un silencio incómodo se instala entre ellos.

—Lo siento. No lo sabía.

—Tranquilo —le dice ella—. Fue un día bonito, si no fuera por el idiota de Gael Laballos, que nos fastidió la última parte de la noche.

—¿Sabes? —continúa Ray, mirándola con ternura—, Caterina tuvo mucha suerte de tenerte como amiga.

Erin lo mira fijamente. Hay algo en su voz, en su expresión, que le hace darse cuenta de que Ray aún no ha cerrado del todo aquel capítulo de su vida, que lo hace conectarse directamente con Rabadás.

Siente un ligero nudo en el estómago. Hay entre ellos una tensión, sí, pero curiosamente, no es la misma que siente con Neil, con quien en dos semanas hacen bromas que fluyen por sí solas y todo entre ellos es de lo más natural. Lo de Ray es distinto. Es alguien de su pasado, alguien que la conecta con Caterina, con todo lo que una vez fue y dejó atrás.

Antes de que pueda responder, su teléfono vibra sobre la mesa. Al ver el nombre en la pantalla, siente nervios en el estómago. Es el comisario.

—Tengo que coger esto —dice, levantándose de la mesa, para salir al pasillo del centro comercial.

Desliza el dedo por la pantalla y se lleva el móvil al oído.

—Dime.

—Erin, sé que te di el día libre, pero ha pasado algo.

Lizarraga suena más serio de lo normal.

—¿Qué pasa?

—Rafa Silva está muerto.

El estómago de Erin se encoge.

—¿Cómo? ¿Dónde?

—En su casa. Nos ha llamado su padre, alterado. Parece un suicidio.

Erin siente un frío punzante recorriéndole el cuerpo.

—Voy para allá.

Cuando cuelga, Ray ya está detrás de ella, preocupado.

—¿Qué ha pasado?

—Rafa Silva. Está muerto.

El forense suelta una maldición en voz baja.

—¿Te acompaño?

—No. Tranquilo. Nos vemos mañana.

—Sí… Esta tarde empiezo con la autopsia de Caterina… ¿Quién vendrá?

—Vendré yo. Neil me acompañará.

Ray no se atreve a darle ningún consejo. Solo asiente, pensativo.

* * *

Llega a casa de Rafa, con el pulso acelerado. La calle está acordonada y algunos vecinos se asoman por las ventanas, cuchicheando entre ellos. Cruza la cinta policial y entra en la vivienda.

El ambiente dentro del apartamento está muy cargado. En un cuarto hay unos agentes interrogando al padre de la víctima, que es quien lo ha encontrado. Asegura que habían quedado para

desayunar y, al no presentarse, ni contestar ningún mensaje ni llamada, ha decidido venir con la llave que él tiene. Aún está conmocionado.

Murillo y Neil ya están allí, junto con el equipo de la científica, que toma fotos y recoge muestras de todo.

Silva está sentado en el sofá con la cabeza ladeada y una taza rota a sus pies, con un poco de café esparcido por el suelo. Su expresión parece atemorizada, demasiado asustado para alguien que ha decidido quitarse la vida.

—Lleva muerto menos de veinticuatro horas. Fue a las seis de la tarde —informa Murillo al verla entrar—. Los forenses dicen que la causa preliminar de la muerte es una sobredosis de barbitúricos.

Erin mira la escena con el ceño fruncido. Le rechina un poco todo esto. Se acerca con cuidado, analizando cada detalle.

—¿Y no hay nota de suicidio? —pregunta sin apartar la vista del cadáver.

—Nada —responde Neil, cruzado de brazos—. Hemos buscado por toda la casa y no hay nada.

Erin siente un mal presentimiento. Algo no le cuadra.

—¿Se molestó en preparar un café, se sentó tranquilamente en el sofá y esperó que hicieran efecto las drogas? —masculla para sí misma.

Neil asiente.

—Eso parece —responde Murillo.

—¿Y por qué tiene esa cara de terror?

—Porque a lo mejor se arrepintió, y cuando se dio cuenta era demasiado tarde…

Erin niega con la cabeza.

—No lo creo. No así. ¿Para qué iba a quedar con su padre si se iba a suicidar? Esto no es un suicidio. Es un homicidio con apariencia de suicidio. Igual que le pasó a Caterina.

Murillo arruga el ceño.

—Pero no parece el mismo asesino, de ser así.

—No es el mismo modus operandi, pero… —Erin hace una pausa, observando el cuerpo—. Quizás lo ha hecho expresamente para que pensemos que lo ha hecho otra persona, o que es un suicidio.

En la habitación se produce un silencio tenso. Neil intercambia una mirada con Murillo y luego con Erin.

—Si esto es un asesinato —comenta él, pensativo—, entonces alguien quería callarlo antes de que hablara.

Erin asiente con la cabeza y dice:

—Y eso significa que Rafa sabía algo. Algo que valía tanto la pena como para matarlo y así mantener el secreto.

Se gira hacia el equipo forense.

—Analicen su móvil y su ordenador. Quiero saber qué estaba haciendo antes de morir.

Murillo suspira, cansada.

—Nos espera una noche larga.

Erin no responde. Su mirada está fija en el cadáver de Rafa Silva.

Alguien ha querido silenciarlo. Y ahora deberán averiguar quién.

24

Lunes, 10 de febrero de 2025

El despertador suena a las seis y media de la mañana, pero Erin ya está despierta. Tampoco ha tenido mucho tiempo para dormir. Apenas cuatro horas. Ha sido una noche dura.

Se levanta intranquila. Tiene el cuerpo encharcado de un sudor frío. Las sábanas están pegadas a su piel como si fuera una segunda capa húmeda.

Se incorpora con esfuerzo. Ha soñado otra vez con Caterina. En el fondo, sabe que ver a su amiga en estado de descomposición la aterra. No sabe si lo va a poder soportar. Pero tiene que hacerlo. Tiene que ver con sus propios ojos todos los detalles y todo aquello que pruebe que la asesinaron. Y encontrar al culpable.

Se sienta en el borde de la cama. Los pies tocan el suelo helado. Acaricia el colgante que lleva al cuello, el que Caterina le regaló por su cumpleaños, al año de conocerse. Cierra los ojos unos segundos. Se está haciendo demasiado real el momento.

Y ahora está también lo de Rafa. Su cuerpo encontrado en el sofá, con una taza de café rota. Sin nota de suicidio. Sin despedida.

Un nuevo misterio sobre la mesa.

A las ocho y diez, Erin llega al Instituto Anatómico Forense de Rabadás. Neil la espera en la entrada, con las manos en los bolsillos y el semblante serio.

—¿Estás segura de que quieres entrar? —pregunta él mientras caminan hacia el interior del edificio.

—Tengo que hacerlo —responde Erin sin dudar, aunque por dentro está temblando.

Ray ya está allí. El cuerpo de Caterina Munell reposa sobre la mesa metálica, cubierto por una sábana blanca. Las luces del quirófano forense bañan la sala con un tono azulado y aséptico. El ambiente huele a formol, alcohol y tristeza.

Erin da un paso adelante. Sus ojos se posan sobre el rostro irreconocible de su amiga. El paso del tiempo ha dejado huellas crueles. Los tejidos degradados, el cabello fino, y aun así… hay algo de ella que sigue ahí. Algo que le eriza la piel.

—Por fin puedo confirmarte que no se suicidó. Ahora os lo mostraré…

Erin traga saliva con dificultad.

—No sé cómo pudieron pensar que se suicidó… —masculla.

Ray asiente, con la mandíbula tensa.

—La autopsia de hace quince años fue incompleta. Solo buscaron restos comunes. No hicieron pruebas específicas. Aunque hay que tener en cuenta que la tecnología de entonces no era la misma de ahora.

Erin aún no se ha acercado del todo, pero Neil la ayuda con un gesto en el hombro. Ray lo mira de soslayo, algo celoso.

—No puedo creer que se haya conservado tan bien después de tanto tiempo… —dice Erin, mirando extrañada el cabello opaco y seco pero aún visible y adherido al cuero cabelludo.

—El cuerpo se conserva así de bien porque fue embalsamado. Como el funeral era con ataúd abierto, el embalsamador tuvo que recomponer el rostro por el hinchamiento previo y el color de piel azulado. Eso ha hecho que algunos tejidos se conserven por más tiempo.

Erin se pone la mano sobre la mascarilla intentando ahogar una arcada.

—¿Estás bien? —le pregunta con rapidez Ray.

—¿Quieres que salgamos a tomar aire? —le dice el compañero.

Ray y Neil se quedan parados a la espera de la respuesta.

—No. Ya está. Es solo que…

Erin no sabe cómo explicarles que lo que siente es un profundo dolor en el alma y que eso no lo puede curar el aire ni nada.

—Estoy bien… Pero sigo sin entender cómo la policía pudo pensar que ella se puso peso en los bolsillos para ahogarse —estalla Erin, con la voz rota entre la rabia y el dolor.

Ray señala una pantalla con varias imágenes aumentadas del tejido muscular.

—Fue el curare, igual que con Ariadna —dice en voz baja, pensando las palabras con delicadeza.

Erin se queda inmóvil un segundo, y luego da un paso al frente, como si la indignación la empujara.

—¡¿Qué?! —exclama furiosa—. ¿Pero cómo es posible que no detectaran la droga entonces? ¿Cómo demonios se les pasó eso?

Ray suspira y agranda una de las imágenes.

—Porque el curare es un veneno silencioso. Se metaboliza muy rápido, sobre todo en sangre. En cuestión de horas puede volverse indetectable, si no se buscan metabolitos específicos, o si no se toman muestras de tejidos donde se acumula.

—¿Entonces no hicieron análisis musculares ni de orina?

—Exacto —asiente con gravedad—. Solo de sangre. Supongo que no le dieron más importancia, pensando que todo el cuadro era de un suicidio.

Erin se queda mirando la pantalla unos segundos más, en silencio.

—¿Pero eso no es una negligencia?

—O un forense que le quedaban semanas para jubilarse y tenía presión por cerrar rápido el caso —dice Ray.

Neil y Erin asienten con complicidad.

—¿Y qué más tenemos? —pregunta ella, intentando incorporarse.

—Pues además de hacer análisis hemos encontrado la marca de una inyección en el hombro izquierdo. Lo bastante precisa como para pensar que, quien lo hizo sabía dónde y cómo administrarla.

Ray hace una pausa.

—El curare bloquea los receptores neuromusculares. Provoca una parálisis progresiva que termina en un colapso cardíaco.

—¿Entonces no murió ahogada?

—Técnicamente sí que murió ahogada, es decir, al caer al mar, seguramente estaba inconsciente y tuvo un último espasmo en el agua, se le llenó el pulmón de agua y eso es lo que dio a parecer un suicidio.

Erin resopla. Neil se acerca con una tablet llena de anotaciones.

—Y hay algo más —le dice Neil a Erin—. He estado revisando el historial de llamadas y mensajes de Caterina, y hay un mensaje que te envió a las 15.45, pero en la autopsia de entonces dice que murió a las 15.15, por lo que es imposible que fuera ella quien te enviara el mensaje.

—¡Lo sabía! Sabía que no lo había enviado ella. Lo hizo el asesino. El inspector de entonces, Gutiérrez, no quiso escucharme.

Ray y Neil asienten al mismo tiempo.

—El que envió el mensaje conocía la contraseña para desbloquear el móvil. Quizás se la sonsacó a Caterina antes de drogarla —añade Neil.

Erin guarda silencio unos segundos, conteniendo las lágrimas.

—¿Y sobre la ecografía?

Ray niega con la cabeza.

—Caterina no estaba embarazada. El misterio de la ecografía sigue abierto.

Erin asiente lentamente, como quien acepta una derrota parcial. Pero entonces se fija en algo.

—La pulsera…

Se acerca al cuerpo con cuidado, y allí está. En la muñeca izquierda, apenas ennegrecida por el tiempo: una pulsera de plata con pequeñas estrellas y una luna colgante.

—¿Qué pasa con la pulsera? —le pregunta Ray.

Erin, con los guantes puestos, la quita con cuidado del brazo frágil y putrefacto de su amiga.

—Pues pasa que no me suena esta pulsera de haberla visto antes y me ha sorprendido. No sé… Creo que deberíamos analizarla. Pero antes… llamaré a la madre de Caterina.

—Espera. Te ayudo —dice Neil y sujeta la pulsera con cuidado, mientras Erin saca una foto con el móvil y, sin pensarlo, llama a Emma, la madre de Caterina.

—¿Emma? Soy Erin.

—¿Estás bien?

—Todo lo bien que puedo estar. Hemos empezado con la autopsia de Cat.

Se oye un soplido al otro lado

—Entiendo… ¿Ya sabéis alguna cosa de lo que le pasó? —pregunta Emma, con una voz temblorosa.

—De momento sabemos con certeza que no fue un suicidio. Ya te contaré más, cuando lo sepamos con precisión.

—Madre mía… —susurra la mujer, con apenas un hilo de voz.

—Quería preguntarte algo, Emma.

—Claro.

—Te acabo de enviar la foto de una pulsera. ¿Puedes decirme si te suena de habérsela visto alguna vez?

Después de unos segundos, Emma le responde:

—No sabría decirte mucho, pues solo se la había visto puesta cuando reconocí su cadáver. Los de la funeraria me preguntaron si le dejaban la pulsera o yo la quería. En ese momento les dije que se la dejaran, porque me pareció bonita y porque pensé que se la habías regalado tú.

—Yo tampoco había visto nunca esa pulsera.

—¿Es alguna prueba?

—Quizás. Pero ahora todo son suposiciones. Te iré informando.

—Erin, gracias por todo lo que estás haciendo. Sé que no es nada fácil para ti.

Erin contiene la respiración unos segundos.

—No lo es para ninguna de las dos. Haré todo cuanto esté en mi mano. Ya lo sabes.

—Lo sé.

—Te seguiré informando. Hasta pronto.

Erin cuelga sin añadir nada más. Mira a Neil y luego a Ray.

—Tenemos que analizar esta pulsera.

Neil la mete en una bolsita de pruebas.

—Lo que está claro es que no fue un suicidio. Ni lo de Ariadna tampoco. Y si lo de Rafa también fue un asesinato, entonces estamos ante un asesino que lleva más de quince años en la sombra.

Ray y Neil asienten, con el rostro serio.

—E intuyo que aún no ha terminado.

El frío le cala en los huesos cuando sale del Instituto Forense. El cielo ha comenzado a oscurecerse antes de tiempo, como si la ciudad también guardara luto. Se aproxima lluvia en el horizonte. Neil se ofrece a acompañarla, pero ella declina, con una sonrisa cansada. Necesita estar sola. Respirar.

—Necesito darme otra ducha. Nos vemos luego en comisaría.

Camina sin prisa hasta el aparthotel. Son las diez de la mañana. La gente empieza a refugiarse de la lluvia bajo los portales, mientras se va quedando sola entre las calles estrechas. El silencio pesa más que nunca.

Al entrar en la habitación, deja las llaves sobre la mesita y se quita el abrigo con un gesto automático. Se sienta en el borde de la cama, aun con las botas puestas, y deja que su cuerpo se hunda ligeramente en el colchón. No enciende la televisión. Ni siquiera la luz.

Apoya los codos en las rodillas, el rostro entre las manos. En su mente se repite una y otra vez la imagen de Caterina en aquella camilla, inerte, congelada en el tiempo.

Quince años después, sigue sin respuestas claras. Solo más preguntas.

El móvil vibra sobre la mesilla. Un mensaje de Ray:

«Estoy aquí, si necesitas hablar».

Lo mira durante un largo rato, pero no responde. Lo deja boca abajo y se tumba sobre la cama, mirando al techo.

Su respiración es lenta, casi contenida. Pero sabe una cosa con certeza: a Caterina no la mató el mar. La mató alguien que aún sigue ahí fuera. Y ella no va a parar hasta encontrarlo.

Al rato, vuelve a vibrar el móvil. Es un mensaje de Neil con el vídeo de un café humeante:

«Creo que te vendría bien un buen café, jefa».

«Empiezas a conocerme. Ahora voy».

25

Jueves, 13 de febrero de 2025

Han pasado unos días y, sin embargo, Erin no puede quitarse de la cabeza la imagen del cuerpo deteriorado de Caterina.

—¿Y los otros clientes? —pregunta Erin a Murillo mientras repasa su cuaderno de notas—. La tarde que Ariadna quedó en la cafetería… ¿Has comprobado si había alguien más, algún sospechoso? ¿Cámaras? ¿Movimientos?

Murillo resopla al otro lado del escritorio, como si llevara horas sin descansar.

—Estamos revisando las grabaciones de seguridad, pero hay tramos sin imagen. Algunos ángulos no cubren bien las mesas del fondo. La dueña ha colaborado, pero tampoco recuerda nada extraño… Hay muchos clientes los domingos por la tarde.

—¿Y el portátil de Rafa? —insiste Erin, sin levantar la vista de su libreta.

Murillo vacila un segundo, antes de asentir con la cabeza.

—Lo analizamos ayer con la unidad de ciberdelitos. Recuperaron archivos eliminados. Vídeos. Fotos de menores. —Murillo hace una

pausa breve, incómoda—. Era una persona nociva. Si estuviera vivo, acabaría en prisión. Tengo el presentimiento de que también era cómplice o el propio asesino de esas chicas.

Erin cierra los ojos un instante. Como si algo dentro de ella se desmoronara. Neil, sentado frente al monitor, se gira hacia ella con expresión sombría.

—Hay algo más —interviene Neil—. Las fechas de los archivos coinciden con salidas escolares, excursiones. Lugares públicos. Incluso hay algunas imágenes que parecen tomadas en los vestuarios del instituto.

—Hijo de puta… —gruñe Erin, apretando los puños.

En ese momento, Murillo recibe una llamada y tiene que ausentarse.

—Caterina probablemente lo descubrió —continúa Neil hablando con la voz más baja—. Hay un mensaje de texto en borradores, en el portátil de Rafa, creado semanas antes de su muerte. Solo hay una línea: «No es lo que tú crees que sabes». Está dirigido a Caterina, pero no llegó a enviarlo.

—¿Y por qué ella no me dijo nada? ¿Por qué no se lo dijo a su madre? —La voz de Erin se quiebra un segundo. Pero se recompone al instante—. ¿Tanto miedo tenía?

—Quizá pensó que no la creeríais —responde Neil, encogiéndose de hombros—. O que se pondría en peligro u os pondría en peligro a ti y a su madre.

Murillo aparece de nuevo, cruzando los brazos. Ha estado escuchando la conversación de ambos sin que se den cuenta.

—Parece que sabes más que ninguno sobre Caterina Munell. ¿Erais amigas? —pregunta Murillo intentando indagar más.

Erin se gira hacia ella de un sobresalto.

—Para nada —responde, seria—. Ya os dije hace semanas que todo el mundo se conoce en este pueblo.

—¿Segura? No sé si es bueno que sigas con la investigación, si hay esta clase de vínculo.

Neil mira a Erin de reojo. Intenta echarle un cable, pero es difícil.

—No me jodas Murillo. Déjate de estupideces y trabajemos en cómo resolver este caso —le ordena.

Murillo asiente con resignación y retoma la conversación.

—Entonces la cuestión es: ¿Rafa mató a Caterina y a Ariadna? —pregunta Murillo con la mirada desafiante.

—Yo creo que no. Aunque a lo mejor el asesino quiere que creamos que Rafa es el verdugo —responde Erin.

—¿Y por qué mataron a Rafa? —pregunta Neil.

—¿Un ajuste de cuentas, quizá? —responde Murillo—. Alguien que se enteró de lo que hacía y decidió tomarse la justicia por su mano.

—O alguien que quería silenciarlo, antes de que hablara —insiste Erin—, ya que él sabía quién mató a las dos chicas. Pero no es nuestro asesino.

La habitación se queda en silencio. Solo se escucha el leve zumbido del ordenador de Neil.

Erin se pone en pie y camina hacia la ventana. Afuera, una nube gris se desliza sobre el cielo de Rabadás.

—Lo que está claro es que hay un patrón —dice, sin girarse—. Caterina descubrió algo, no solo lo de Rafa, y alguien se encargó de silenciarla. Ariadna empezó a tirar del mismo hilo… y la mataron también. Rafa sabía cosas, demasiadas, y alguien se aseguró de que no pudiera contarlas.

—¿Y si su profesora, Lara Guzmán, sabe algo? —lanza Neil con cautela.

Erin no responde. Pero su expresión cambia. Y en su cabeza, una idea comienza a tomar forma.

—Tenemos que interrogarla ya. Murillo, envía una cita a Lara Guzmán. Encárgate de los trámites.

—De acuerdo.

—Neil, pregunta si ya han analizado la pulsera de Caterina. Diles que urge, que tenemos a la fiscal encima.

—Voy a ver.

—Mientras tanto yo iré a ver a Gael —les dice a ambos.

* * *

Aparca su coche frente a una casa antigua de dos plantas, reformada con gusto, aunque aún conserva ese aire melancólico que tienen las casas de pueblo. Gael está allí, temporalmente. Ha vuelto para cuidar de su madre enferma, o eso le ha dicho cuando lo ha llamado hace un rato. Su voz al teléfono la ha descolocado. Más

grave, más pausada, pero sigue teniendo ese deje encantador que lo hacía peligroso. El mismo que lo convirtió en uno de los chicos más deseados del pueblo. Aunque para Erin no era más que el cretino que hirió a su amiga.

Cuando Gael abre la puerta, Erin siente un extraño vuelco en el pecho. No sabe si es rabia, nostalgia o la desconfianza que le inspiran los rostros que han cambiado, pero no lo suficiente como para olvidar lo que fueron.

—Vaya, Erin Butler… Estás muy cambiada —le dice y sonríe con cierta timidez—. Hace… ¿Quince años?

—Quince exactos —responde ella, entrando sin esperar invitación.

La casa huele a madera, a comida reciente, a algo familiar. Gael la guía hasta el salón. Le ofrece un café, pero ella niega con la cabeza.

—Estoy trabajando.

—¿Así que ahora eres poli?

—Inspectora. El caso de Caterina se ha reabierto.

Gael baja la mirada.

—Lo supe por la tele. Qué horror…

—Sí. Un horror. ¿Recuerdas dónde estabas cuando todo pasó?

—Cuando… —traga saliva—. Cuando lo de Caterina, estaba aquí. En Rabadás. Y no me enorgullezco de nada de lo que hicimos. Tengo coartada y…

Erin entrecierra los ojos.

—Sí. Lo sé. Sé que tenéis coartada de aquel día. Solo estaba intentando entender.

Gael la mira con algo de tensión.

—¿Se te ocurrió a ti colgar aquella foto? La del beso y las cosas horribles que decían de ella…

Gael se queda en silencio unos segundos.

—No. Fue idea de Julia. Pero yo… yo me dejé arrastrar. Y no tengo excusa.

—¿Por qué?

—Porque todos pensaban que Caterina había mentido. Que lo de Sergio no era cierto. Que lo hizo por venganza. Y lo creímos. Éramos críos y estábamos llenos de prejuicios.

—Estuvo muy mal —dice Erin, sin ocultar el desprecio.

—Lo sé. Muy mal. Después de aquello rompí con Julia. Me fui al norte. A trabajar. A alejarme de todo esto.

—¿Y ahora?

—Mi madre está enferma. No le queda mucho.

Erin baja la mirada un instante, incómoda con el tono de tristeza con la que ha pronunciado las palabras, pero enseguida recupera el foco del asunto.

—Sé que tenías coartada la noche que murió Caterina… Pero ¿qué me dices de Ariadna?

Gael frunce el ceño.

—¿Ariadna?

—No te hagas el idiota. La hermana de Julia.

—Sí, sí… me enteré hace poco. Terrible.

—¿Quedaste con ella aquella noche?

Gael se pone tenso. Por primera vez, pierde los papeles.

—¿Por eso has venido? ¿Crees que yo maté a Ariadna?

—No lo sé. Dímelo tú.

—¡Claro que no!

—Entonces explícame qué hacías la noche del doce de enero, en el paseo, solo, en un banco, con el frío que hacía y a punto de llover. ¿A quién esperabas?

—¿Es delito estar sentado en un banco ahora? —intenta bromear, pero Erin no le da tregua con la mirada fija en sus ojos.

Gael suspira, se frota la cara y baja la voz para que su madre no lo oiga:

—Esperaba a Ariadna, sí. Ella me escribió cuando supo que había vuelto. Me dijo que había descubierto algo… Algo que no entendía y pensó que quizás yo podía ayudarla. Algo sobre un diario.

—¿Qué diario?

—No lo sé. Nunca lo leí. Me dijo que sabía cosas de Caterina. Que había cosas que no cuadraban. Me pidió que quedáramos para hablarlo. Esa noche.

—¿Y?

—No se presentó. Esperé más de una hora. Pero empezó a llover y volví a casa.

—¿Se lo has contado a la policía?

—No. No quiero líos. Bastante tengo con el pasado.

Erin se pone de pie. Lo mira con dureza.

—Todo esto vas a tener que contarlo. Oficialmente. Quiero que vayas a comisaría y hagas una declaración.

Gael asiente en silencio.

Cuando Erin sale de la casa, ya cae la noche sobre Rabadás. El aire es frío, el cielo teñido de morado. Sube al coche y mientras

arranca, no puede dejar de pensar en ese diario. En las piezas que siguen sin encajar.

Y en que, tal vez, justo ahí, en ese hilo suelto… esté el principio de la verdad.

26

Viernes, 14 de febrero de 2025

Comisaría de Rabadás – 08:42 AM

El café de la máquina está imbebible, pero Erin lo sostiene entre las manos como si fuera oro líquido. No ha dormido bien, para no variar. Otra noche dando vueltas, repasando una y otra vez lo que falta por encajar. En la radio del coche hablaban de San Valentín, como si el mundo siguiera girando sin cadáveres ni interrogatorios pendientes.

Al entrar en la comisaría, el murmullo habitual la envuelve: teléfonos sonando, pasos apresurados, el chasquido de una impresora tosiendo informes…

—Erin —la voz de Murillo la alcanza nada más cruzar la puerta de la oficina—. Tenemos algo más.

Erin deja el abrigo en el respaldo de la silla y alza la mirada, aun con la mente en el diario que no ha aparecido por ninguna parte y en la declaración que está a punto de tomarle a Gael.

—Dime. ¿Qué tenemos?

Murillo se cruza de brazos, el gesto cargado de tensión.

—Han encontrado huellas de Lara Guzmán en casa de Rafa. Aunque sabemos que eran amigos y compañeros de trabajo y quizá no sea relevante.

Erin frunce el ceño.

—¿Dónde?

—Están en el pomo de la puerta trasera y también en un vaso de agua que alguien intentó lavar mal. Lo encontraron en el fregadero.

—¿Y qué dice Lara? ¿La habéis interrogado?

—Nada, de momento. Viene en menos de una hora. Le hemos dicho que si quiere, puede venir acompañada de un abogado, pero ha contestado que no hacía falta, que no tenía nada que esconder.

Erin niega con la cabeza, aún sorprendida por la rapidez con la que Lara ha aceptado presentarse.

—Está bien, Murillo. Buen trabajo. Me da que Lara está muy segura de que no tiene nada que ver con el caso, pero le haremos algunas preguntas, a ver que nos cuenta.

A Murillo se le escapa una sonrisa, quizás la primera desde que está bajo las órdenes de Erin. Le ha sentado bien eso de que la felicitara.

—Gael ya ha llegado —vuelve a su papel Murillo—. Te está esperando para que le tomes declaración.

—Muy bien. Voy a ello. Avísame cuando llegue Lara.

—Así lo haré.

En ese instante, Neil aparece por el pasillo, agitando unos folios en la mano.

—Erin. Resultados de la pulsera. Al fin.

Ella toma el informe y lo ojea con rapidez. Su mirada se clava en una línea en particular.

—¿Qué es esto?

—Han tardado porque las huellas estaban superpuestas —explica Neil, apoyándose contra la mesa—. Tuvieron que aplicar un proceso de diferenciación por capas, espectroscopia, luminiscencia… Un lío. Pero al final han conseguido aislarlas.

—¿Y?

—La cosa es que esas huellas pertenecen a Lara Guzmán… y Luis Munell.

Erin se queda inmóvil unos segundos. Luego cierra el informe con fuerza.

—El padre de Caterina… —dice con la mandíbula apretada—. Pero… ¿Cómo es posible?

—Eso tendrá que explicarlo ella, ¿no? —responde Neil.

—Va a tener que contestar a más de una pregunta que no entiendo —dice Erin en voz baja, más para sí misma que para los demás.

Se hace un breve silencio. El reloj de pared marca las 8:56. El día no ha hecho más que comenzar y aún tiene una declaración que tomar, antes de hablar con Lara.

* * *

Sala de interrogatorios – 9:33 AM

Lara Guzmán entra con paso firme. Viste de forma sobria, pero cuidada. No hay señales de nerviosismo. Sigue tan atractiva como siempre. Incluso las arrugas le sientan bien. Pero la mirada helada es también la misma.

—Espera, Erin —le dice Murillo antes de que entre a la sala de interrogatorios—. Me gustaría ocuparme del interrogatorio, si no te importa.

Erin la mira extrañada.

—Murillo, entiendo que quieras participar también en los interrogatorios, pero necesito que me ayudes transversalmente. Haces una gran labor. Intenta localizar a Sergio Marin, tenemos que interrogarlo también.

Murillo parece no aceptar la respuesta y se va enfadada.

Erin y Neil entran en la sala. Lara levanta la cabeza y los mira con tranquilidad, aunque el ambiente se nota denso, casi ceremonioso.

—Gracias por venir, Lara —dice Erin con calma—. Queremos aclarar algunos detalles sobre Caterina Munell y otros asuntos.

—Ya les dije todo lo que sabía a los oficiales hace años —responde Lara, cruzando los brazos.

—Es posible —admite Erin—, pero como habrás oído en las noticias, se ha vuelto a abrir el caso de Caterina. Hemos encontrado algunas cosas interesantes, que se les pasaron por alto entonces y nos gustaría que nos aclarases.

—Claro, lo que haga falta —responde Lara, muy serena.

Neil deja sobre la mesa un papel.

—Este correo, ¿lo reconoces?

Lara lo coge. Lo lee. Suspira.

—Sí. Caterina me escribió. Dijo que necesitaba hablar conmigo. Parecía muy desesperada y decidí quedar con ella.

—¿De qué hablaron?

—De que había visto algo.

Lara cruza una pierna para cambiar de posición. Vuelve a suspirar.

—¿El qué?

—Estaba muy inquieta. Me habló sobre Rafa.

—¿Rafa Silva Puentes?

—Sí. Me dijo que había visto a Rafa mirando por la ventanilla de los vestuarios de chicos. Dijo que la amenazó, no solo ese día, sino también por correo.

—¿Y tú qué hiciste?

—Lo primero que hice fue calmarla y le dije que hablaría con él.

—¿Pero no deberías haber hablado con su madre o con el director del instituto?

Lara mira hacia un lado, como intentando rebuscar entre los recuerdos del pasado. Su expresión se vuelve más agria y triste.

—Lo intenté, pero él nos tenía amenazadas a las dos.

—Así que Rafa era un tipo peligroso.

—Era un pedófilo, un pervertido…

—¿Y dices que os amenazó? ¿Con mataros?

Erin y Neil la miran de manera incrédula.

—Sé que no me creéis, pero cuando intenté hablar con él descubrí que era un monstruo. Otra persona. Yo creía que era mi amigo… Pero esa mirada me dio miedo.

Neil coloca sobre la mesa la imagen de la pulsera. Luego, el informe de huellas.

Lara la mira. Parpadea una vez. No se inmuta.

—¿Reconoces esto? —pregunta Neil.

—Sí —responde sin titubeos—. Esa pulsera… era mía.

Neil y Erin se miran unos segundos.

—¿Cómo llegó a Caterina? —pregunta Erin.

Lara suspira. Y entonces confiesa.

—Luis me la regaló.

Se produce un silencio incómodo. Erin ni siquiera pestañea.

—¿Luis Munell? —insiste Erin.

—Sí. Teníamos una relación. Una aventura. No se lo conté a Caterina porque me daba apuro. Pero cuando vino a pedirme ayuda con lo de Rafa, pensé que debía dejarle algo que pudiera recordarle que estaba de su lado. Algo que me importara. Y se la di.

Neil lo anota, pero sin quitarle el ojo de encima.

—¿Entonces ella no sabía nada de tu relación con su padre? —le pregunta Erin.

—No. Nada.

Erin cambia el rumbo con suavidad.

—¿Estuviste en casa de Rafa la mañana en que murió?

—Sí —responde Lara, sin rodeos—. Le pregunté si Ariadna le había contado alguna cosa que le preocupara, ya que él era su tutor. Todos teníamos mucho cariño a esa chica, igual que a Caterina… Y él fue de las últimas personas en hablar con ella.

—¿Y te contó alguna cosa relevante?

—Me dijo que habían hablado poco, que tenía problemas como todos los adolescentes y que le sabía mal su muerte. Pero también vi el miedo en su cara. Y la culpa. Yo creo que a lo mejor… No sé, se le fue de las manos. Con esas… cosas oscuras. Esos vídeos de menores.

Neil traga saliva.

—¿Qué sabías sobre eso?

—Cuando Caterina me contó lo de Rafa fui a hablar con él primero, porque era mi amigo y me costaba creer que fuera un depredador sexual. Él me confesó que era como una enfermedad, que no podía parar de pensar en ese tema. Yo le ofrecí mi ayuda, pero se volvió agresivo y despiadado. Me amenazó que si contaba algo le diría a Caterina y a su madre que yo había tenido una aventura con Luis Munell.

Erin inclina la cabeza.

—¿Por qué no fuiste a la policía?

—Porque nos amenazó —dice Lara—. Cuando intenté denunciarlo, me estaba espiando. Me acosó por la calle. Dijo que, si hablaba, me mataría y luego a Caterina.

Erin la observa. Su rostro es sereno. No hay lágrimas.

—Te iba a ofrecer un pañuelo… pero no veo que sueltes ni una lágrima —dice Erin con frialdad.

Lara la mira, sin pestañear.

—Algunas personas lloran por fuera. Pero otras lo hacemos por dentro.

Erin se queda en silencio. Esa frase se le ha quedado atascada dentro de la cabeza y no hace más que resonar.

—Caterina también tenía miedo de Sergio —añade Lara, como si respondiera a un pensamiento no dicho—. Tenía pánico de que volviera a por ella.

—¿Sergio Marin?

—Sí.

Se vuelve a producir un silencio. Erin vuelve a cambiar el rumbo del interrogatorio.

—¿Conocías a Gael Laballos?

Lara duda un segundo.

—Sí. Hace años. Pero no mantengo contacto con él.

—¿Estás segura?

—Sí.

—Alguien que encaja con su descripción estuvo cerca del paseo la noche que murió Ariadna —lanza Neil.

Lara no responde. No pregunta tampoco. Su rostro se ha desencajado un poco, pero ni siquiera se atreve a pestañear.

—¿Y creéis que es el asesino de Ariadna Vera?

—Aún no lo sabemos.

Cada nueva pregunta, cada nueva respuesta hacen que la sala se siga llenando de tensión. Lara aprovecha esos segundos de pausa,

para beber un sorbo de agua.

—He estado revisando tu coartada de hace quince años y dice que la noche en qué murió Caterina, tú estabas con Rafa. ¿Y la noche qué murió Ariadna? ¿Dónde estabas?

—En el cine —dice con rapidez, como si la respuesta estuviera estudiada.

—¿Y qué película? —pregunta Neil.

—*Vivir el momento*. Es una película romántica. Fui a verla al cine que hay en el centro.

Erin y Neil intercambian una mirada rápida.

—No sé por qué me miráis así. Comprobadlo si queréis. Mirad mi extracto bancario de cuando compré la entrada, las cámaras del cine… He venido sin abogado y he contestado a un montón de preguntas. ¿Si tuviera algo que ocultar, no creéis que vendría preparada? Además, os podría denunciar por hacerme este tipo de preguntas incriminatorias sin un abogado presente.

—Perdona, Lara, tienes razón. Has sido muy amable contestando a todo sin peros. ¿Algo más que quieras añadir? —pregunta Erin.

Lara niega.

—No por ahora.

—Entonces, eso es todo —dice Erin.

Lara se levanta y sale de la sala sin mirar atrás.

—Perdona, Lara. Una cosa más… ¿Cómo acaba la película? —pregunta Neil.

—¿De verdad quieres que te explique el final?

—Sí, no hay problema. No me importa el espóiler —dice con sarcasmo—. Nunca tengo tiempo de ir al cine.

Lara lo observa con una mezcla de hastío y superioridad. Después de explicarle cómo acaba la película, se larga con elegancia medida.

Neil cierra la libreta con un leve chasquido.

—¿Te ha parecido sincera?

—No del todo —masculla Erin—. Está diciendo mucho… pero también esquivando.

—¿Qué crees que oculta?

Erin clava la mirada en la puerta por la que Lara desapareció.

—La verdad completa. O el porqué exacto de todo esto.

Se levanta. Se detiene un segundo en el pasillo cuando ve a Murillo pasar.

—Murillo… ¿Has conseguido localizar a Sergio?

—No. Aún no. Lo que sabemos es que estuvo seis años en un centro de menores y luego ha tenido varios trabajos esporádicos. En casa de sus padres dicen que llevan sin verlo más de un mes —comenta Murillo, aún enfadada, esquivando la mirada.

—Neil, por cierto, ¿has conseguido algo más sobre el diario que mencionó Gael?

—No aún, pero les hemos pedido a los agentes que registren de nuevo la casa de Ariadna. Por si acaso.

—Está bien. Mantenme informada —dice Erin—. Tengo la sensación de que ese diario es la pieza que falta para que todo encaje.

* * *

Por la tarde – cementerio de Rabadás

El viento sopla suave entre los cipreses. Erin se detiene frente a la tumba de Caterina.

—Algunas personas lloran por dentro —dice para sí misma, con la voz quebrada.

Mira al sauce llorón, no muy lejos de ahí. Sus ramas se balancean lentamente, como si susurraran algo al pasar.

Y entonces, un pensamiento: ¿Qué nos está ocultando Lara?

Erin camina despacio hacia el sauce. Se agacha. Mira con atención.

De repente, una ráfaga de viento le aparta el pelo de los ojos.

—Caterina —balbucea Erin—. Sé que tú averiguaste algo que te mató. Te prometo que vamos a terminar lo que empezaste.

Siente un martilleo en el pecho. El sauce. El cementerio. Su amiga. Como si Caterina le hablara desde algún lugar.

27

Sábado, 15 de febrero de 2025

Cuando entra por la puerta de la comisaría, Erin se detiene en seco al ver una figura que no esperaba a esa hora de la mañana.

—¿Comisario? —pregunta, sorprendida—. ¿Qué haces aquí tan temprano?

El comisario Lizarraga la mira con el rostro más serio de lo habitual, los brazos cruzados a la espalda.

—Tenemos que hablar —dice, sin rodeos.

A Erin le da mala espina.

Sin darle tiempo a reaccionar, la guía hacia una de las salas de reuniones. Erin lo sigue, con el corazón encogido. Al pasar por el pasillo, ve a Neil observando desde lejos, ceñudo, sin saber qué está pasando. Murillo, en cambio, la contempla con una sonrisilla torcida, casi triunfal.

Una vez dentro, Lizarraga cierra la puerta con cuidado, pero su expresión no es más suave.

—Me has engañado, Erin. Y te has saltado unas cuantas reglas.

—¿De qué estás hablando?

—Tú y Caterina Munell erais amigas.

Erin niega con la cabeza, automáticamente, intentando negar lo evidente.

—No, qué va. Éramos conocidas. Coincidimos en el instituto, pero…

—No me mientas —interrumpe él, tajante—. Erais amigas íntimas. Lo he comprobado.

Erin baja la mirada. Ya no tiene sentido seguir fingiendo.

—Es verdad. Pero eso no cambia nada. He sido objetiva con el proceso desde el principio. Ya viste que la autopsia confirmó que no se suicidó. Estoy haciendo mi trabajo.

—Demasiado tarde. Te voy a suspender del caso.

—¡No puedes hacerme eso!

—Son las normas, Erin. No puede haber ningún tipo de vínculo emocional con la víctima. Lo sabes.

—¿Y a quién vas a poner al frente? Estamos a punto de descubrir la verdad. No puedes apartarme ahora.

—A Alba Murillo.

Erin contiene una carcajada incrédula. Le lanza una mirada fulminante al comisario.

—Ah. Ya veo. Claro… La bruja al fin se sale con la suya —resopla, entre dientes.

Lizarraga ignora el comentario.

—Y no solo eso. Ayer interrogaste a Lara Guzmán sin abogado. ¿En qué estabas pensando?

—¡No pidió ninguno! Ni siquiera lo mencionó.

—Eso no importa. Si no ha renunciado explícitamente, y por escrito, al derecho de tenerlo, el interrogatorio no es válido. Podríamos tener problemas legales.

Erin respira hondo, frustrada, con una presión creciente en el pecho.

—Comisario, esto es una locura…

—Deja aquí tus cosas.

Erin lo mira como si no lo reconociera. Pero la expresión de Lizarraga no le deja ningún margen.

—Es una suspensión temporal —añade—. Tómatelo como unas vacaciones obligadas.

La furia se acumula bajo la piel de Erin, pero no dice nada. Saca lentamente su placa y su arma del cinturón, los deja sobre la mesa y sale de la sala con pasos firmes.

En el pasillo, Murillo la espera con los brazos cruzados, como si hubiera sabido desde el principio que ese momento llegaría.

—Crees que te has salido con la tuya —le espeta Erin al pasar a su lado—, pero estás jodiéndolo todo por una de tus pataletas de mierda.

Murillo la mira con arrogancia, sin apartar la vista ni un segundo. Erin la ignora y sigue caminando, mientras Neil la observa con los ojos muy abiertos, aun procesando lo que acaba de pasar.

* * *

Una hora después, Erin camina sola por la Playa de las Sirenas. El viento con olor a salitre le revuelve el cabello mientras las olas rompen con fuerza en las rocas. Se sienta en una piedra grande y húmeda, sin importarle mancharse los vaqueros. Cierra los ojos. Vuelve a ver a Caterina riendo, con un libro en las manos y los pies mojados. En otra vida, cuando todo era mucho más sencillo. Cuando planeaban ir a vivir juntas en otra ciudad. Cuando aún creían que podrían comerse el mundo, sin que el mundo les devolviera el mordisco.

—Lo siento, Cat —susurra—. No era así como debía salir todo esto.

Siente un nudo en la garganta. Lo traga con dificultad. El sonido de las gaviotas le recuerda que el tiempo sigue avanzando, aunque su caso, su búsqueda, haya quedado en pausa.

* * *

Esa noche, al llegar a casa, se encuentra con una figura familiar esperándola en el portal del hotel. Una joven delgada, rubia y de su

misma edad, con el rostro desencajado y los ojos oscuros por el cansancio.

—¿Julia Vera? —pregunta Erin, reconociéndola de inmediato.

—Hola —responde Julia con un hilo de voz—. ¿Puedo hablar contigo?

Erin asiente. Le hace un gesto para que suba con ella. Ya en el salón, le ofrece una taza de té que Julia acepta con manos temblorosas.

—Siento mucho lo de tu hermana —dice Erin, sentándose frente a ella—. De verdad. Sé muy bien lo que es perder a alguien que quieres.

Julia asiente, luchando por no derrumbarse.

—Me enteré de que tú llevabas el asunto de Ariadna. Por eso he venido.

Erin traga saliva.

—Llevaba… —la corrige, bajando la mirada—. Me han apartado temporalmente.

—¿Por qué?

—Es largo de explicar. Digamos que estoy oficialmente de vacaciones. Pero si necesitas hablar, aquí estoy.

Julia saca algo de su mochila: un collar fino, casi infantil, con una pequeña llave colgando. Lo deja sobre la mesa, con cuidado.

—Ariadna tenía un diario. Lo escribía a escondidas. Yo lo vi una vez, cuando creía que dormía. Siempre lo escondía muy bien y nunca supe dónde. Busqué en su habitación, incluso en su taquilla del instituto, pero nada. Solo está la llave.

Erin toma la llave entre sus dedos como si fuera un tesoro. Es pequeña, de latón. Muy antigua. La gira un par de veces.

—¿Sabes si iba a algún otro sitio con frecuencia?

—La biblioteca —responde Julia tras pensarlo un instante—. La verdad es que era una empollona. Me recordaba a Caterina…

Las dos sonríen levemente.

—¿Y en la biblioteca hay taquillas?

—Sí. Pequeñas, para los usuarios frecuentes.

—Quizás sea allí donde lo escondía. Tiene sentido si quería mantenerlo lejos de casa. Me puedo pasar el lunes. Aunque no sé cómo conseguiré abrir esas taquillas sin un permiso.

Julia se incorpora, esperanzada.

—¿Te importa si te acompaño?

—Claro que no —dice Erin, con un brillo en los ojos—. Lo haremos juntas.

Antes de salir, Julia se detiene en el umbral de la puerta.

—Sé que en el pasado… Mis amigos y yo nos portamos mal contigo. Con Caterina también. Lo siento. Yo era una cría y repetía lo que oía en casa. Imitaba a mis amigos. Pero nunca dejé de admirarte. Ni a ti ni a ella.

Erin la mira, sin saber qué decir durante unos segundos. Luego asiente con sinceridad.

—Gracias, Julia. Eso significa más de lo que imaginas.

Cuando ella se marcha, Erin se queda unos segundos en silencio en medio de la habitación, observando la pequeña llave sobre la mesa. La coge y la aprieta con fuerza entre los dedos. Un segundo después suena el teléfono. Es Neil.

—¿Erin?

—Hola.

—¿Estás bien?

—He tenido días mejores —dice ella, dejando caer el cuerpo en el sillón incómodo—. ¿Qué quieres, Neil? ¿Escuchar mi voz de amargada?

—No digas eso. Sabes que me preocupas.

Se produce un silencio breve.

—No entiendo qué ha pasado exactamente —continúa él—. Estábamos tan cerca. La prueba del forense, el perfil de la víctima, las conexiones… ¿Por qué te han apartado justo ahora?

Erin suspira, cansada.

—Porque me salté las normas. Interrogué a Lara sin abogado. Y porque… Caterina y yo éramos amigas.

—¿Y eso importa ahora?

—Para ellos, sí. Lizarraga dice que no puedo ser objetiva.

—¿Y lo eres?

Erin duda. Pero solo un segundo.

—Sí. Lo soy. Me duele, claro. Pero precisamente por eso quiero justicia.

Neil guarda silencio.

—¿Y Murillo? —pregunta luego, en tono bajo—. ¿Sabes que está echando pestes por toda la comisaría? Dice que por fin se hará bien el trabajo…

—Murillo quiere el caso solo por vanidad. No le importa la verdad. Y eso nos va a costar caro.

—Estoy de acuerdo contigo. Ojalá pudiera ayudarte. Me siento muy impotente ahora mismo.

—Lo sé, Neil. No te metas en líos por mí.

—Mira… Si necesitas ayuda con lo que sea… ya sabes dónde estoy. No voy a dejar que esto se hunda.

Erin sonríe, por primera vez, en todo el día.

—Gracias. De verdad.

—¿Dónde estás ahora?

—En el hotel. Pero voy a salir a correr. Por cierto, puede que tengamos una pista nueva.

—¿Una pista?

—Te lo cuento luego con más detalle, solo te avanzo que tenemos la llave del diario de Ariadna y necesito un favor.

A Erin se le iluminan los ojos esperando que Neil pueda ayudarla.

—Lo que sea.

—Necesito que me consigas una orden de registro para abrir las taquillas de la biblioteca municipal.

—Me encantaría ayudarte, pero tengo a Murillo todo el día encima de mí. ¿Cómo lo puedo conseguir?

—Pide ayuda a Moisés Vázquez, mi compañero. Él te ayudará. En menos de cuatro horas tendrás ese registro.

—Hecho. ¿Quedamos luego?

—No. Los fines de semana cierran. ¿Quedamos el lunes delante de la biblioteca?

—Sí.

—Y Neil… —dice cuando está a punto de colgar.

—¿Sí?

—Gracias por no dejarme sola en esto.

—No tienes que darme las gracias, Erin. Estoy contigo. Y siempre lo estaré…

De repente le parece una declaración de amor e intenta arreglarlo matizando la frase.

—Siempre estaré contigo, compi.

Neil se siente ridículo y Erin reprime la risa mientras se despiden.

28

Lunes, 17 de febrero de 2025

Erin lleva un buen rato en la puerta de la biblioteca municipal, con las manos metidas en los bolsillos de su chaqueta y la mirada fija en el cielo encapotado. La brisa fresca arrastra el olor a sal desde la costa. Sigue sin comprender por qué la han apartado del caso. No tiene sentido. Cada día que pasa sin poder investigar es una oportunidad perdida para esclarecer la verdad. Y ahora, con Murillo al frente, siente que todo se desmorona.

Ve llegar a Neil. Le ha crecido un poco la barba, cobriza como el cabello. Le resaltan los hoyuelos y le da un aire más mayor.

Es puntual como siempre. Unos metros más atrás viene Julia Vera. Erin le dedica una sonrisa amable.

—Julia, él es Neil, mi compañero… bueno, excompañero, técnicamente —dice Erin, confundida—. Neil, ella es Julia Vera.

Ambos se dan la mano, intercambiando saludos tensos pero cordiales.

—¿Tienes la orden? —pregunta Erin en voz baja, como si temiera que las paredes pudieran oírla.

—Sí —responde Neil, sacando un papel doblado del bolsillo interior de su chaqueta—. Tu compañero Moisés es muy eficiente.

—Es un genio. Pero no se lo digas, se lo acabaría creyendo más de lo necesario —bromea ella y sonríe con complicidad.

—He tenido que inventarme una buena milonga para escabullirme sin que Murillo me persiguiera con su ojo avizor. Espero que valga la pena.

Se adentran en la biblioteca. Todo parece igual a cómo la recuerda Erin: estanterías altas, alguna mesa desordenada, un silencio contenido.

La bibliotecaria los guía hacia una hilera de taquillas escondidas en un rincón.

Una por una, van probando las cerraduras. Pero en ninguna está el diario. Pasan los minutos largos y frustrantes.

—Nada —suspira Neil, abriendo la última, sin éxito—. Si lo escondió aquí, o ya lo han encontrado, o lo cambió de sitio. Lo que no sé es por qué guardó la llave.

—Quizás pensó que, si encontraban el diario, pero no la llave, les costaría abrirlo —dice Julia.

—Seguro que lo dejó en otro lugar —responde Erin—. Seguiremos buscando.

Julia asiente con resignación y se marcha, prometiendo llamar si recuerda algo más. Neil y Erin se quedan solos, aún frente a las taquillas vacías.

—¿Y bien? ¿Qué ha hecho ahora Murillo? —pregunta Erin, casi sin fuerzas.

Neil se pasa una mano por el rostro.

—Ha encontrado a Sergio Marín en casa de un amigo y ha entrado con una orden de registro. Lo ha detenido.

—¿Qué? ¿Por qué lo ha detenido?

—Recibió un mensaje anónimo el sábado, que inculpaba a Sergio. Además, no tenía coartada la noche que murió Caterina, cuando salió del centro de menores, ni cuando murió Ariadna Vera. Y por si fuera poco…

Se detiene, como si lo que viniese a continuación le costara decirlo.

—Han encontrado los móviles de ambas chicas en un cajón de casa de sus padres. También restos de *curare*. La misma droga que apareció en las autopsias.

Erin lo mira con incredulidad. Un silencio denso se instala entre ambos.

—¿Así de fácil? ¿Todas las pruebas así, servidas en bandeja? Ni el asesino más torpe dejaría las cosas tan a la vista. Eso no tiene ningún sentido, Neil.

—Estoy contigo. Es demasiado perfecto para ser cierto.

—Me encantaría creer que fue él. Se lo merece. Pero no me cuadra. No después de todo esto. No de esa forma.

—Murillo está cegada. Quiere cerrar el caso a toda costa, para llevarse las medallas. Va a joderlo todo, jefa.

Erin apoya la espalda contra la pared y suspira. Se lleva una mano a la frente.

—No me llames jefa —dice, con media sonrisa amarga—. Ahora mismo soy una inútil.

Neil la mira con delicadeza. Le acaricia el brazo, un gesto breve, pero que le recorre todo el cuerpo como una descarga eléctrica. Erin se tensa, sorprendida por lo que ha sentido.

—Deberíamos centrarnos en las coartadas —dice al fin, recuperando la compostura—. Revisar cámaras, pedir la orden de registro para las casas de Gael y Lara… Pero, sobre todo, encontrar ese diario. Es la clave.

Neil asiente con complicidad.

—Cuenta conmigo.

* * *

Centro penitenciario de Rabadás

Horas después, el aire del centro penitenciario huele a desinfectante y a rutina estancada. Erin pasa el control de acceso sin apenas parpadear. Ya ha estado en lugares peores, pero nunca deja de sentir un nudo en el estómago cada vez que entra en uno.

La sala de visitas está fría, mal iluminada y cargada de una tensión que no se ve, pero se percibe. Al otro lado del cristal, Sergio Marín la observa mientras se acomoda en la silla de plástico, con el uniforme gris del centro y un aire más resignado que desafiante.

—Vaya… Me ha costado reconocerte. Cuando me han dicho que tenía una visita de la inspectora Erin Butler, casi me da un patatús.

—¿Por qué? ¿No me crees capaz de ser poli o llevar un arma?

—Sí, es solo que… No me lo esperaba.

Erin lo escudriña con la mirada.

—Bueno, no estamos aquí para hablar de mí.

—Ya… Supongo que tú también crees que soy el asesino de Ariadna y Caterina, ¿no? —dice Sergio, cruzándose de brazos con una sonrisa torcida.

—No lo sé —responde Erin, sosteniéndole la mirada—. ¿Lo eres?

—¿En serio crees que si fuera yo habría escondido las pruebas en un cajón? ¿Como si fueran calcetines viejos?

—Hay asesinos que se quedan con objetos de sus víctimas. Trofeos, los llaman. No sería la primera vez.

—Sí, pero no así —dice él, negando con la cabeza, casi ofendido —. Yo no soy ese tipo. He cambiado, Erin. Créeme.

—Eso es lo que dices tú.

—Y es la verdad. —Su voz baja un tono, más grave, más sincera —. Lo que hice… lo que intenté hacerle a Caterina fue asqueroso. No busco excusas. Fue una mierda. Y lo he tenido presente todos los días desde entonces.

Erin no dice nada. Lo mira con el rostro impasible, pero su mandíbula está tensa.

—He estado yendo a terapia. Desde que me metieron aquí. Un psiquiatra me ha ayudado mucho. A entender mi rabia. A ponerles nombres a las cosas que me pasaban.

—¿Y qué te pasaba?

—Mis padres me pegaban. Mucho. Desde pequeño. Los dos. Bebían, se peleaban y luego venían a por mí. Siempre he sentido

odio. Contra todos. Pero con Caterina… no sé. Ella era distinta.

—Y aun así intentaste violarla.

Sergio baja la cabeza. Cierra los puños con fuerza.

—Lo sé. Y me arrepiento. Te juro que me arrepiento. Si pudiera volver atrás…

—Pero no puedes —le corta Erin—. Está muerta.

El silencio que sigue es tan espeso que hasta cuesta respirar.

—Me duele mucho lo que le pasó —masculla él, al cabo de unos segundos—. Cuando me enteré… Joder, Erin, me jodió de verdad. No se merecía eso.

—Y cuándo te dieron el permiso para salir del centro de menores, ¿qué hiciste?

—Lo primero que hice fue pegarme un buen desayuno de campeón. También llamé a mis amigos, pero ninguno respondió al teléfono. Creo que estaban de resaca por una fiesta que hicieron…

—¿Estuviste el dos de noviembre de 2010 entre las 14,00 y las 15’00 h por la Playa de las Sirenas?

—Estuve al mediodía, sí, fui a dar una vuelta, a tirarme por la arena, respirar aire puro… Pero nada más. Cuando el tiempo empeoró me fui a casa. Y en cuanto a Ariadna, apenas la conocía… El día que murió ya les dije a los agentes que yo estaba en el bar.

Erin lo observa en silencio. Su instinto le dice que no está mintiendo. Que aquel chico, por muy desviado que hubiera estado en el pasado, no era el culpable. No ahora. No de eso.

—¿Quién vive contigo en casa?

—Mi madre, pero pasa más tiempo borracha que consciente. Y mi padrastro se fue hace meses. Estoy solo, la mayoría del tiempo.

—¿Alguien más tiene la llave de tu casa?

Sergio parpadea, como si la pregunta no tuviera sentido para él.

—No, que yo sepa.

Erin asiente con la cabeza. Lo apunta mentalmente.

—Pero mi madre a veces deja la puerta abierta —continúa él—, mientras se queda en el sofá durmiendo la mona. De hecho, se nos ha escapado unas cuantas veces el perro, por culpa de eso.

—¿Entonces, crees que alguien pudo entrar, plantar pruebas y manipular la escena?

—Definitivamente sí.

—¿Y quién crees que podría hacer algo así?

—Pues no lo sé. Alguien que me odia y me quiere joder la vida aún más.

—O alguien que sabe que eres un blanco fácil, con un historial no muy limpio, a quien cargarle el muerto.

—Alguien muy retorcido.

—Te agradezco que hayas estado receptivo a hablar conmigo —dice finalmente Erin, levantándose.

—¿Me crees?

Ella se detiene en seco.

—No lo sé aún. Pero no encajas.

Y se va.

29

Lunes, 24 de febrero de 2025, por la mañana – cafetería La Tramontana

La lluvia golpea suavemente los ventanales empañados de la cafetería. Está haciendo un temporal terrible. Erin remueve el café, sin demasiado entusiasmo. Frente a ella, Ray, la observa con una mezcla de preocupación y paciencia. No la conoce tan bien como para saber cuándo puede sacar según qué tema.

—¿Has dormido algo esta semana? —pregunta, finalmente, rompiendo el silencio.

—No mucho. ¿Tú dormirías si estuvieras viendo cómo destrozan un caso delante de tus narices? —dice con tono irritado.

Ray la mira con cariño.

—Perdona, no quería ser borde —se disculpa Erin.

Ray le hace un gesto con la mano quitándole importancia.

—Sigo sin entender por qué te han apartado del caso. Tú eras la que llevaba todo esto. La única que de verdad se tomaba esto en serio.

Erin deja la cucharilla a un lado.

—El comisario dice que es por el vínculo personal con Caterina. Pero no es solo eso. Hay algo más. Murillo ha metido las narices y ahora todo está… torcido.

—¿Qué sabes hasta ahora?

—Sé que Sergio no es el asesino. Que alguien ha manipulado pruebas para incriminarlo. Sé que Caterina y Ariadna murieron por lo mismo, que está todo conectado, y que el diario de Ariadna puede ser la clave.

—¿Qué crees que sabían? ¿Por qué el asesino se deshizo de ellas?

—Creo que tanto Caterina y Ariadna sabían los asuntos sucios de Rafa, pero ahora él está muerto, por lo que no puede ser el asesino. Caterina quería decirme algo el día que la mataron… Y también Ariadna quería quedar con Gael para explicarle algo. ¿Pero el qué?

— A lo mejor estaba relacionado también con Rafa…

A Erin se le ilumina la mirada como cuando está a punto de resolver alguna cosa importante.

—¿Y si Caterina descubrió que su padre tuvo una aventura con Lara?

—¿Y Lara decide matarla por eso?

Erin duda, sabe que no es un móvil sólido. Pero en segundos a Erin se le vuelve a iluminar la mirada.

—Tengo que pedirte un favor —le dice a Ray con ojos suplicantes.

—Claro.

—¿Podrías mirar si encuentras la autopsia que le hicieron a Luis Munell? Sé que murió de un accidente, pero no sé… A lo mejor se

les escapó algo.

—De acuerdo. Lo miraré.

—Me gustaría hacer más —dice frustrada—, pero no me dejan acercarme. Ya ni siquiera soy policía.

Ray levanta una ceja.

—Sigues siendo Erin. Y eso ya es mucho.

Ella sonríe, pero es una sonrisa cansada.

—Estoy empezando a sentir que nada de esto tiene sentido. Que por mucho que me empeñe, siempre va a haber alguien con más poder, dispuesto a taparlo todo.

—¿Y qué vas a hacer?

Erin baja la mirada.

—No puedo parar, Ray. No mientras haya una posibilidad de descubrir la verdad. Caterina se merece algo mejor que un archivo cerrado por comodidad política. Y ahora, además… Julia confía en mí.

Ray asiente, con esa calma que siempre lo caracteriza.

—Entonces haz lo que sabes hacer. Pero prométeme que vas a tener cuidado.

Erin abre la boca para responder, pero en ese momento su móvil vibra sobre la mesa. Lo mira. Es Neil.

—Perdón —masculla, antes de contestar—. ¿Sí?

Y entonces, recibe la noticia que nunca hubiera querido escuchar: han cerrado el caso.

—¿Qué has dicho? —Erin se queda helada, mirando a Neil como si no hubiera entendido bien.

—Lo que oyes. Han cerrado el expediente de Caterina y Ariadna —repite él con amargura—. Sergio Marín será juzgado por los asesinatos de las chicas.

Erin se aparta, caminando en círculos por el aparcamiento vacío. Siente como si el mundo se estuviera desmoronando otra vez.

—¡No puede ser! ¡Esto es una barbaridad, Neil!

Está furiosa. Le explica a Ray lo que ha pasado. Se despiden y se va hacia el parking de coches.

Coge de nuevo el móvil con los dedos temblorosos y marca el número del comisario Lizarraga. Este tarda en responder, como si supiera que la llamada no será fácil.

—Erin —dice al otro lado con voz cansada.

—Comisario, dime que esto es una broma. ¿Habéis cerrado el expediente de Caterina Munell y Ariadna Vera?

Un silencio breve, denso.

—Sí.

—¿Por qué? ¡Tú sabes tan bien como yo que esto huele a chamusquina! ¡Esto no tiene ningún sentido!

—Las huellas coinciden. La droga apareció en su casa. Y hay mucha presión, Erin. La fiscal está encima desde hace días. Quiere cerrar esto antes de que trascienda más.

—¡¿Desde cuándo la política dicta lo que es justicia?! Esto no está cerrado, comisario. Aún queda algo. Hay un diario… y lo voy a encontrar.

—Recuerda que estás suspendida. Te podrías meter en un lío y no poder volver al cuerpo —murmura Lizarraga antes de colgar—. Ten cuidado. No sabes hasta dónde puede llegar esto.

Una hora después, mientras Erin revisa sus notas, sentada en su coche, recibe una llamada. Es Julia.

—Erin —dice la joven, un poco agitada—. Creo que sé dónde está el diario. No era en la biblioteca.

—¿Dónde, entonces?

—En la estación de autobuses. Me he acordado de que cuando venía del conservatorio o del tenis y no quería cargar con los libros, los dejaba en una taquilla de allí. Lo hacía mucho.

—¿Estás segura?

—No del todo, pero es la única opción lógica que me queda. ¿Quedamos esta tarde?

—Claro. Te aviso cuando tenga la orden.

Erin cuelga y de inmediato llama a Neil.

—Necesito otra orden de registro, esta vez para las taquillas de la estación de autobuses.

—¿Estás segura?

—Más que nunca.

* * *

Lunes, por la tarde – estación de autobuses

El cielo sigue sombrío como en los últimos días y el aire huele a gasoil y asfalto mojado. Frente a la entrada principal de la estación,

Erin se abraza a sí misma, inquieta, mientras mira el reloj por quinta vez en apenas dos minutos. El tráfico pasa a su espalda con desgana y un autobús arranca dejando tras de sí una nube gris.

Neil, apoyado en una farola oxidada, la observa sin decir nada, respetando su silencio, aunque la impaciencia le hierve también por dentro.

—No contesta —dice ella, con el móvil pegado a la oreja—. Llevo llamándola desde hace más de media hora.

—¿Crees que le habrá pasado algo?

—No lo sé. Pero me parece raro que Julia no me haya enviado ni siquiera un mensaje —responde y frunce el ceño, inquieta—. Algo no va bien.

—¿Quieres que esperemos más?

Erin niega con la cabeza.

—No, luego me paso por su casa. Vamos a buscar esa taquilla.

Dentro de la estación, el ambiente es frío y desangelado. Las taquillas metálicas ocupan una pared entera. Neil saca el sobre con la orden, por si alguien pregunta, y junto a una operaria comienzan a probar una por una.

Por fin, en una de las taquillas, la 105, encuentran un diario.

—¿Será este el diario? —pregunta Neil.

—No lo sé. Solo hay una manera de comprobarlo.

Erin saca la pequeña llave que Julia le entregó días atrás y la desliza en la ranura del diario. Gira. Encaja. Clic.

—Aquí está —susurra, y sus dedos tiemblan al abrir el cuaderno de tapas duras y floreadas, con bordes gastados.

—¿Es suyo?

—Pone Ariadna Vera y la llave encaja —dice Erin, hojeando rápidamente las primeras páginas. La letra le recuerda a la de Caterina. Palabras intensas, frases fragmentadas, algunas tachaduras. Muchas emociones.

Neil iba a decir algo, pero entonces suena su teléfono. Lo mira, se pone pálido al ver el nombre en la pantalla.

—Es Murillo.

Erin lo observa, conteniendo la respiración.

Neil responde.

—¿Sí? ¿Qué?

El silencio se vuelve intenso y largo. Erin solo ve cómo Neil se queda inmóvil, con el rostro desencajado.

—¿Qué ha pasado? —pregunta en cuanto cuelga.

—Han encontrado a Julia…

—¿Qué? ¿Dónde?

—En su casa. Muerta. Una fuga de gas, dicen.

Erin parpadea, incrédula.

—No —susurra con apenas un hilo de voz, negando con la cabeza—. No. Julia no se ha muerto por un accidente doméstico. La han querido silenciar. El asesino sabe que estamos cerca, que buscábamos el diario.

—Puede que solo haya sido una coincidencia —dice Neil, aunque su tono no tiene convicción.

—No. A estas alturas, ya no creo en coincidencias.

Erin aprieta con fuerza el diario de Ariadna contra su pecho. Ahora tiene más preguntas que nunca. Pero también tiene algo más: una puerta abierta hacia la verdad.

Y piensa cruzarla, cueste lo que cueste.

30

Tarde del lunes, 24 de febrero de 2025

Erin se ha pasado toda la tarde encerrada en su habitación de hotel, con el diario de Ariadna sobre la mesa, rodeada de subrayados, notas rápidas y un nudo en el estómago. La taza de café ya se le ha enfriado. El aire dentro del cuarto está viciado, es espeso. Cada página es como un susurro desde el pasado. Una confesión velada. Un puzle incompleto, pero revelador. Algo oscuro se esconde entre esas páginas, aunque aún está acabando de unir todas las piezas. Es un rompecabezas emocional que no se deja resolver con lógica, pero sí con intuición. Y Erin tiene esa intuición ardiendo en el pecho, como una bengala.

Nombres, apodos… Situaciones mal descritas o intencionadamente vagas. Hay una figura que se repite, una sombra, alguien sin rostro. Pero también hay otra cosa: una fecha subrayada dos veces y un mensaje escrito con letra temblorosa: «Si algo me pasa, no fue un accidente».

Erin traga saliva. Mira por la ventana, donde la tarde se ha transformado en noche sin que se diera cuenta. La ciudad murmura

afuera, indiferente al horror que se está cociendo en sus entrañas. No lo duda ni un segundo: tiene que hablar con Lizarraga sí o sí. Tiene que enseñarle el diario. Neil le ha dicho que el comisario está en comisaría, que ha venido al enterarse de la muerte de Julia Vera. Otra víctima, piensa Erin. Y cada minuto que pasa sin actuar la enfurece más.

Llega al edificio policial con paso decidido. Las luces blancas de la comisaría la envuelven como una amenaza. No tarda en cruzarse con Murillo, que nada más verla, no deja que ponga un pie en el vestíbulo.

—¿A qué has venido ahora? —pregunta ella, alzando la voz, con esa media sonrisa que Erin ha aprendido a odiar.

—Necesito hablar con Lizarraga. Es urgente.

—¿Urgente para quién? ¿Para una exagente sin placa? ¿Una civil obsesionada?

—Por tu culpa ha muerto otra chica, Murillo. ¡Julia confiaba en nosotros!

—Tú ya no trabajas aquí, así que no vengas a dar lecciones. ¿Qué te crees? ¿Que me vas a joder justo ahora, cuando me van a ascender? Lárgate, Erin.

—¿Ascenderte? A ti solo deberían encerrarte —dice, dando un paso al frente.

—Agentes —ordena Murillo, sin dejar de mirarla—. Echen a esta mujer. No está en sus cabales.

Dos policías jóvenes, visiblemente incómodos, se acercan a Erin, pero ella no opone resistencia. Alza la cabeza con dignidad y se

marcha sin mirar atrás, con los puños apretados y el estómago revuelto.

En el aparcamiento, mientras camina hacia su coche con el corazón encogido y los ojos llenos de rabia, su teléfono suena. Es Ray.

—¿Ray? Dime que tienes algo —dice sin un previo saludo.

—Tengo más que eso —responde él, con la voz contenida—. He revisado lo de la autopsia de Luis Munell… y hay cosas raras, Erin. Muy raras.

—¿Qué has encontrado?

—Dicen que murió por el accidente, sí, pero hay una fractura en la mandíbula y en el tabique nasal, que no concuerdan con el impacto del coche. Además, el airbag funcionó perfectamente. No hay marcas de frenado. Como si no hubiese intentado evitar el choque.

—¿Estás diciendo que…?

—Sí. Que puede que lo golpearan antes del accidente. Y escucha esto: me he puesto en contacto con un par de amigos de la policía científica. Me deben favores. Les pedí el informe técnico del coche. ¿Sabes qué ponía? Fallo en el sistema de frenos. Premeditado, Erin.

Un silencio cae entre ellos.

—Esto es muy gordo, Ray. Has hecho un trabajo increíble.

—Lo sé. Pero tú ten cuidado, ¿vale?

—Voy a llamar a Lizarraga ya.

Pero no llega a hacerlo.

De pronto, siente un pinchazo en el cuello. Apenas tiene tiempo de llevar la mano al punto del impacto, de girarse. Alguien la empuja

con fuerza hacia una furgoneta blanca que espera junto a su coche. El asfalto se aleja de los pies. La puerta se cierra con un golpe seco.

* * *

Una hora después, en la comisaría

Neil camina de un lado a otro, inquieto. El móvil de Erin no responde y tiene un mal presentimiento. Al rato, los compañeros le cuentan que Erin estuvo allí hace poco, que venía a ver a Lizarraga y que Murillo la echó. Sabe que llevaba el diario con ella. Pero nada más.

Se dirige con paso rápido al despacho del comisario.

—¿Comisario Lizarraga? —dice, entrando sin esperar permiso—. Necesito hablar contigo, por favor. Es importante.

—¿Qué pasa?

—Erin estuvo aquí hace rato. Venía a verte, pero Murillo la echó. Iba a enseñarte el diario que pertenecía a Ariadna Vera. Desde entonces no sabemos nada de ella. Y eso no es lo único…

Lizarraga frunce el ceño.

—¿Qué más?

—He revisado el testimonio de Lara Guzmán. ¿Recuerda que dijo que estaba en el cine la noche del asesinato de Ariadna? Pues bien, investigando un poco, he descubierto que ese día, la película solo proyectó los primeros minutos, por un fallo técnico. Cerraron la sala

y devolvieron el dinero. Lara mintió. Incluso me explicó el final de la película.

El comisario se pone de pie de inmediato.

—¿Y Erin?

—He pedido que rastreen la señal de su móvil.

—Bien hecho.

El rostro de Lizarraga se tensa. Apenas puede contener la furia.

—¡Hay que ir a casa de Lara Guzmán ya mismo! ¡Y registrarlo todo!

Un agente irrumpe en el despacho.

—Perdonad que moleste, hemos rastreado la última señal del móvil de Erin. Estaba en el aparcamiento de la comisaría. Lo hemos encontrado tirado cerca de una furgoneta blanca que aparece en la cámara, pero la matrícula no se distingue bien.

Lizarraga exhala nervioso. Sale del despacho, lleno de cólera y dando instrucciones a todos.

—¡Quiero a todo el mundo buscándola ya! ¡Y quiero una orden de registro para la casa de Lara Guzmán en cinco minutos!

Mientras da las órdenes, se vuelve hacia Murillo, que acaba de entrar.

—¿Qué está pasando? —pregunta ella sorprendida.

Lizarraga se le abalanza, furioso.

—¡Tú! ¡¿Por qué la echaste?! ¡Erin venía a darnos una pista clave y tú vas y la echas como si fuera basura!

—Solo seguí el protocolo —dice Murillo, desafiante, intentando mantener la compostura.

—¡Mentira! Lo hiciste porque te sentías amenazada y ahora Erin está desaparecida. Si le pasa algo, Murillo, lo pagarás caro. Muy caro.

A Murillo se le desencaja la cara mientras intenta esconderse, al ver que toda la comisaría la mira con desprecio y desconfianza.

El lugar se vuelve un torbellino de actividad. Lizarraga, por primera vez en mucho tiempo, siente que ha fallado. Que ha cometido un error con Erin. Y peor aún: que lo que viene ahora podría ser irreversible.

Neil, en silencio, observa todo, con los puños apretados. Afuera, comienza a llover de nuevo.

El reloj corre. Y Erin no aparece.

31

Noche del lunes, 24 de febrero de 2025

La conciencia le vuelve como un eco lejano, como si alguien gritara su nombre desde el otro lado de una cueva. Erin parpadea, pero no ve nada. Está oscuro, aunque la oscuridad no es lo único que rodea a Erin. También el silencio. Un silencio denso, de esos que dan miedo. Un zumbido le vibra en los oídos. Le arde la garganta. La cabeza le da vueltas. Intenta incorporarse, pero las piernas le fallan. El suelo está duro y frío. El aire huele a humedad y óxido.

La respiración se vuelve lenta y pesada. Intenta mover los dedos, pero solo responden algunos. Igual que las manos y los pies. Solo un hormigueo, un cosquilleo venenoso. Intenta recordar. El aparcamiento. La llamada de Ray. El pinchazo. La furgoneta. Todo fue tan rápido…

«¿Dónde estoy? ¿Qué me han hecho?».

Delante de ella, como surgida de una pesadilla, Lara Guzmán la observa desde la penumbra, sentada en una silla, tranquila, serena.

Como si no pasara nada. Ha encendido una linterna.

—Mierda —masculla Erin, con un hilo de voz.

Sus ojos se adaptan poco a poco a la luz. Está en una especie de almacén o fábrica abandonada. Es frío. Hostil. La única puerta está cerrada con candado. Las ventanas selladas.

—Te he puesto la misma droga que a las otras chicas —dice Lara, sin pestañear—. Curare. Inhibe la transmisión neuromuscular. Un clásico. No te preocupes, no duele… al principio.

Erin trata de hablar, pero apenas puede articular un sonido gutural. Su cuerpo comienza a apagarse por fragmentos. Le cuesta cada vez más respirar. El diafragma está cediendo.

—¿Por qué, Lara? —masculla, de manera apenas audible—. ¿Por qué tantas muertes?

Lara sonríe con una mezcla de lástima y orgullo. Se acerca lentamente con el diario de Ariadna en la mano y lo abre con parsimonia.

—¿Quieres respuestas? Escucha entonces —dice con tono teatral.

Empieza a leer fragmentos en voz alta, subrayando algunas palabras con el dedo.

—«Septiembre 2024. Querido diario…» —su voz es casi dulce— «Miss Z me ha confesado que le recuerdo a C, que tengo la misma sonrisa. Dice que ella estuvo embarazada y que su hija ahora tendría mi edad…».

Erin la mira con esfuerzo. El sudor comienza a recorrerle la frente. El oxígeno escasea.

—«Noviembre 2024. Miss Z y Mr. Rabbit me han pillado escuchando una conversación…» —continúa Lara, ahora su tono es

más frío—. «Hablaban de un móvil que había pertenecido a C. y Mr. Rabbit lo tenía escondido, pero ya no quiere hacerlo más. Miss Z lo amenazó con denunciarlo por pedófilo…».

—¿Rabbit… Rafa? —susurra Erin, casi sin aire.

Lara asiente con tranquilidad.

—Exacto. Él tenía su parte de culpa. Pero no quería seguir ayudándome. Se estaba echando atrás. Quería contarlo todo a las autoridades, delatarme. Así que… Tuve que acabar con él también.

—«Enero 2025 —sigue leyendo—, Querido diario, voy a quedar con G, a ver si me ayuda a resolver algunas dudas. Como por ejemplo, por qué le hicieron a C lo del vídeo y lo colgaron en las redes sociales. No entiendo que mi hermana se dejara llevar por eso… Mr. Rabbit quiere ayudarme, pero se siente amenazado por Miss Z. Voy a ir a la policía. Tienen que protegernos, ¿no?».

—¿Y Julia?

—Daño colateral. Para empezar, Ariadna no debería haber oído nada. Ni mucho menos escribirlo todo. El diario fue su sentencia. Y a Julia… tampoco podía dejarla viva. Era la hermana buscando el diario.

Erin tiembla. No por miedo. Por impotencia. Su cuerpo se apaga segundo a segundo. El corazón le late más lento. Las lágrimas le caen, silenciosas. No puede dejar de pensar en Caterina, Ariadna… Ahora sabe cómo se debieron sentir.

—Caterina quería decirme… —susurra con un último hilo de voz —, que había descubierto la ecografía. Que era tuya…

—Y así era —confirma Lara—. Quería respuestas. Pero yo no podía permitir que descubriera que fui yo quien mató a su padre.

—¿Por qué lo hiciste?

—Porque cuando me quedé embarazada de él, ese cabrón quiso desentenderse. Como si entre los dos no hubiera pasado nada. Me usó. Como un pañuelo. No quería saber nada del bebé, así sin más. Así que una noche, manipulé los frenos de su coche. Y cuando se subió, le golpeé la cabeza para asegurarme. Luego, quité el freno de mano y lo dejé marchar directo hacia la muerte.

Erin traga saliva, como si cada palabra fuera veneno.

—Eres una psicópata…

—Te equivocas —contesta Lara, agachándose junto a ella—. Yo hago justicia. Nadie se burla de mí y queda impune.

Se levanta, suspirando.

—Ha sido una noche larga. Estoy agotada. Tranquila. No luches. Cierra los ojos. Es indoloro. Verás a tus amigas muy pronto.

Le limpia con delicadeza una lágrima de la mejilla, luego, se da la vuelta y desaparece por la puerta del almacén.

* * *

El ambiente en la comisaría es un hervidero de actividad. Teléfonos que suenan sin parar, impresoras que echan humo y teclas que

repiquetean sin descanso. Todos los agentes se mueven con nerviosismo, intentando dar con el paradero de Erin.

En medio de todo ese caos, Neil está sentado frente a su portátil, con el ceño fruncido y los ojos fijos en la pantalla. Lleva minutos repasando bancos de imágenes, símbolos y bases de datos poco oficiales, con la sensación creciente de que está a punto de encontrar algo.

—Durante el interrogatorio de la señora Guzmán —le dice al comisario, sin apartar la vista del monitor—, me fijé en un tatuaje que tenía en la muñeca derecha. No era algo decorativo… Era un símbolo.

Neil intenta buscar frenéticamente una imagen que se asemeje en su portátil. Lizarraga se cruza de brazos, impaciente.

—¿Y qué tipo de símbolo era?

—Era un diseño muy singular, un fractal químico —responde Neil —. Lo reconocí enseguida. Es un símbolo que he visto en algún lugar, pero no recuerdo dónde. Pero creo que puede ser importante. Puede que Erin esté donde yo lo vi por primera vez… Solo necesito recordar dónde.

El comisario se acerca más, inquieto.

—¿Crees que ese tatuaje es una pista?

—Sí. Estoy casi seguro. He visto ese símbolo antes. No solo en la muñeca de Lara. Está grabado en algún sitio…

De repente, Neil se detiene. Sus dedos se congelan sobre el teclado. Da con una imagen casi idéntica a la del tatuaje. La imprime y se la enseña a Lizarraga.

—¡Aquí está! —exclama Neil—. ¡Lo encontré!

El comisario le arrebata la imagen de las manos.

—Haz más copias —ordena—. Que todos los agentes lo vean. Tal vez alguien lo reconozca.

Neil asiente y se dirige a la impresora mientras varios agentes se agrupan alrededor.

—¡Yo sé que es! —dice de pronto uno de los agentes más jóvenes, alzando la voz desde el fondo de la sala—. Ese símbolo… lo he visto en la verja de una antigua empresa química abandonada. Está a las afueras, cerca del polígono viejo.

Todos se giran hacia él. Neil corre hasta su mesa.

—¿Estás seguro?

—Totalmente. Lo vimos hace unos meses, cuando patrullábamos por la zona. Pensamos que solo era un grafiti industrial. Pero el símbolo era igual a este.

Lizarraga se pone en marcha de inmediato.

—¡Preparen un equipo ya mismo! Llévense unidades de apoyo, perros si hace falta. No vamos a perder más tiempo. Si Erin está ahí, cada minuto cuenta.

Los agentes se movilizan con diligencia. Chalecos antibalas, linternas, armas reglamentarias. Las órdenes vuelan. Neil se abrocha la chaqueta mientras mira a Lizarraga.

—Voy con vosotros.

—Por supuesto —asiente el comisario—. Pero prométeme que no te pondrás en primera línea y que mantendrás la calma. Si Erin está allí, no podemos arriesgarnos a perderla.

—Lo sé. Pero no pienso dejarla sola.

Lizarraga le da una palmada en el hombro, breve pero sincera.

—Vamos a traerla de vuelta, Neil. Lo juro.

Las sirenas se encienden. Las patrullas rugen al arrancar y salir disparadas en dirección al polígono industrial.

Mientras tanto, en algún lugar oculto entre la maleza y los muros corroídos por el óxido, Erin sigue atrapada.

32

Minutos después, Murillo y Neil son los primeros en llegar a la fábrica química. La furgoneta de la policía rechina al detenerse frente a la verja estropeada.

Fuerzan la puerta y entran con linternas y las armas desenfundadas. El lugar huele a descomposición industrial: polvo y restos de disolventes olvidados. Es un hedor intenso que raspa la garganta, como si los muros respiraran veneno.

La puerta principal cede con un crujido agudo cuando Neil la fuerza con el hombro. Un pasillo largo, oscuro, cubierto de escombros y manchas de productos químicos se extiende ante ellos.

—¡Erin! —grita Neil con la voz quebrada, que rebota por las paredes metálicas.

Corren entre pasillos estrechos, pisando objetos y atravesando algunas salas vacías. Finalmente, en un rincón polvoriento del antiguo laboratorio principal, la linterna de Neil ilumina algo. Un cuerpo.

—¡Allí!

Erin está en el suelo, inmóvil. Al enfocarla, su piel parece pálida. Tiene la ropa sucia, las muñecas atadas con bridas. Murillo se

arrodilla junto a ella y le toma el pulso con las manos temblorosas.

—No… —murmura—. No tiene pulso… Está muerta…

—¡No! —grita Neil, apartándola de un empujón.

Se arrodilla a su lado, le toma la muñeca con delicadeza, pero con urgencia. Cierra los ojos un segundo, concentrado.

—¡Tiene pulso! Débil… pero lo tiene.

Le aparta un mechón de pelo empapado de sudor de la frente. Luego le abre los párpados. Las pupilas responden. Hay esperanza.

—¡Necesitamos un médico ya! ¡Y oxígeno!

Sin esperar respuesta, empieza a practicarle un RCP. Cada compresión es una súplica. Cada respiración boca a boca, un intento desesperado de traerla de vuelta. Murillo no reacciona, está paralizada, de pie. La culpa de no haber hecho bien su trabajo se ha convertido en una losa sobre su conciencia.

Poco después, los servicios de emergencia entran con paso rápido y eficaz. Se agachan, le colocan la mascarilla de oxígeno y le toman las constantes. Uno de ellos asiente con alivio. Después, la suben a la ambulancia.

Lizarraga aparece en ese momento, con el rostro sombrío.

—¿Cómo está? —le pregunta a uno de los chicos.

—Está muy débil, pero creemos que se pondrá bien. Suerte del inspector… —añade uno de ellos, mirando a Neil—. Un poco más tarde y no lo cuenta.

Lizarraga lo mira y asiente. Neil está sentado en un viejo taburete, con la cabeza apoyada en un brazo, preocupado. Respira profundamente, como si acabara de salir de una pesadilla.

Murillo no dice nada. Sabe que ha hecho un mal trabajo, su vanidad ha podido con ella.

—Quedas apartada del caso. Con efecto inmediato —le dice el comisario. Y se va sin volver la vista atrás.

Una hora más tarde, la lluvia comienza a repicar de nuevo sobre los tejados, como si marcara el compás de una película trágica. La noche parece más densa y fría. Las luces intermitentes de una patrulla policial tiñen de rojo y azul las fachadas blancas y grises del barrio donde vive Lara Guzmán. El sonido de las sirenas corta el silencio como un cuchillo.

Mientras Erin lucha por seguir respirando en la UCI, media docena de agentes irrumpen en el edificio, fuerzan la cerradura y entran con decisión. Dentro, la casa desprende un aroma intenso a perfume caro, mezclado con un aire inquietante, de locura.

El salón parece haber sido saqueado con prisas: cajones abiertos, ropa sobre los sofás, documentos esparcidos.

En el dormitorio, Lara Guzmán introduce un pasaporte en un neceser de piel mientras su maleta yace abierta sobre la cama deshecha. Sus movimientos son mecánicos, casi coreográficos, como si hubiera ensayado ese momento muchas veces.

Cuando los agentes entran en la habitación con las armas desenfundadas, ella no se inmuta. Ni un grito, ni una súplica. Solo se gira con elegancia, alza las manos despacio y los observa con una expresión de serena resignación. Como si hubiera estado esperando exactamente esta escena.

—Parece que el juego ha terminado —dice uno de los policías, mientras le ajusta las esposas con firmeza.

—Para ustedes, tal vez —responde ella, dibujando una sonrisa apenas perceptible, como si supiera que todavía guarda una última carta.

Minutos después, la furgoneta policial avanza por las calles mojadas mientras las gotas de lluvia resbalan por las ventanillas como si intentaran ocultar lo que ocurre dentro. Lara va sentada entre dos agentes. Las esposas le rozan las muñecas, pero ni se queja ni intenta disimular su altivez. Observa el reflejo de las luces urbanas, con una extraña paz en el rostro. Como si esto no fuera una derrota, sino solo una fase más de su juego.

Delante, uno de ellos conduce, callado. A su lado, otro va con la mandíbula apretada. En el asiento trasero, Lara rompe finalmente el silencio:

—¿Les molesta si hablo? La tensión en esta furgoneta es casi teatral.

El conductor no responde. Solo la mira por el retrovisor, con un desprecio que no necesita palabras.

—Piénsenlo —continúa Lara, con voz suave—. ¿Cuántos detenidos les han dado la oportunidad de detenerlos con tanta facilidad? Sin persecuciones, sin sangre, sin espectáculo. Yo, en cambio, me entregué con clase.

—Tú no te entregaste —dice el otro chico, sin girarse—. Te pillamos cuando ibas a escapar como una rata.

Lara sonríe. Mira por la ventana.

—La verdad siempre suena vulgar cuando la pronuncia un policía corriente.

Nadie más habla durante el resto del trayecto.

* * *

Comisaría de Rabadás – sala de interrogatorios, 00:36 AM

La sala está en penumbra, iluminada solo por la lámpara del techo que lanza un halo de luz directo sobre la mesa de acero. Lara se sienta con la espalda recta, las manos aún esposadas. Su chaqueta de lino blanco está ligeramente arrugada, pero sigue pareciendo más una ejecutiva que una criminal. Frente a ella está sentado Lizarraga, agotado pero firme. Neil está en la otra sala, escuchando y viendo todo lo que pasa.

—Tu abogado está en camino —dice Lizarraga, sin rodeos—. Pero eso no impide que te haga algunas preguntas.

—No tengo prisa —dice Lara, cruzando las piernas—. Y dudo que vosotros queráis dormir esta noche.

Lizarraga deja caer sobre la mesa una carpeta. Dentro, las pruebas. El diario de Ariadna. Las huellas. Los informes. Las fotos. El rostro de Lara no cambia.

—No me interesa que confieses —dice el comisario, inclinándose sobre la mesa—. Solo quiero entender por qué lo hiciste. ¿Por qué

ellas?

Lara entrecierra los ojos. Por un segundo, parece que va a contestar con sinceridad. Luego se encoge de hombros.

—Porque estaban ahí.

Neil suspira con fuerza desde el otro lado.

—Ariadna, Caterina, Julia… Todas jóvenes, todas con vidas por delante. Dime por qué. ¿Celos? ¿Rabia? ¿Control?

—No, comisario. Todas ellas se inmiscuyeron donde no debían. Ellas provocaron su propia muerte. Fueron directas a la boca del lobo, yo solo se lo puse fácil. Ellas se cruzaron en mi camino. Revolvieron donde no debían. Algunas eran ingenuas. Otras, simplemente molestas. Pero ninguna de ellas era inocente. Todas, de algún modo, eligieron su destino.

—Estás loca —dice Lizarraga, con la voz rota.

—Estoy muy cuerda —le corrige—. Mucho más que tú o cualquiera de tus agentes. ¿Crees que esto me asusta? La cárcel es un nuevo tablero de juego. Y créeme, comisario… sé jugar muy bien.

—Creo que eres una cobarde matando a todas aquellas chicas inocentes…

—¿Lo soy? Entonces vosotros también sois cobardes. Porque durante estos años y estas semanas no habéis visto nada. Yo estaba en todas partes. En los informes, en las escenas, en las reuniones. Y, aun así, no me visteis. ¿Quién es más cobarde?

Un silencio tenso llena la sala. Lizarraga se incorpora lentamente.

—¿Tienes idea de lo cerca que estuviste de matar a Erin Butler?

Por primera vez, un destello de emoción cruza el rostro de Lara. No es culpa. Es irritación.

—¿Cerca? ¿Es que está viva?

Lizarraga se inclina hacia ella.

—Correcto. No pudiste con ella.

—Ella… era un estorbo —dice parpadeando muy lentamente.

Lizarraga la desafía con la mirada. Parece un volcán a punto de estallar, pero se contiene. Se produce un silencio tenso.

—Ya tienes lo que querías: el monstruo en la jaula —dice Lara—. ¿Acaso piensas acosarme toda la noche? Además, ¿dónde está mi abogado?

El comisario se vuelve a inclinar hacia ella.

—Tu abogado está al llegar. Y no. No voy a ser yo quien te acose. Pero te advierto que a la gente como tú se la rifan en prisión.

Lara lo mira con desprecio.

—Creo que esto es indecente —dice indignada. No podéis tratarme así, tengo mis derechos.

—Deja de hacerte la mártir. Te van a caer unos cuantos años de prisión por cada víctima… y son cinco. Y yo estaré celebrando una gran fiesta con la mejor inspectora que tiene este país mientras tú te pudres en la cárcel. Sola y miserable.

—Esto es increíble. Supongo que la conversación la están oyendo todos —dice, refiriéndose a las ventanas opacas—. Luego se lo explicaremos a mi abogado.

—No. En realidad, estamos solos y la conversación no está siendo grabada. Ah. Y será tu palabra contra la mía. ¿A quién crees que van a creer?

A Lara le brillan los ojos. Parece estar a punto de llorar. Pero no. Ni una lágrima.

Justo en ese momento, llega el abogado junto a Neil, cuando Lara, que aún no se ha percatado, dice en alto:

—Me encantaría clavarte una de mis agujas en el cerebro.

—Ups —le dice el comisario al abogado—. Creo que iremos rápido.

El letrado se queda atónito.

—Esto se acabó —dice el abogado con tono profesional—. Mi clienta, no responderá a más preguntas sin mi presencia formal.

Lizarraga asiente con pesadez.

—Le dejo con su clienta. Vuelvo en diez minutos.

Ella lo mira sin inmutarse.

Cuando el comisario se va, Neil lo alcanza en el pasillo.

—¿Crees que alguien la ayudó? No creo que hiciera todo sola…

Lizarraga se detiene, pensativo.

—No lo sé. Pero lo vamos a averiguar. El diario de Ariadna tiene más nombres, más historias. Y esto, Neil… apenas acaba de empezar.

Mientras tanto, en la UCI, Erin sigue respirando con dificultad.

33

Martes, 25 de febrero – 06:12 AM

Cuando abre los ojos en aquella habitación blanca lo primero que siente es el peso de los tubos, la aguja en el brazo y la opresión en el pecho. La envuelve un frío denso e interno. Luego viene el sonido: lejano al principio, como una televisión mal sintonizada… voces, pitidos, el zumbido constante de una máquina.

Lo primero que piensa es: *Estoy viva*. Lo segundo: *¿Por qué no pude salvar a Caterina? ¿A todas ellas?*

Parpadea varias veces, aún le cuesta mantener los ojos abiertos. La garganta le duele. Cada músculo parece pesar el doble.

—¿Erin?

La voz le resulta conocida, cálida. Gira levemente el rostro y ve a Neil, sentado a su lado. Sus ojos muestran agotamiento y alivio.

—Estás bien —dice él, tomando su mano entre las suyas—. Estás viva.

Ella intenta hablar, pero solo consigue emitir un leve murmullo. Neil le acerca un poco de agua con una pajita. Erin bebe despacio, como si redescubriera el acto más básico.

—¿Cuánto… tiempo? —logra articular.

—Casi doce horas. Te encontramos en la fábrica abandonada. Murillo y yo. Te habían inyectado *curare.* Pero aguantaste.

Erin frunce el ceño al recordar. Las imágenes son fragmentarias: una figura detrás de ella, el pinchazo, la oscuridad. La furgoneta. Y antes de eso… el diario. El diario de Ariadna.

—¿El diario? —pregunta con urgencia, débil.

—Está a salvo. Lo tengo yo. Y gracias a él… atrapamos a Lara Guzmán. Iba a huir. Pero no llegó lejos.

Erin cierra los ojos un momento. Una lágrima cae por su sien. No de tristeza. Es de una mezcla devastadora de cansancio, alivio y rabia contenida. Había llegado tan cerca del abismo… y aún no ha terminado.

—¿Confesó?

—No del todo. Pero sí se delató. Tiene esa arrogancia de quien cree estar por encima del mundo. Lizarraga está preparando una comparecencia con el juez. Va a caerle todo el peso de la ley.

Erin aprieta la mandíbula.

—No trabajaba sola —dice Erin—, alguien le advertía, le soplaba información…

Neil asiente lentamente.

—Yo también lo creo. El diario menciona a alguien más. Alguien con iniciales. "M." Varias veces. Y hay una frase que subrayaste tú… «Ella se ha dado cuenta de todo lo que sé. No me van a dejar en paz».

Erin siente cómo la adrenalina vuelve a fluir.

—Lizarraga… —dice con esfuerzo—, necesito hablar con él.

Neil la mira con admiración y preocupación a la vez.

—Descansa primero. Luego seguiremos.

Ella le aprieta la mano, negando suavemente con la cabeza.

—No hay tiempo. Este caso… no ha terminado. Lara era la máscara. Pero el rostro detrás aún está en la sombra. Alguien la ayudaba… Y quién sabe de qué es capaz…

En ese instante, la enfermera entra con una sonrisa serena.

—Cinco minutos más, inspector. Luego debe descansar.

Neil se pone de pie, pero antes de irse, se inclina y le susurra:

—Eres la mujer más tenaz que conozco. Y te prometo que juntos encontraremos a quien falta. Te he dejado la grabación del interrogatorio de Lara, por si quieres escucharlo luego.

Erin asiente y cierra los ojos. En su mente, como un eco que regresa del pasado, resuena la última frase escrita por Ariadna en el diario:

«Si estás leyendo esto, es porque alguien ha seguido las pistas. No dejes que mi historia acabe aquí. Porque ella… aún sigue ahí».

Dos horas después, Erin se despierta sobresaltada, con la mente revuelta por recuerdos nebulosos: la fábrica, las voces distorsionadas, el zumbido en los oídos… Toma el cuaderno de notas que Neil le dejó junto a la cama, junto al diario de Ariadna protegido

en una bolsa sellada. Vuelve a leer la frase subrayada. Y luego otra línea, escrita con rabia:

«M. me prometió que todo acabaría, que me protegería. Pero no ha acabado. Noto como Miss Z está enfadada».

«¿Quién es M?», no deja de pensar.

Erin coge la grabadora que le ha dejado Neil sobre la mesita y se coloca los cascos. Escucha todo el interrogatorio. Sin pausa. La voz de Lara le parece desgarradora. Al acabar de escuchar las preguntas, sigue leyendo algunas notas del diario. Al cabo de unos minutos, escucha la voz lejana de Lara en sus oídos. Es la grabación, que aún sigue en marcha. No se ha dado cuenta de que no la ha parado. Lara parece estar en el pasillo de la comisaría. Escucha otra persona hablar con ella. Una voz femenina familiar. No. No puede ser.

—Murillo… —murmura en voz alta con el corazón encogido.

Miss Z es Lara y M es Murillo. Alba Murillo. La pieza que no quería ver, justo en el centro del tablero.

«Pero, ¿por qué?».

Erin se incorpora en la cama, a pesar de las agujetas que le recorren la espalda. Presiona el timbre de la enfermera. Necesita su móvil. Necesita hablar con Lizarraga.

Una vez con el móvil en mano, enseguida llama al comisario, con inquietud. A Lizarraga no le da tiempo ni a preguntarle cómo se encuentra. Erin habla aceleradamente. Él escucha en silencio mientras ella, aún desde la cama, le habla por teléfono con voz grave y medida. Al principio, él duda. Murillo ha cometido errores, sí. Ha actuado con arrogancia. Pero ¿colaborar con una asesina?

—Quiero que escuches esto —dice Erin, con un leve temblor en la voz.

Hace una pausa. Luego le reproduce el audio que Neil había captado por accidente al dejar la grabación del interrogatorio sin pausar. En él, se escucha claramente una voz femenina hablando con Lara:

«¿Y qué querías que hiciera? He intentado ayudarte en todo».

Lizarraga palidece. No es una frase normal de un agente hacia un sospechoso. Y la voz es inconfundible.

—¿Cuándo fue esto? —pregunta, con un hilo de voz.

—Ayer por la noche. Neil dejó grabando por error cuando salió de la sala. Y después de un rato escuchando, me ha saltado esta conversación.

Se produce un silencio. El comisario también necesita procesar todo esto.

—No solo encubría a Lara, Frank. Creo que la ayudó. Que la protegía desde dentro. Que muchas de las decisiones erráticas que tomó no fueron incompetencia, sino parte de algo más grande. Murillo no solo quería silenciarme. Quería enterrar la investigación.

—Y lo habría conseguido —responde Lizarraga con un tono grave —. Si tú no hubieras sobrevivido.

Erin cierra los ojos. Respira hondo.

—Tenemos que actuar. Antes de que se dé cuenta de que la hemos pillado y huya.

—Déjamelo a mí.

34

Martes, 25 de febrero de 2025, 11:00 AM

La subinspectora Alba Murillo está sola, en la sala de descanso de la comisaría, removiendo el café con el mismo gesto automático de cada mañana. Sus ojeras no son nuevas, pero esta vez parecen haber echado raíces más profundas. Algo en ella está tenso. Mira el reloj. Sabe que el tiempo se agota. Quizás debería hacer las maletas y perderse por ahí.

La puerta se abre de golpe. Lizarraga entra, flanqueado por dos agentes de Asuntos Internos. Murillo deja la taza, con calma.

—¿Qué pasa ahora? —pregunta con frialdad, aunque su voz le tiembla un poco.

Lizarraga le lanza una mirada tan dura como el metal de su placa.

—Alba Murillo, quedas detenida por encubrimiento agravado, obstrucción a la justicia y complicidad en varios homicidios relacionados con el caso de Ariadna Vera y otras víctimas.

—¿Estás loco? —responde, alzándose de golpe—. ¡Esto es un error! ¡Yo soy subinspectora!

—Lo eras —corrige Lizarraga—. Ahora eres una sospechosa más.

La esposa con fuerza y, por primera vez, Murillo parece perder el control.

—¡No tenéis ni idea de lo que estáis haciendo!

—Al contrario —dice él con calma—. Ahora lo entendemos todo.

* * *

Dos horas después, Murillo se sienta en la sala de interrogatorios. Tiene el rostro pálido y las manos temblorosas, esposadas a la mesa. Frente a ella, Erin entra en silla de ruedas acompañada de Lizarraga. Aún débil, pero con los ojos encendidos en busca de la verdad.

Alba la mira con una mezcla de rabia y resignación.

—¿De verdad necesitabas estar aquí? —masculla.

—Más que nunca —responde Erin—. Quiero oírlo de tu boca. ¿Por qué, Murillo? ¿Por qué protegías a Lara Guzmán?

Se produce un silencio largo. Hasta que Murillo suspira, como si al fin se rindiera.

—Lara… no es solo una asesina. Es mi hermana. Por parte de madre. Nadie lo sabe. Mi padre se enteró tarde, pero a mí me lo confesó antes de morir. La busqué. Quería conocerla. Y ella me acogió como si siempre hubiéramos sido familia.

Erin parpadea. El golpe emocional es inmediato.

—¿Y cuándo descubriste lo que hacía?

—No fue tan simple. Al principio solo sospechaba. Luego… fue demasiado tarde. Cuando encontré sus primeros indicios, lo de Caterina… Me usó… Me engañó. Me dijo que fue un accidente. Y se lo permití. Pero también… —hace una pausa—. También pensé que podría controlarla. Que, si la mantenía cerca, si desmentía pistas, si desviaba la atención, quizás nadie más moriría. Intenté proteger a Ariadna, Julia…

Erin no puede evitar un estremecimiento. Murillo continúa:

—Y entonces apareciste tú. Una poli brillante, demasiado valiente y, sobre todo, demasiado terca. Me recordabas a mí misma… antes. Antes de que todo se pudriera. Quise apartarte, asustarte, callarte… No por odio, sino porque sabía que, si llegabas hasta el final, nos arrastrarías a las dos.

—Ya era tarde para salvar a Lara —dice Erin, con dureza—. Pero no tenía por qué morir nadie más.

Murillo asiente. Por primera vez, sincera.

—Lo sé. Pero el monstruo no era solo ella. Era también en lo que me convertí yo al protegerla.

Un silencio se instala en la habitación. Lizarraga las observa a las dos. Neil contempla la escena desde la ventana velada, con el ceño fruncido.

Finalmente, Erin se incorpora un poco en su silla.

—Supongo que ahora sí tienes lo que querías —dice Murillo con ironía.

—No —responde Erin con voz firme—. Yo quería justicia. Y eso empieza ahora.

Murillo baja la mirada. Y esta vez, no tiene defensa.

35

Una semana después (martes, 4 de marzo de 2025)

Erin se baja del coche que ha aparcado frente a la comisaría, con el sol ocultándose a sus espaldas. El cielo tiene ese tono anaranjado tan característico del atardecer, como si el día se rindiera con elegancia para dar lugar a la noche. Respira hondo. El aire fresco de marzo le llena los pulmones, despejándole un poco la tensión que arrastra en los hombros. Ha pasado una semana en el hospital. Una semana de medicamentos, máquinas, oxígeno, y silencio. Una semana para despertar del abismo.

Ahora, frente a las puertas de la comisaría, Erin respira hondo una vez más y entra.

La pequeña sala de reuniones está decorada con globos y una pancarta que dice «Bienvenida de nuevo, Erin». Hay comida, música baja, y varias sonrisas sinceras. Es recibida con aplausos. Algunos compañeros la abrazan. Otros, simplemente, la miran con respeto.

—¡Butler! —exclama el comisario Frank, con una copa en la mano—. Has vuelto de entre los muertos.

—Lo intentaron —dice ella, sonriendo—, pero se ve que aún no me tocaba.

—Lara ha sido acusada de asesinato premeditado, con alevosía y ensañamiento. También la han acusado de secuestro y tentativa de asesinato. Además de un delito contra la salud pública, por el uso de sustancias tóxicas como el curare. Le van a caer alrededor de cuarenta años de prisión, entre una cosa y otra, que es la pena máxima que puede tener.

—Me alegro —responde Erin.

—En su confesión dijo que había tenido una vida muy dura, llena de contratiempos y abusos. Y que no ha tenido ningún buen ejemplo a seguir, que ha estado toda la vida sola. Hizo un papel de arrepentimiento delante de su abogado, digno de un Óscar.

—Menuda tipa… —dice con repugnancia.

—Quizás pensaba que diciendo eso la creerían y que la justicia sería más blanda con ella.

—¿Y Murillo?

—Le van a caer unos diez o quince años. Por encubrimiento, revelación de secretos, prevaricación…

Frank se acerca a ella, con una expresión más seria.

—Erin… quería pedirte disculpas. Por haberte apartado del caso. Fui un idiota. Mi orgullo me nubló el juicio.

Erin lo mira en silencio.

—Si no llega a ser por Neil, ahora no estarías aquí. Fue su intuición, su insistencia. Y gracias a eso… bueno —baja la voz—, gracias a él, seguimos teniendo inspectora.

Neil, que estaba cerca, se sonroja visiblemente y baja la mirada.

—Gracias —dice Erin, mirándolo con una mezcla de ternura y gratitud—. Te debo la vida. Vas a ser un gran inspector, Neil.

—He aprendido de la mejor —responde él, aún algo avergonzado.

Se produce un momento de silencio entre los dos. Se miran. Sus rostros están muy cerca. La música suena suave. Erin siente como si el tiempo estuviera a punto de detenerse. Está a punto de inclinarse un poco, solo un poco…

—¿Interrumpo? —dice una voz con sorna.

Moisés Vázquez, el compañero de Erin, aparece en la puerta, con una amplia sonrisa.

—¡Moi! —exclama Erin—. ¡Qué alegría!

—¿Cuándo vas a dejar de meterte en líos, compañera? —pregunta él, abrazándola fuerte.

Erin suelta una carcajada. La tensión del momento se esfuma.

—Cuando tú aprendas a bailar —le contesta.

En otro rincón de la sala, Ray levanta su copa hacia ella. Erin se acerca.

—Así que también te han invitado a la fiesta… —le dice.

—La verdad, me lo gané —responde Ray, con su típico sarcasmo —. Entre informes forenses y frenos manipulados, me he ganado el pin de honor.

Erin ríe.

—Tienes razón. Gracias, Ray, por todo. De verdad.

—Tú me diste una razón para volver a creer en la justicia. Eso ya vale más que cualquier fiesta con croquetas frías.

Brindan en silencio.

—¿Qué vas a hacer ahora? —le pregunta Ray.

—Pues mañana me vuelvo a Genar. Por fin. Estoy harta de vivir en una habitación minúscula de hotel.

Ray se ríe. Erin cree por un momento que podría vivir en esa sonrisa, pero no ahora.

—Te echaré de menos —le dice él acariciándole un dedo.

Ella no responde. Lo mira con ternura, apartando su dedo sutilmente.

—Ray…

—No hace falta que digas nada —dice otra vez con una sonrisa.

Ella baja la mirada, agradecida por no tener que dar explicaciones.

Horas después, cuando la comisaría se vacía poco a poco y la ciudad comienza a apagarse, Erin arranca su coche hacia las afueras. Lleva algo en su bolso: un dibujo arrugado, desgastado por el tiempo, pero aún lleno de color. Dos figuras: ella y Caterina, juntas, sonriendo. Una infancia que parecía de otro mundo.

La madre de Caterina la recibe con lágrimas en los ojos. No hacen falta muchas palabras. Se abrazan largo rato, sintiendo que han podido quitar algo de peso que llevaban cargando desde hace mucho.

—Por fin se ha hecho justicia —dice la mujer, con voz temblorosa.

Erin le entrega el dibujo.

—Lo hice hace años. Creo que ahora debe estar contigo.

La madre acaricia el papel, como si acariciara a su hija.

—¡Gracias, Erin! ¡Gracias por no rendirte!

Más tarde, Erin camina sola entre las lápidas del cementerio. El sol ya se ha escondido del todo, y las farolas dan una luz tenue que apenas toca el suelo. Se detiene frente a las tumbas de Julia y Ariadna y les coloca unas flores frescas. Luego, hace lo mismo con la Caterina. A su lado, el viejo sauce llorón mueve sus ramas al ritmo del viento.

Se agacha lentamente, acaricia la tierra húmeda, y habla en voz baja, como si Caterina aún pudiera oírla.

—Así que eso era lo que intentabas decirme… —susurró—. Siempre más lista que yo. Siempre adelantada. Sabías que era ella. Que era Lara.

De repente, el viento sopla con fuerza, agitando las hojas del árbol. Erin levanta la mirada. Las ramas del sauce tiemblan como si suspiraran. Cierra los ojos.

—Gracias por enviarme esas señales. Seguro que has sido tú quien me ha protegido.

El silencio es su única respuesta. Pero no se siente sola. Por primera vez en mucho tiempo, algo dentro de ella se afloja. Como si una cuerda invisible se rompiera suavemente.

—Por fin puedo dejar de llorar por dentro… —susurra, dejando caer las lágrimas. Luego, añade, con una media sonrisa—: A diferencia de Lara. Aunque, quién sabe… Quizás, con tantos años entre rejas, a ella también se le escape alguna lágrima.

Antes de regresar al hotel, decide hacer una última parada. No se baja del coche. Solo observa desde lejos.

Su madre sale de casa con una bolsa de basura. Lleva bata y zapatillas. Camina despacio. La misma rutina de siempre. Erin apoya la cabeza en el cristal de la ventanilla.

Quiere salir. Decirle algo. Abrazarla. Pero no lo hace.

La ve tirar la bolsa en el contenedor y volver sobre sus pasos. Desaparece dentro de la casa, como una sombra tranquila. Como si nada hubiera cambiado. Erin cierra los ojos.

«Ya no necesito despedirme. Ya no».

Vuelve a arrancar el coche y se va.

36

Miércoles, 5 de marzo de 2025

El bar de siempre está irreconocible. Luces cálidas, decoración tropical, guirnaldas de colores y un olor embriagador a ron y café recién hecho. De fondo, suena una vieja versión de Guantanamera, como si el alma de La Habana se hubiera colado por las rendijas de aquel rincón de Rabadás.

—Caray, cómo están de inspirados hoy con la música —comenta Erin, riendo mientras se desabrocha el abrigo y se sacude el frío de la calle.

Neil sonríe.

—Se ve que ahora hacen una temática distinta cada mes. Y este, toca Cuba. El mes pasado fue Grecia. No me preguntes por qué.

Se sientan a una mesa junto a la ventana, con dos cervezas frente a ellos. El ambiente tiene ese tono triste de las despedidas, aunque ninguno lo diga aún en voz alta.

—¿Y qué vas a hacer ahora? —pregunta Neil, con una mezcla de curiosidad y tristeza.

—Primero, desconectar. Pasaré una semana en Genar, con mi hermano, Leo. Llega esta noche. Visitaremos lugares que no hemos tenido tiempo de visitar juntos, saldremos por ahí… Necesito respirar. Este caso, todo esto… —Se detiene por un instante—. Necesito espacio.

Neil asiente mientras le da un sorbo a la cerveza. La entiende mejor que nadie.

—Han sido unos meses duros —dice él.

Erin lo mira y luego alza su vaso.

—Por haber sobrevivido. Y por habernos conocido.

Brindan, y de manera espontánea se abrazan con fuerza. Son de esos abrazos que contienen más de lo que se dice: miedo, gratitud, cariño, admiración y… tensión.

—Me alegra un montón haberte conocido, Neil. Creo de verdad que vas a ser un inspector increíble.

—Yo no habría llegado hasta aquí sin ti —responde él.

—Perdona si fui una cretina contigo al principio…

Neil ríe y añade, bajando la voz:

—Tenía su morbo…

Se miran. La distancia entre ellos se acorta, como la última página de una novela que no quieres acabar. Se están inclinando lentamente, cuando una voz los saca del momento:

—¡Hey! ¿Interrumpo?

Erin se gira, sorprendida.

—¡Leo! ¿Pero no llegabas esta noche?

—Sí, pero pude coger un vuelo antes. Quería darte una sorpresa. Me dijeron en comisaría que probablemente estarías aquí…

Se abrazan y Erin hace las presentaciones:

—Claro. Neil, este es mi hermano, Leo. Leo, este es Neil.

Ambos se dan la mano con una sonrisa educada.

—Bueno, yo tengo que volver —dice Neil, señalando con el pulgar hacia fuera, como quien debe regresar a una realidad más gris.

—Claro…

—Espero volver a verte —añade él.

Se miran intensamente. Es ese tipo de mirada que no necesita traducción.

—Yo también. Me da la impresión de que nos veremos. Sí…

Se dan dos besos torpes y se despiden con una mezcla de nostalgia e ilusión.

37

Día del asesinato de Caterina (martes, 2 de noviembre de 2010)

Caterina se levanta por la mañana, aún bajo la emoción del beso de la noche. Se ha quedado dormida con la ropa puesta y el collar de Erin y la pulsera de Lara. Antes de desvestirse con la intención de darse una ducha, se quita las joyas para dejarlas en la caja de música, pero se ha vuelto a atascar.

—¡Dichosa caja! —dice sacudiéndola.

Al intentar abrirla por la fuerza se despega el espejo que hay detrás de la bailarina cayéndose de ella una imagen que la inquieta. Se trata de una ecografía. Después de un rato observándola y dándole vueltas, sin saber qué hacía la foto allí escondida, observa que hay algunos datos que no entiende, y que la fecha es del año pasado, por lo que es imposible que la ecografía sea de su madre. No puede dejar de pensar qué hace escondida ahí. Por unos segundos piensa si decírselo a su madre o no. Pero decide no decirle nada.

Sin vestirse siquiera, decide ir al hospital, que está en Barcens. Al llegar allí, se acerca a una enfermera y le pregunta por la zona de

ginecología. Esta le indica, y cuando accede a la planta, Caterina pide que le den toda la información posible sobre esa ecografía. La enfermera la observa primero, luego mira la ecografía y entiende que quiere respuestas que quizá ella no le pueda dar.

—No sé qué pretendes que te diga —le responde—. Además, no podemos darte esa clase de información, es confidencial.

—Solo intento entender lo que quiere decir esta imagen.

La enfermera lanza un suspiro. Seguro que se le pasa por la cabeza que quizás ella se podría encontrar en una situación similar. Tampoco hace ningún daño si le da una pequeña explicación.

—A ver, este es el nombre del hospital —dice señalando la foto.

—Sí, por eso he venido aquí.

—Y la edad gestacional es de doce semanas y la fecha de la ecografía es el catorce de octubre del 2009.

—Eso es solo una semana antes de que muriera mi padre… —susurra ella.

—¿Decías algo?

—No, perdona, hablaba sola.

—También tienes ahí unas iniciales, aunque casi no se ven.

—A ver… —responde Caterina, asombrada porque no se había dado cuenta de ello.

—L. G. —continúa la enfermera.

—L. G. —repite ella, concentrada.

—Si conoces a alguien con esas iniciales, pues ya lo tienes. Espero haberte ayudado… y que encuentres a la mujer.

—L. G. —dice otra vez, en voz baja—. ¿Lara Guzmán?

—¿Estás bien?

Caterina se marcha con rapidez, sin dar las gracias. No entiende por qué había una ecografía de Lara escondida en su caja musical. *«¿Quién la puso allí? ¿Mi padre? ¿Y por qué? Tengo que llamar a Lara ya».*

Llama a Lara mientras se dirige hacia la estación de tren.

—Lara, necesito que hablemos.

—Ahora no puedo —dice la profesora, de manera seca.

—Es importante.

—Es domingo, Caterina, no puedo estar siempre quedando contigo —contesta, en tono cortante—. Ya hablaremos mañana.

Lara está a punto de colgar cuando Caterina le increpa:

—Tengo una ecografía tuya y no sé por qué. Necesito respuestas.

—Qué… ¿Qué has dicho? —pregunta Lara sin creer lo que oye.

—¿Me haces caso ahora?

—¿De dónde has sacado la eco…? —pregunta, aterrada, incapaz de acabar la frase.

—Luego te lo explico. ¿Quedamos en el centro comercial?

—Sí… No —rectifica hábilmente—. Mejor en el pequeño bosque de La Estrella. Estaremos más tranquilas.

Al colgar el teléfono, Lara siente un nudo en la garganta. Deja el móvil sobre la encimera con más fuerza de la necesaria y se queda quieta unos segundos, mirando a la pared. *«Caterina. Esa maldita chica está cada vez más cerca. No es tonta. Ha empezado a hacer preguntas, a hurgar donde no debe. Y si sigue ese camino, acabará encontrando cosas que nadie debería saber».*

Lara se pasa una mano por el cuello, inquieta. No quería llegar a esto. De verdad que no. Pero Caterina es un riesgo, uno que ya no

puede controlar con mentiras o manipulaciones. Y ella no es de las que arriesgan a perderlo todo. No otra vez.

—Lo siento, Caterina… —murmura en voz baja, casi con pesar—. Pero ya estás demasiado cerca.

Entonces marca el número de Rafa. Aún no tiene un plan concreto, pero sí sabe una cosa: no va a mancharse las manos, si puede evitarlo. Rafa le debe favores. Y si no quiere colaborar… sabrá convencerlo.

Unos minutos más tarde, él llega a su apartamento. Nervioso, con la chaqueta mal puesta y la expresión tensa.

—¿Qué demonios pasa? —pregunta Rafa, cerrando de golpe la puerta tras de sí.

—Necesito que hagas algo por mí —dice ella sin rodeos.

Pero al escuchar la propuesta, él retrocede un paso, incrédulo.

—¡Ni hablar! ¡No cuentes conmigo! No soy ningún asesino. ¡Estás loca!

Hace amago de irse, pero ella lo detiene con una mano firme en su brazo.

—Mira, estúpido, no te hagas el santo ahora —le dice en voz baja pero venenosa—. Sé lo tuyo con esos niños.

Rafa se congela.

—Sí —continúa ella, muy cerca de su oído—. Lo sé todo. He estado reuniendo pruebas. Capturas, registros, nombres. Y sé que Caterina también te descubrió. Te vio. Te grabó. Solo que todavía no lo ha contado. Pero si lo hace, ambos estamos jodidos.

Rafa traga saliva. Sabe que Lara no es de las que amenazan en vano.

—Así que —añade ella, con una sonrisa tensa—, o me ayudas… o lo pierdes todo. Y créeme, Rafa, la cárcel no es un buen lugar para alguien como tú.

Él no dice nada al principio. Solo baja la mirada. Cuando vuelve a levantarla, sus ojos ya no muestran miedo, sino resignación.

—¿Qué quieres que haga?

—Lo que te he dicho antes. Es bien sencillo. Cavas un hoyo bien profundo en el bosque que hay junto a la playa, el de La Estrella. Mientras tanto, yo la distraeré y… después de llorarle un poco, la llevaré hasta allí. Le diré que he preparado un pícnic para relajarnos, luego la haré beber una droga sin darse cuenta y… cuando deje de respirar, la enterramos.

—Pero… —A Rafa le están empezando a entrar escalofríos y náuseas—. Es que no puedo… Solo ver sangre … Uf… No puedo…

—¡No seas gallina! No vas a ver nada de sangre….

—¿Y qué hacemos con las huellas, si la encuentran?

—Si la enterramos muy bien, nadie sabrá nada… Intentaremos culpar a algunos de sus amigos, dejando huellas falsas. Nosotros llevaremos guantes y el pelo bien recogido. Ponte un gorro.

—¿De verdad te parece tan fácil?

—No es que sea fácil o difícil, pero no quiero pasar mi vida entre rejas, si a esa mocosa le da por indagar un poco más en mi pasado. Más o menos, estaré aquí con ella a eso de las dos y media. Sé puntual, no podré cargar con ella yo sola. Te necesito.

—¿Y si nos ve alguien? A plena luz del día…

—Lo dudo… ¿Has visto el cielo? Está a punto de caer una buena tormenta. En días así, no hay ni pescadores. Además, iremos

vigilando, haciendo turnos.

* * *

Al cabo de una hora, Rafa llama por teléfono a Lara.

—No puedo hacerlo… He empezado a cavar el agujero… Pero es que no puedo…

—Me cago en… ¿Qué? ¡O vas ahora mismo, o dices adiós a tu carrera y a tu miserable vida!

—Lo siento, Lara —dice llorando—. Yo mismo me delataré, si hace falta, pero es que soy incapaz…

—Serás… ¡Gusano rastrero!

Lara vuelve a llamar a Caterina. Ha pensado que tendrá que matarla de forma algo distinta, para que no sea tan difícil cargar con ella.

—Escucha, Caterina… Perdona, hay un cambio de planes. ¿Podemos quedar al final del espigón del paseo?

—¿En la Playa de las Sirenas?

—Sí.

—¿Pero has visto la borrasca que se acerca? Es un poco peligroso, ¿no?

—No, tranquila… Es importante que veas una cosa. Será un momento y luego hablamos.

* * *

Caterina acude al encuentro.

—Aquí… —le señala Lara con un brazo, para que se acerque.

Está lloviendo con bravura.

—¿Qué hacemos aquí Lara? ¿Podemos ir a un lugar tranquilo, al resguardo de la lluvia?

—Tengo que enseñarte algo.

Lara la coge de un brazo.

—Mira hacia esa roca, ¿ves aquello que brilla? —miente para hacerla mirar.

—No, ¿el qué?

Lara aprovecha ese momento para inyectarle en el hombro el bloqueante muscular.

Caterina se echa la mano al hombro.

—¿Qué me has hecho? —pregunta mientras siente que se le aflojan las piernas.

Intenta empujar a Lara e irse corriendo, pero a medio camino nota como le fallan las piernas.

—No, no intentes correr, es peor.

Lara la sigue, la coge de un brazo y tira de ella para llevarla otra vez al sitio donde estaban, lo más lejos posible de la orilla, para que

nadie pueda verlas, al final del espigón.

—¿Qué me has hecho? —dice, cuando ya apenas puede hablar.

—Tranquila, es un paralizante, no vas a sentir dolor. Es un veneno vegetal que bloquea la transmisión de los impulsos eléctricos desde los nervios hacia los músculos. Primero notarás un hormigueo… Se te paralizarán las piernas, luego, los brazos, el corazón… y dejarás de respirar. Pero vas a poder presenciar y oír todo lo que está pasando. Tenemos unos veinte minutos para poder explicártelo todo.

—¿Por qué? —dice sentándose, desesperada. Deja de notar una pierna, de la que no tiene ya ningún control.

—Mira, Caterina, no quería llegar a este extremo, pero has sido tú quien me ha llamado y me has dicho lo de la ecografía…

—¿Qué pasa con la ecografía? ¿Tuviste una aventura con mi padre y te quedaste embarazada de él?

—¡Bravo! ¡Qué buena detective! Sí, pero lo perdí… Porque el cretino de tu padre me dio un disgusto… Me dijo que no quería hacerse cargo y que abortara. Que iba a volver con tu madre y que ya no quería seguir conmigo. ¡¿Pero qué se ha creído?!

Caterina, mientras ella da vueltas hablando, intenta abrir su móvil para pedir ayuda, pero le fallan las dos manos.

—Oh, ¡pobre! Qué haces… ¿Quieres llamar a alguien? —pregunta con ironía—. ¿Necesitas ayuda? A ver, dame.

Caterina nota como todo su cuerpo se está paralizando. Solo siente la lluvia cayendo sobre ella.

De repente, como si fuera un muñeco, cae encima del espigón. Lara le coge el móvil mientras la coloca lo más cerca del agua.

—Aquí, mejor, porque luego no voy a poder contigo, si no… A ver… quién te ha enviado un mensaje… Uf… Erin… Qué niñata engreída, por favor… Tendré que encargarme de ella.

A Caterina, que la observa con los ojos muy abiertos, se le escapa una lágrima, probablemente su última lágrima.

—Pues como te iba diciendo… Tu padre y yo fuimos amantes durante dos años, pero me utilizó, solo fui una distracción para él. Sexo, nada más. Me humilló y yo no iba a consentirlo. Así que, aquella noche le toqué los frenos del coche y *bye, bye.* Se dio contra una farola, mala suerte.

Caterina puede sentir rabia, pero no expresarla. La mira con terror.

—Y una semana después… Perdí a mi bebé… Del disgusto —dice Lara pareciendo que llora, pero no, la mira muy fijamente y continúa —: Si no hubieras encontrado esa ecografía, todo seguiría igual. Pero no puedo dejar cabos sueltos, porque tú ibas a seguir investigando y, probablemente habrías averiguado lo que le hice a tu padre. Así que… Lo siento.

Caterina nota como su último aliento se está disolviendo… Lara le dice:

—Deja de luchar. Cierra los ojos.

Pero Caterina se esfuerza en pronunciar una última frase. Lara se acerca a ella porque no entiende lo que dice. Solo le susurra con un último esfuerzo:

—Erin… te… en-con-tra-rá…

Lara se enfada. Luego, le encadena los pies y las manos. Le llena con piedras los bolsillos de la sudadera roja y le dice:

—Ya no tendré que volver a ver más tu cara, que siempre me recordaba a él. Lara le cierra los ojos con las manos. Finalmente, echa el cuerpo hacia el mar y mira cómo se va hundiendo poco a poco…

Epílogo

Seis meses después (septiembre de 2025)

Erin termina de cerrar su maleta, en su apartamento de Genar. La luz entra por la ventana, cálida y tranquila. En la radio suena una canción antigua.

Su gato la mira como si supiera de su intención. No le gusta quedarse con la vecina. Aunque sea maja.

En el equipaje lleva bikini, ropa cómoda, un par de libros, cámara de fotos. Se prepara para unas merecidas vacaciones en las Azores, cuando suena su móvil.

—¡Hombre, Neil! ¡Qué sorpresa! ¿Qué tal todo?

Desde que se despidieron no había vuelto a saber nada de él.

—Pues… digamos que he estado mejor —responde él con una voz algo desesperada.

—¿Qué pasa?

—Tengo mi primer caso oficial. Y estoy muerto de miedo.

Erin sonríe, sentándose en el borde de la cama.

—Lo harás bien, confía en tu instinto.

—El problema es que no sé si tengo instinto. O si lo tendré alguna vez.

—Claro que sí, Neil. Solo tienes que dejarlo salir. Ya lo hiciste conmigo. Si no fuera por tu instinto, yo no estaría viva.

—Mira, te lo voy a decir sin rodeos… necesito tu ayuda. Necesito que vengas.

—¿Qué? ¿Irme a Escocia? ¿Se te ha ido la olla?

—No, en serio. Ven. Te pago el billete… Incluso puedes quedarte en mi apartamento, si no quieres gastar en hotel.

—¡Neil!

—Tómatelo como unas vacaciones. Solo necesito tu asesoramiento. Y de paso, te hago una ruta por Escocia. Castillos, lagos, ovejas…

Erin suspira. El mar de las Azores suena tan bien…

—Uf…

—Por favor… —dice Neil, casi como un niño pidiendo ayuda para montar un castillo de lego.

Se producen unos instantes de silencio al otro lado del teléfono.

—Está bien —responde Erin, finalmente, resoplando y con una sonrisa cansada.

—¡Genial! Te he reservado billetes a Londres para mañana por la mañana, donde tendrás que coger un transbordo a Edimburgo y…

—¡¿Qué?! ¿Cuándo lo has comprado? Si ni siquiera sabías lo que iba a responderte.

—Sabía que dirías que sí.

Erin suelta una carcajada.

—Estás loco.

—Y tú eres predeciblemente encantadora.

—Nos vemos en Escocia, inspector —dice golpeándose suavemente la frente con una mano.

—Nos vemos en Escocia, inspectora.

Continuará…

¿Te ha gustado?

Descubre "Muerte en las Highlands", la siguiente entrega de la Inspectora Erin Butler

IR AL LIBRO



Lo que se inició como un viaje de placer a las Highlands, se tornó en un viaje de trabajo para la inspectora Erin Butler.

Y es que el crimen no descansa ni en el paraíso escocés.

Puedes hacerte con el libro en el enlace anterior o escaneando el

siguiente QR



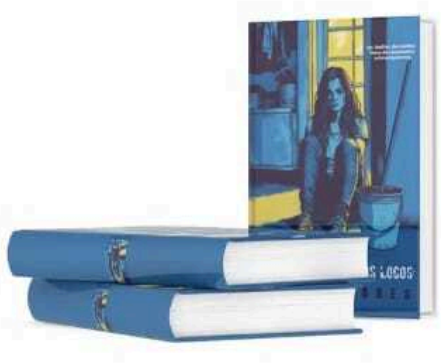
Tu opinión es importante

¡Tu opinión es muy importante para mí!

Si te apetece, te agradecería que dejaras tu valoración o un comentario en Amazon sobre la lectura, sobre todo si te ha gustado.

Ese pequeño gesto no sabes lo que me ayuda. Parece que no tenga importancia un comentario más o menos, pero su conjunto da mucha visibilidad a la novela y provoca que otros lectores puedan llegar a ella. Te lo agradezco de antemano.

Mis libros



LA FRAGILIDAD DE LOS LOCOS

Una historia de superación y coraje

HAZTE CON ELLA AQUÍ

«¿Qué hacer cuando tu vida se desmorona y cada decisión parece hundirte más?».

Mía ha tocado fondo. Su vida está atrapada en una espiral de dolor, rutina y abuso, donde cada día se siente más insignificante. El trabajo que odia, un marido que la controla, y la sombra de un pasado cargado de cicatrices emocionales la han llevado al límite. Tras un intento fallido de acabar con todo, su vida toma un giro inesperado. Mientras lucha por recomponer los pedazos de su

existencia, un misterioso robo, una joya de valor incalculable, y secretos familiares enterrados emergerán para desafiar su cordura.

«¿Será capaz de encontrar la libertad, o la locura terminará por consumirla?».

También la tenéis en el QR



SUEÑO SIAMÉS

Una novela de suspense, inquietante
y cautivadora

Más de 150 valoraciones en Amazon, el 91% de ellas son positivas o muy positivas.

HAZTE CON ELLA AQUÍ

Dos destinos entrelazados por un hilo invisible se entrecruzan en una trama llena de misterio y secretos insondables. Fiona y Érica, dos jóvenes abandonadas en la puerta de un convento por su madre adicta a la heroína, crecen en mundos paralelos sin saber de la existencia de la otra. Sienten que algo falta en sus vidas, una conexión perdida que las elude.

Pero la vida tiene una forma curiosa de reunir a las almas destinadas. A medida que estas dos mujeres se adentran en la adultez, un deseo ardiente por descubrir la verdad las consume. La pregunta persistente de si existe un lazo oculto entre ellas las

impulsa a una búsqueda desesperada de respuestas. ¿Quién soy yo? ¿Qué es lo que me ocultan?

A lo largo de su travesía, se toparán con innumerables obstáculos y conflictos que amenazarán con separarlas para siempre.

Una cautivadora historia de dos almas en busca de la verdad, una historia llena de giros inesperados y emociones intensas que te mantendrán en vilo hasta la última página. Prepárate para un viaje emocional lleno de intriga y acción mientras estas dos mujeres se embarcan en la búsqueda de una conexión que trasciende el tiempo y el espacio.

¿Lograrán Fiona y Érica finalmente cruzar sus caminos? ¿Podrán resolver los misterios que rodean su pasado y desentrañar los secretos que las mantienen separadas durante tanto tiempo?

Aquí tenéis el libro en QR



MARLON BRANDO, POCAHONTAS Y YO

Un thriller romántico e inquietante

HAZTE CON ELLA AQUÍ

Olivia, una misteriosa niña, tiene que lidiar con una pesada carga que casi acabará con su vida. Cuando Daniel la salva de la muerte, se produce un estallido emocional entre ellos.

De repente, Olivia desaparece… dejando a Daniel sin respuestas.

Diez años después, la muerte del abuelo de Daniel lo obligará a regresar al pueblo donde compartió aquellos momentos con Olivia. Y allí se encontrarán de nuevo.

Ahora son adultos y vuelven a aflorar los sentimientos aparcados, así como las preguntas sobre la desaparición de Olivia. Pero una tercera persona se cruzará en sus vidas poniéndolos a prueba y los obligará

a embarcarse en una carrera a contrarreloj con algo más que su relación en juego.

¿Lograrán Daniel y Olivia salvar todos los obstáculos que se irán encontrando para poder estar juntos? ¿Podrán las obsesiones destruir a Olivia y Daniel e incluso poner sus vidas en peligro?

Lo que ninguno de los dos sabe, es que su reencuentro cambiará el rumbo de sus vidas.

Aquí tenéis el libro en QR



EL VALS DEL CUERVO ATORMENTADO

Ocho relatos impactantes

LIBRO GRATIS

HAZTE CON TU LIBRO GRATIS

Los ocho relatos que conforman este libro son auténticos y genuinos a su vez por ser tan diferentes entre sí.

Escritos en diferente persona, cada relato trata temas tan diversos como la desesperación, la injusticia, el miedo, el desencanto, el bullying…

Los personajes se enfrentan a múltiples vicisitudes: una estrella del rock al borde de la desesperación; una niña que tiene que afrontar el acoso lo mejor que puede; un acordeón que ha viajado por los campos nazis; un chico que quiere ser invisible; una extraña silueta que guía a unos chicos hasta el horizonte; una chica que quiere cambiar un inminente y pésimo futuro; unos niños que tienen que

atravesar la peligrosa sabana para ir al colegio y un cuervo atormentado al que nunca le satisface nada.

Unas historias que te impactarán y donde en algunas de ellas podrás encontrar una historia escondida que tiene algo que ver con la vida real, o como se suele decir, inspirado en hechos reales.

Aquí tenéis el libro en QR

Sobre la autora

Sonia Flores (Roses, 1979) es escritora de misterio y suspense. Autora de tres libros "Marlon Brando, Pocahontas y yo" (2021), "Sueño siamés" (2024), "La fragilidad de los locos" (2024), y una colección de relatos, "El vals del cuervo atormentado" (2024).

Cientos de lectores ya han disfrutado de sus libros. Actualmente (junio 2025) publicará "La Playa de las Sirenas", el primer libro de la trilogía sobre la inspectora Erin Butler.

Vive en Girona donde combina la escritura con su trabajo de maestra.

Escribe todas las tardes, casi siempre con un hilo musical de fondo. Se hace sus propias bandas sonoras de cada novela. Su gata se posa en su regazo mientras entre palabra y palabra saborea una infusión de rooibos con naranja y chocolate.

Adora la música. Es cantautora y tuvo varias bandas musicales, aunque bajo el nombre de "Filthy Sally" llevó su música en solitario por muchos escenarios. La podéis encontrar en Bandcamp.

¿Cómo seguirme?

Tenéis varias opciones de seguirme. Podéis escoger una de ellas o todas, pues publico cosas diferentes en todas ellas.

La principal es mi lista de correo. Es la forma más cercana que tengo de estar cerca de vosotros. Suelo escribir un correo al mes donde te cuento cosas sobre mí, cosas que me interesan, u os pongo al tanto

de las promociones de mis libros o de un nuevo lanzamiento. Al suscribirse a ella os lleváis un libro de regalo.

SUSCRIBIRTE A MI LISTA DE CORREO

También podéis escanear el QR

Luego tienes dos opciones más, mi Instagram, donde suele estar más activa, pero también tengo mi página de Facebook por si es tu red preferida. Busca **Soniaflores_autora** o clic en los siguientes enlaces

SEGUIR MI INSTAGRAM
SEGUIR MI FACEBOOK

Otra forma muy interesante de seguir la encontraréis en la página de Amazon, justo debajo de la portada de mis libros. Le dais a SEGUIR

y así, cuando publique un libro, Amazon os enviará un correo para que no os perdáis ninguna de mis publicaciones.

